

A close-up portrait of a young man with short brown hair and a light beard, looking directly at the camera with a serious expression. He is holding a dark-colored electric guitar. The background is a soft, out-of-focus purple and blue. The text is overlaid on the image in various colors and fonts.

Anne K. Austen

Tócamela

otra vez

ETHAN

**Tócamela**

**otra vez,**

**ETHAN**

Anne K . Austen

**Título:** Tócamela otra vez, Ethan.

© Anne K. Austen

**ISBN:** 9781080770816

**Sello:** Independently published

**Diseño de cubierta:** Maribel C. Gómez

**Maquetación y composición:** Anne K. Austen

@annekausten

annekausten@gmail.com

<https://www.facebook.com/Anne-K-Austen>

**Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).**

*A Sara por su incondicional apoyo y su ayuda desinteresada.*

## Contenido

### CAPÍTULO 1

Un reencuentro amargo

### CAPÍTULO 2

Bragas y smokings

### CAPÍTULO 3

No muerdo

### CAPÍTULO 4

Un trabajillo para el jefe

### CAPÍTULO 5

Fiestas imperfectas

### CAPÍTULO 6

El trato

### CAPÍTULO 7

Amenazas

### CAPÍTULO 8

Un baile para el jefe

### CAPÍTULO 9

Las Vegas, sexo y nuevos tratos

### CAPÍTULO 10

Besos robados

### CAPÍTULO 11

Tristeza y euforia

### CAPÍTULO 12

Celos

EPÍLOGO

FIN

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFÍA

# CAPÍTULO 1

## Un reencuentro amargo

La cuestión es muy simple: necesito este trabajo aun cuando eso signifique vender mi alma al diablo.

No soy perfecta ni un dechado de virtudes. Si estás buscando a una protagonista así en esta historia, mejor que te olvides de ella. Soy muy humana y cometo errores continuamente. También soy ambiciosa y tengo muy claro lo que quiero y, tal vez, me lance de cabeza a por ello sin meditar en las consecuencias, pero es lo que soy y lo que siento.

Tengo la sensación de perder tiempo, oportunidades o incentivos si me detengo a pensar. Miro por mí más que por nadie. Eso no quiere decir que no sea buena persona o generosa, es solo que yo me quiero más.

Me urgía este puesto y mi padre habló con el suyo, aprovechando su larga y estrecha amistad. De esta forma, conseguí ser la asistente personal de Ethan McKenna, probablemente la estrella de rock más importante e influyente del actual mercado discográfico. Algo que nunca llegué a imaginar cuando íbamos al mismo instituto y nuestras familias compartían alguna que otra comida de domingo.

Entonces, la de las grandes miras era yo. Tenía por delante una augurante carrera como bailarina de ballet y una capacidad innata para sobresalir dentro del escenario. No obstante, todo aquello quedó atrás por culpa de una lesión.

Mientras llego a la enorme mansión de Ethan en Malibú, me pregunto qué puedo esperar de este trabajo. Convertirme en su chica de los recados no es precisamente mi verdadera aspiración. Solo es un fin para llegar a mi objetivo.

Él y yo nunca hemos congeniado verdaderamente, pese a la cercanía de nuestras familias. Nuestra relación básicamente consistía en ignorarnos el uno al otro.

Él era el tipo siempre en constante movimiento, lleno de energía e ingobernable que rasgaba las cuerdas de su guitarra ruidosamente en el garaje de su casa mientras yo me centraba, única y exclusivamente, en destrozarme los pies en una escuela de danza para llegar a ser la primera bailarina de alguna compañía.

Digo mi nombre a una cámara de seguridad desde la ventanilla de mi coche y espero a que se abran las enormes rejas de protección con impaciencia.

No voy a negar la enorme sorpresa que supuso el apoteósico éxito de la carrera de Ethan. Algunas personas consideraban que muy merecida y que era previsible. Puede que yo no estuviera prestando la atención suficiente, pero nunca lo intuí.

Lo peor fue darme cuenta de que mientras su carrera artística se desbocaba hacia lo más alto, la mía caía de forma fulgurante.

Miro anonadada su imponente casa. Creo que alguien comentó que se la había comprado a Leonardo Di Caprio. Puede que sea cierto porque debe tener las dimensiones del mismísimo Titanic. A primera vista parece que estuviera dividida en tres zonas con una cúpula en semicircunferencia en el centro como zona principal. Puedo ver el mar al fondo en contraste con sus paredes de caliza blanca y sus grandes ventanales, así que estoy segura de que tiene acceso directo a la playa.

Me bajo del coche en una presumible zona de aparcamiento y lanzo mis sandalias al suelo de gravilla. He llenado las maletas con toda la ropa de verano que he encontrado en mi armario y me he dado cuenta de que no es mucha. En New Haven el tiempo cálido dura tres meses y el resto del año varía de una temperatura fresca a fría. Creo que tendré tiempo de sobra para echar de menos la lluvia en Malibú.

Avanzo hacia la puerta principal, subiendo unas escaleras grises y largas, y en ella me encuentro a un tipo largo y delgado con un corte de pelo tan drástico que parece que tuviera la cabeza plana. Me mira con curiosidad a través de sus gafas oscuras.

—Tú debes ser Eve —afirma con una mueca de contrariedad. Mueve la cabeza de forma negativa y me pregunto si es mi vestuario o mi cara lo que le

disgusta.

En cualquier caso, el puesto ya es mío y eso es lo que me importa. No he venido aquí a hacer amigos ni a complacer las expectativas de esas personas que solo pasaran por mi vida de forma fugaz.

—Soy Henry, el abogado de Ethan. Acompáñame. Te explicaré en qué consiste básicamente tu trabajo antes de firmar el contrato.

—Muy bien —acierto a contestar mientras miro absorta el enorme vestíbulo y sus amplias escalinatas de madera clara y mármol blanco.

Desde ese lado puedo ver el otro extremo de la casa y su acceso directo al mar tras un espacio diáfano y enorme que incluye la cocina con una barra y un espacio con sofás en color crema. Todo destila lujo, diseño y arquitectura moderna.

—Por aquí está el despacho —me indica Henry cediéndome el paso a través de una puerta prácticamente mimetizada con el resto de los muebles.

Me hace sentar tras una mesa de roble y me quedo asombrada mirando la extensa biblioteca que se extiende a sus espaldas. Las tapas de las cubiertas son de grueso cuero y letras doradas, así que doy por sentado que no se trata de simples ediciones en cartón.

Una vez ubicado me elabora una exhaustiva presentación de todos los detalles importantes del trabajo como asistente personal de Ethan. Es prácticamente una labor de esclavo.

Mi función será la de satisfacer con precisión de reloj suizo todas sus necesidades: coordinar su agenda y horarios, contestar al teléfono y correspondencia importante, establecer citas, organizar el papeleo y hacer recados, contactar con los managers y demás empleados para que sus trabajos no se solapen o queden en un limbo metafísico del que nadie es responsable, supervisar que cualquier necesidad personal de Ethan sea resuelta, y recalca esta última frase con una dicción acentuada que no pasa desapercibida para ninguno de los dos.

Una vez formalizado el contrato y el acuerdo de confidencialidad, por el que me comprometo a no divulgar ninguna información personal sobre Ethan, me aprovisiona de un buen montón de correo atrasado, la agenda del anterior asistente, contactos importantes, un móvil nuevo y una tarjeta de crédito con un

límite tan alto que casi me atraganto con mis propios efluvios salivales.

—No creas que este trabajo es ningún chollo —me advierte Henry acomodando su mirada airada en mi sonrisa—. Los anteriores asistentes no duraron exactamente mucho. Tu disponibilidad será de 24 horas al día, siete días a la semana y tendrás que lidiar con muchos contratiempos. Ethan no está precisamente en su mejor momento y su carácter se ha vuelto un poco irascible y huraño. De cara a los medios está tomándose un descanso para componer y reponerse de la última gira, pero lo cierto es que está pasando una época lúgubre con demasiado consumo de alcohol, tranquilizantes y algún otro estímulo no legal. Tú deberás supervisar que no se extralimita. Son demasiadas las estrellas que se echan a perder por culpa de los excesos dejando huérfana la industria musical. De momento ha accedido a visitar a un terapeuta. Asegúrate de que asiste a las consultas.

Asiento con la cabeza estupefacta. No tenía ni idea de la auténtica y atroz situación en la que se encontraba Ethan. No soy asidua a la prensa amarilla ni a la rosa. No tengo prácticamente tiempo para todo lo que debo hacer en mi vida mucho menos para la de los demás, pero sí que recuerdo algo sobre una habitación de hotel destrozada y una pelea en una fiesta por la que fue denunciado, pero eso fue algo que contó su padre, Roger, en algún encuentro entre nuestras familias.

—No pongo en entredicho tu capacidad, pero lo cierto es que si estás aquí ha sido por la insistencia de Ethan. De otra forma, nunca hubiera accedido a contratar una mujer y mucho menos tan joven y... —conviene sin acabar la frase, pero con un movimiento de mano desdeñable hacía mi.

Me muerdo la lengua y cierro la boca con miedo a lo que puede surgir de ella. Quiero este trabajo, aunque no sé qué pasa con este tipo. ¿Quería un tío grandote y borde que pueda ponerle freno a Ethan? Yo no me descartaría tan pronto. Puedo llegar a ser muy odiosa y tenaz.

—Solo quiero que tengas en cuenta un consejo —prosigue—. No te metas en su cama. Nunca serás especial para él ni conseguirás que sienta algo más que una simple necesidad de satisfacer su apetito sexual. Tú acabarás enamorada y exigiendo algo de él que nunca te dará. Es muy posible que despiertes su interés, pero no el que tú querrás. Ahórrate ese mal trago.

Ahora sí que le miro boquiabierta sin poder ocultar mi estupefacción y de repente, sin poder evitarlo, rompo a reír a carcajadas. ¿Me está advirtiéndome que no me enamore de Ethan como si fuera algo inevitable que acabará rompiéndome el corazón?

Entrecierra los ojos y me mira con renovado interés.

—¿No te interesan los hombres? —pregunta esperanzado.

Resoplo indulgente.

—No me interesa Ethan. Le he conocido con un largo y horrible flequillo para ocultar las espinillas de su frente y con unas estridentes camisetas que nunca pasaban por la lavadora.

—Jamás tuve espinillas. —Oigo que remarca una voz profunda y casi táctil a mi espalda.

Henry, frente a mí, trata de ocultar su regocijo. Creo que le empiezo a caer mejor.

—Espinillas y un problema de exceso de vello facial —respondo girándome lentamente hacia él, remarcando mi afirmación con un dedo sobre mi labio superior.

—Puede que esa fueras tú. Creo que tu madre lo excusaba llamándolo revolución hormonal.

Lo cierto es que Ethan siempre fue popular. Era distante, un poco rebelde y tenía un aire melancólico, procedente de sus circunstancias familiares, que atraía irremediabilmente a voluntarios con la esperanza de servir de confidentes. Por si fuera poco, era el cantante y el guitarrista de una banda de rock.

A veces, le oía cantar cuando su voz traspasaba la chapa de la puerta de su garaje. Siempre pensé que su voz rasgada y profunda de barítono parecía susurrar directamente al oído como si, en realidad, estuviera contando un agradable y fascinante secreto.

No obstante, mi vida la centraba en mí y mis capacidades, no las suyas. Tenía poco tiempo para prestar atención a Ethan o a los demás chicos. Cuando los pocos amigos que era capaz de conservar comenzaban a hablar de lo irresistible que era, yo directamente desconectaba. No me afectaba el influjo de Ethan; y ahora tampoco, aunque contenga la respiración al mirarle, una

pequeña turbación que puedo permitirme siempre que no me desvíe de mi objetivo. Él ya no parece aquel muchacho hiperactivo y agotador que siempre estaba con una canción en la cabeza o entre los dedos mientras tocaba unas cuerdas imaginarias sobre la pernera de su pantalón.

Su cuerpo se ha fortalecido y parece más alto, tal vez más imponente, con unos ojos que parecen traspasarme y leer mi mente, como si el mundo se detuviera cuando él fija la mirada congelando el tiempo.

—Ethan —acorto la respuesta en un escueto saludo.

—Claro que puede que esté equivocado. Eras la perfecta reina de hielo. No creo que se sepa lo que es una revolución cuando se tiene un palo metido por el culo —remata con un tono hosco y beligerante.

Aspiro una bocanada de aire con indignación y la dejo ir resignada. Henry me mira con un alzamiento de hombros y una expresión que parece decir: «Te lo dije». Frunzo el ceño y le miro sin misericordia. Poco importa que su impertinencia sea resultado de una antigua afrenta o a la pataleta de una engreída estrella del rock. No voy a dejar que me afecte, no puedo permitírmelo. Mi objetivo depende de su generosidad.

Sonrío indulgente. Mi meta brilla en letras de neón por mi mente mientras mantengo esa buena actitud ficticia. Su ceja se arquea con incredulidad. Resopla con desdén y desaparece con pasos agigantados y rápidos hasta perderse de vista.

—Puede que me haya equivocado. No parece tener interés en ti —comenta Henry—. De cualquier forma, no te lo tomes como algo personal. Hace mucho tiempo que solo se dedica a gruñir y despellejar vivo a todo aquel que se cruce en su camino.

«Menuda alegría».



Hacemos un recorrido pertinente por la casa y me enseña la estancia

principal que corresponde a Ethan, la de invitados a la derecha y la de personal a la izquierda donde me asignan una habitación. La observo consciente de que es mucho mejor que cualquier otra que pueda permitirme. Al menos, por ahora. De todas formas, mi intención no es permanecer mucho tiempo en ella.

Es una estancia completamente blanca con una cama enorme de matrimonio con doseles que harían las delicias de la princesita del guisante.

Me acerco a la ventana y a través de ella puedo ver la entrada a la casa y mi coche aparcado a una distancia prudente.

Me siento sobre el mullido colchón y sus impecables sábanas y me levanto con precipitación consciente de que por un momento he estado tentada de detenerme a pensar; madurar la idea de este propósito de trabajo, su conveniencia, si es buena o mala idea, si realmente conseguiré algo a través de él, si mi actitud de indiferencia ante la hostilidad de Ethan ha sido calculada o sincera.

No puedo perder el tiempo. Los sacrificios no conocen límite y si algo he aprendido en todos mis años de esfuerzo es a ser disciplinada y entregada. No hay profesión artística que requiera más dedicación, abnegación y diligencia que la danza clásica. Exige un entrenamiento diario intensivo y una forma de vida sobria y muy severa. Sin embargo, la carrera en danza es breve y el éxito difícil, las frustraciones numerosas, y el medio cruel. No puedo permitirme las dudas en este momento. Lo he dado todo por una profesión que me ha dado un portazo tras dejarme fuera y necesito sentir que toda esa dedicación no cae en saco roto.

Aprovecho el tiempo que me ha dado Henry para instalarme y acostumbrarme a las numerosas estancias de la casa.

En la cocina me encuentro con la cocinera. Una mujer de mediana edad, llena de curvas espectaculares y origen latino que me recibe con una sonrisa abierta. Se llama Lola y proyecta una absoluta dedicación a preparar los platos especiales que exige su jefe y a esconder las botellas de alcohol vacías a las que parece asiduo.

Me mira de arriba abajo y por segunda vez en el día observo como otra persona niega con la cabeza al echarme un vistazo.

—A ti te falta un buen plato de judías con carne. Esas caderas parecen afiladas como un lápiz.

No le explico en ese momento que soy vegetariana ni la dieta estricta a la que se somete una bailarina de ballet ni siquiera que, en realidad, he cogido kilos desde la operación.

—Hago mucho ejercicio —me excuso.

—Mi hijo también hace mucho ejercicio y no da la sensación de que pueda levantarle un poco de viento —me responde justo cuando se acerca un hombretón de casi dos metros con una corpulencia extraordinaria. Mi muslo es más exiguo que su bíceps—. ¿Lo ves?

Su hijo es también guardaespaldas de Ethan y ayuda en la casa con alguna cosa que otra como subir las bandejas de comida a la habitación del jefe y abastecer la nevera con los mandados de su madre.

Lola, que apenas le llega por la cintura, le pega un meneo que no oculta su orgullo y me indica que le mire bien como si fuera una fruta expuesta que quisiera vender.

Me doy cuenta de que Justin es más joven de lo que he supuesto en un principio cuando le miro a la cara y descubro sus coloreadas mejillas.

Sonrío y me solidarizo con él cuando confirmo:

—Es evidente que está muy bien alimentado.

Sin pretenderlo y por pura coincidencia los tres nos echamos a reír seguramente de pensamientos tan dispares y excéntricos como nosotros mismos.

Justin resulta ser un encanto. Me comenta que el sótano está habilitado como gimnasio. Decido echarle un vistazo. Me ejercito diariamente y necesito un lugar amplio para mis coreografías.

Bajo unas escaleras de caracol metálicas y en vez de encontrarme un oscuro y tétrico sótano, topo con una estancia muy luminosa de altos y numerosos ventanales y un techo lleno de focos que disparan luz en todas direcciones.

Hay un buen número de aparatos de gimnasia y pesas. No hay ninguna barra, pero sí una amplia tarima de linóleo frente a un enorme espejo.

Tiro las sandalias sin miramientos ni recato. Adopto la quinta posición

con los brazos y elevo la pierna derecha en una Pirouette improvisada con la rodilla doblada. En cuanto la estiro hacia arriba, con el pie a la altura de mi cabeza, en una apertura de 180 grados, noto el familiar dolor de la cadera.

Resulta mucho menos punzante y lacerante tras la operación y los meses de rehabilitación, pero continua ahí para recordarme que no resistirá el enorme desgaste físico que supone la danza clásica.

Los bailarines de ballet tienen, comúnmente, una resistencia al dolor colosal y estoy acostumbrada a soportarlo con mucha intensidad. Lesiones leves como esguinces, inflamaciones, irritaciones, metatarsalgia o ciatalgia son frecuentes. Trabajé durante un año entero con este constante padecimiento en la cadera sin ser consciente realmente del alcance de la lesión hasta que fue demasiado tarde. Un bailarín de ballet se acostumbra a compartir su pasión con el constante dolor.

—Es una posición interesante —comenta la voz susurrante de mi nuevo jefe—. Sobre todo, gracias a lo poco que deja a la imaginación tu casi inexistente ropa interior.

Bajo la pierna despacio sin la imprudencia que me empuja a hacerlo con rapidez y veo sus ojos, a través del espejo, perseguir el movimiento. Estaba tan concentrada en ejercer una postura adecuada que no le he oído acercarse.

—Estoy bastante segura de que estarás acostumbrado a situaciones más reveladoras —contesto volviéndome hacia él.

—Tienes razón.

Lleva ropa deportiva corta y una toalla sobre los hombros, así que imagino que viene con intención de alimentar esos generosos músculos que se adivinan bajo la tela ajustada.

—Creía que habías tenido una lesión muy severa que te impedía continuar bailando —añade con curiosidad comenzando a realizar estiramientos en los brazos.

—¿Has estado cotilleando sobre mí?

—No especialmente. Solo me sorprendió que quisieras este trabajo dada tu frenética pasión por el ballet.

—Bueno, tu padre comentó que se relacionaba más con tus asistentes personales que contigo y que era un puesto que solías tener frecuentemente

vacante.

—Eso no contesta a mí pregunta. No creía que tuvieras más intereses fuera de unas zapatillas de baile.

Cojo aire fuertemente y lo retengo dos segundos antes de contestar.

—Que la lesión me obligue a mantenerme alejada de la danza clásica no quiere decir que no pueda bailar —comento con resolución.

Se detiene mientras parece realmente interesado sobre mi respuesta o sobre lo que le ronda en la cabeza tras ella. Finalmente, me mira con un rostro tan vacío de expresión que me pregunto si es intencionado.

—¿Fue difícil abandonar tus sueños? ¿Resignarte?

—Es lo más doloroso y trágico que jamás me ha ocurrido —respondo con rotunda sinceridad.

—Supongo que el que te vieses obligada a ello sin poder de decisión lo hace más dramático

—¿Por qué me lo preguntas? —pregunto curiosa al ver que parece reflexionar sobre el tema profundamente.

—Me gusta ahondar en las emociones. Lo utilizo para componer. Tal vez mi próxima canción hable de una bailarina espigada y aparentemente frágil, de cutis de porcelana y cuello de cisne; una reina del hielo arrogante y despiadada que esconde tras de sí un historial de sacrificios y trabajo duro, una fortaleza inaudita para conseguir un sueño al que finalmente debe renunciar.

Apenas contengo un quejido lleno de indignación y sorpresa.

—¿Me tomas el pelo? ¿Crees que es gracioso?

Levanta las cejas, pero su expresión es difícil de descifrar. No sé si lo hace con sorpresa o regocijo. Está claro que este Ethan me desconcierta bastante. Ya no es el chico con el que compartí pupitre alguna vez. Es una estrella de rock de fama internacional. Su canción «Inalcanzable» le colocó en la cima en el ranking de la lista *Billboard*; la revista *Rolling Stone* llamó a su canción «Hojas en blanco» el mayor éxito rock del año; la *MTV* lo ha aclamado como el «Artista Alternativo favorito actual».

Y si tengo que enumerar los distintos premios que ha recibido acabo perdiéndome, y eso que he hecho los deberes y recabado toda esa información

al aceptar este trabajo.

Se ha convertido en todo un fenómeno en la industria musical y en un auténtico desconocido para mí en el terreno personal.

Estira sus piernas con despreocupación y parsimonia y, mientras espero una respuesta, observo la larga línea de sus muslos, la firmeza de los músculos, el tono bronceado y uniforme de su piel. Sin poder evitarlo, me recreo en las torsiones de su cuerpo. Retiro mis ojos antes de que advierta mi repaso, y en vista de que no está dispuesto a continuar una conversación que no nos llevará a ninguna parte y que a ninguno interesa, comienzo mi retirada hacia las escaleras.

—Puedes utilizar el gimnasio siempre que no tengas otras obligaciones, pero no voy a darte ningún trato de favor. No sé por qué estás interesada en este trabajo y ni siquiera creo que estés cualificada para él. Solo estás aquí porque mi padre insistió. Harás el mismo tipo de tareas que tus antecesores y recuerda que has firmado un contrato de confidencialidad.

—Todo eso ya me lo ha dicho Henry —le aseguro secamente.

—Perfecto —añade con una sonrisa tirante tumbándose en el banco de musculación sin mirarme.

Tengo la sensación de que todo ese éxito le ha provocado un claro diagnóstico de narcisismo exacerbado.

Debo tratar de ser complaciente y ganarlo hábilmente, aunque parezca que él no tiene intenciones de allanarme el camino.

*Parece como si llevara una vida entera sin sentir, con el corazón congelado y la mente tan turbia que no consigo sacar de ella un solo pensamiento coherente.*

*Ethan, el trovador, que lo consiguió todo, pero se siente vacío. Podría haberme convertido en un trozo de mierda deteriorado y roto que no sabe hacia donde dirigirse ni qué hacer y solo quiere esconderse y desaparecer, recurriendo a trucos sucios y fácilmente cuestionables para afrontar, como un pusilánime, esta falta de todo y nada.*

*Y ahora aparece ella como en la peor de mis pesadillas para ser testigo de mi decadencia, haciéndome hervir de rabia.*

*Hubo un momento durante nuestra pubertad que la vi como una rival imbatible. Su testarudez, su perseverancia y la tenacidad me sacuden y hacen vibrar todo mi cuerpo. ¿Es que nunca se rinde?*

*La observo con desidia, ocultando que despierta un buen número de emociones contradictorias en mí que me devuelven a la vida y hacen que mis dedos toquen canciones fantasmas que aún se me escapan, pero que comienzan a rondar en mi cabeza, renegando de su musa.*

## CAPÍTULO 2

### Bragas y smokings

Pese a que dentro de la casa se mantiene una temperatura adecuada gracias a un sofisticado sistema de aireación, duermo en ropa interior y de esa guisa estiro los músculos sobre el suelo, desenrollo los tendones y despierto las extremidades.

Flexiono los pies y masajeo las piernas, haciendo fluir la sangre, lo que aumenta su capacidad de estiramiento.

El ballet tiene un lenguaje propio y que el cuerpo lo verbalice resulta complicado. El desgaste físico es desmedido y con el tiempo se aprende a mimar cada rincón, desde las puntas de los pies sangrantes y llenos de ampollas hasta el último músculo. Los masajes son una parte muy importante de esta disciplina y acaba formando parte de la rutina como un ejercicio más.

Suena mi teléfono y trato de ignorarlo como casi siempre hasta que me doy cuenta de que ya no puedo permitirme ese pequeño lujo. Ahora, el móvil es mi herramienta de trabajo más importante.

—¿Eve? ¿Es así como te llamas? —inquire una voz masculina tras descolgar.

—Eso es.

—Muy bien. Soy Bartholomew, el representante de Ethan. Espero mucho de ti, así que escucha atentamente: el sábado debe asistir a la gala anual benéfica AMFAR en Nueva York. Debes asegurarte de que llega completamente sobrio. Nada de miradas vidriosas y la sonrisa pintada en la cara.

»Pregúntale si ha decidido quién será su acompañante, en caso contrario tú te harás cargo de encontrar una. Estoy seguro de que ya dispones de la agenda con las direcciones y los teléfonos que necesitas.

«¿Una gala benéfica llena de estrellas y directores del mundo artístico?». Una luz se enciende en la oscuridad.

—¿Yo también tendré que asistir?

—Por supuesto. Tu presencia es indispensable, pero no será un paseo lleno de rosas. Primero deberás memorizar los nombres y caras de todas las personas con las que Ethan deberá interactuar. Te llegará el dossier esta misma tarde.

»Él es un desastre en este tipo de situaciones y por si fuera poco huye de los compromisos sociales, así que tú serás como su conciencia. Le dirás a quién acercarse, con quién hablar y a quién adular. Manténle alejado de las bebidas y que sea atento y amable. Nada de numeritos ni escenas inmoderadas.

—De acuerdo —respondo un poco abrumada por su incansable verborrea y la responsabilidad. Parece como si Ethan necesitara una niñera.

—Cómprate algún modelito acorde que no destaque demasiado ni para bien ni para mal, y que Ethan lleve *smoking*. Tendrás que estar encima de él en este aspecto porque pondrá objeciones, pero no es un tema por debatir. Sé intransigente.

«Lo dicho: una niñera».

—¿Cuando dices el sábado, te refieres a esta semana?

—Sí, ¿hay algún problema?

«Básicamente que solo quedan cinco días para esa fecha, es mi primer día de trabajo y no tengo ni idea de por dónde empezar las numerosas responsabilidades que acaban de adjudicarme».

—No, ninguno.

—Buena, chica. Estaremos en contacto.

Me precipito sobre la agenda y empiezo a revolver en busca de alguna pista proporcionada por el anterior asistente. Tengo suerte porque el tipo parecía bastante organizado y eficiente.

El nuevo *smoking* de Ethan está en el sastre y aún le queda una última prueba. Cojo mi teléfono y lo primero que hago es concertar una cita para ese mismo día.

Descubro que Ethan dispone de un lujoso ático en Nueva York. Me pongo en contacto con el equipo de limpieza encargado y coordino su asistencia al lugar con la llegada de su dueño para que lo encuentre impecable. Encuentro el número de localizador de los billetes de avión y también una lista detallada

de la ropa adecuada para este tipo de viajes.

Resoplo con incredulidad. «¿Acaso debo también doblar sus calcetines y hacerle la maleta?»

Estoy revisando toda la información expuesta de forma detallada, para mi bien, cuando abren la puerta de mi habitación abruptamente, dándome un sobresalto.

—Es la segunda vez que te veo las bragas en menos de 24 horas. ¿Es alguna táctica para ganarte al jefe? Porque conmigo esa clase de trucos no funcionan.

Tras un breve momento de vacilación, le lanzo una mirada que espero le deje clavado en el sitio y cojo una ligera bata de seda del respaldo de mi silla para cubrirme.

—No me verías las bragas si llamaras antes de entrar en mi habitación —le reprocho.

Él se cruza de brazos con una expresión mitad huraña, mitad divertida, apoyándose en el marco de la puerta para observarme con más atención.

—Son las nueve de la mañana y hoy es tu primer día de trabajo, lo lógico sería que ya estuvieras presentable.

—Según me han venido a informar, lo lógico es que tú no abrieses los ojos hasta pasado el mediodía

—Veo que ya te han hablado bien de mí y normalmente tendrían razón, pero aún no he pisado la cama. Acabo de llegar de una timba de póker que se ha alargado un poco.

Observo sus ojos nublados, su color ceniciento y la dejadez de su ropa y me doy cuenta de que no miente. Incluso puedo ver que apoya su cuerpo en la pared para no tambalearse.

—He tenido que hacer un buen número de gestiones para la gala del sábado antes de poder vestirme —le explico ahorrándome cualquier comentario sobre su actitud.

Frunce el ceño y me mira con fastidio.

—Ahórratelas. No voy a ir.

—Bartholomew ha dicho...

—Bartholomew no toma todas las decisiones por mí. No pienso ir a esa

parodia.

Entro en pánico. «¡Yo si quiero ir!»

—Soy tu asistente, no tu niñera. Ya eres mayorcito para saber que debes afrontar responsabilidades. Si tu representante, que sabe lo que te conviene más que tú, decide que debes acudir, lo haces. Aquello estará lleno de personas importantes con las que codearte y supongo que necesitas que se te vea si no quieres acabar olvidado como uno de esos desechos que inundan los frigoríficos de un perfume nauseabundo que nunca se sabe de donde viene. Actúas como un consentido ingrato. ¿Crees que la fama y el éxito te van a durar así para siempre?

Mientras voy hablando sin pensar detenidamente en lo que sale por mi boca, él abandona su postura desmadejada y se acerca a mí peligrosamente. No retrocede aunque mi cuerpo de bailarina quede bastante reducido alrededor del suyo. Huele a alcohol, tabaco y sudor, pero no de una forma desagradable.

—Tal vez sea lo que quiero. Enviar todo a la mierda y desaparecer.

Frunzo el ceño y lejos de sentir compasión por él, le miro suspicaz.

—¿Sabes cuántas personas darían lo que fuera por estar donde tú has llegado? ¿Por conseguir lo que tú tienes? Creía que tu pasión era la música.

»No todo el mundo puede permitirse vivir de lo que le apasiona y mucho menos triunfar como tú lo has hecho. ¿Tienes quejas? ¿No todo es tan cómodo y sencillo como planeabas? Bienvenido a la vida, Ethan. No hay nada que no suponga un esfuerzo o un sacrificio. Somos nosotros mismos los que debemos hacer que cuente cada lágrima, cada gota de sudor, todo el dolor sufrido.

—¿Te han valido a ti? —pregunta como si estuviera seguro de obtener una respuesta negativa.

—Lo harán. Todavía no he terminado de luchar.

Aprovecho su cercanía para observarle con atención. Estoy segura de que cualquier otra persona se amedrentaría ante esos ojos demasiado directos e intensos, pero le conozco por demasiado tiempo y aún me cuesta ver a la estrella.

Humedece sus labios con la lengua ligeramente y los deja entreabiertos, blandos y llenos mientras los engranajes de su cabeza parecen absorber mis

palabras como si estuviera teniendo en cuenta mi discurso y lo analizara. Finalmente, resopla como si estuviera dando rienda suelta a los demonios de los siete infiernos.

—No pienso llevar *smoking*.

Sonríó triunfante.

—Tienes la última prueba del traje hoy a las cuatro. —Una pequeña sonrisa estoica asoma en su boca y respiro aliviada. Creía que me lo iba a poner más difícil.—. ¿Sales con alguien?

Eleva una ceja, ladea la cabeza y amplía la sonrisa.

Horrorizada por lo que pueda estar interpretando, me apresuro a aclarar mi pregunta.

—Debes llevar un acompañante.

Su sonrisa se borra y se aleja unos pasos hacia la puerta.

—Te dejo la elección a ti. Estoy seguro de que ya te habrán proporcionado un buen número de posibles contactos.

—Alguna preferencia tendrás...

—No, llega un momento que todas las caras me parecen similares, todos los cuerpos cortados por el mismo patrón, las conversaciones menos que saciantes y las risas idénticamente falsas.

—Pobrecito, qué difícil debe ser tener un largo listado de hermosas conquistas dispuestas y asequibles —comento sardónica.

—Ten cuidado. Puede que te envenenes si te muerdes la lengua —advierte sin humor antes de examinarme en mi escueta bata con desinterés.

—Nunca he recibido protestas sobre sus capacidades —contesto resentida.

—¿Eso es cierto? Porque los rumores decían todo lo contrario y que una hoja inerte caída de un árbol en otoño tiene más pasión.

Respiro hondo sin dejar que la ira me domine.

—Eso parecen palabras dolidas que solo utilizaría alguien que no obtuvo lo que quiso —me defiando.

—Puede ser. Desde luego, no recuerdo a nadie que consiguiera algo contigo.

—Hace mucho tiempo que nuestros caminos se alejaron. No sabes nada de

mí.

—Nunca estuvieron próximos. Ni siquiera lo intentaste —declara antes de salir por la puerta con contundencia.

Ninguno lo hizo. No teníamos nada en común, excepto la amistad de nuestras familias.

En el instituto, él siempre estaba rodeado de colegas y fans que acudían a los pequeños conciertos que su banda obtenía por los locales y garitos de los alrededores.

Yo era solitaria, amiga de pocos amigos. Puede que a primera vista ofreciera una imagen fría y desapegada y se creara a mi alrededor una imagen de persona inaccesible, pero es que toda mi pasión estaba enfocada al baile.

En realidad, sí hubo un momento en el que estuvimos unidos. Antes del baile, de la música y de que ellos volvieran a ser más de dos de nuevo.

Miro la puerta cerrada incrédula y la amonesto con la mirada como si fuera la culpable de la interrupción de Ethan. Ni siquiera me ha dicho cuál era el motivo. Debo imponer una serie de reglas; que trabaje para él no quiere decir que no esté obligado a respetar mi intimidad.

Me siento en la mesa de la cocina, una vez duchada y vestida, con una taza de café junto a mi inseparable agenda. Estoy pensando seriamente en adjuntarla a mi cuerpo de alguna forma permanente, como si fuera un piercing o un tatuaje interactivo, porque estoy segura de que sin ella estaré perdida.

Lola hace la comida y Justin le alcanza lo que necesita de los armarios más altos mientras entre los tres repasamos la famosa lista de posibles acompañantes de Ethan entre risas.

A Lola no le gusta Alexandra. Es una modelo exuberante que una vez despreció su famoso chili. A Justin le vuelve loco Ermelinda porque trató de incluirle en la cama en uno de sus encuentros con el jefe, aunque este último rehusó categóricamente.

Mis ojos se detienen sobre el nombre de Gina Sanders. Es la directora de una compañía de danza que saltó a la fama por participar en un *Reality show* sobre baile. Es unos diez años mayor que Ethan; ronda los cuarenta, pero eso no impide que puedan hacer una atractiva pareja y aunque, en un principio, no esté interesada en entrar en ese circo mediático que supone un *Reality show*,

seguro que me consigue algún contacto que me ayude a entrar en el circuito.

Cuando se detiene el tono de llamada y responden, oigo una voz masculina atendiendo el teléfono.

—Soy Marcus, el ayudante de Gina. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hola, Marcus. Soy Eve la asistente personal de Ethan McKenna. —Me pregunto si sonará mejor ayudante que asistente o si realmente hay alguna diferencia—. Este sábado debe acudir a la gala anual benéfica AMFAR en Nueva York y estaría encantado si Gina pudiese acompañarle.

—Un momento, Eve. Deja que lo consulte con ella.

Tras un breve momento es, a la que supongo la propia Gina, a la que oigo hablar:

—¡Oh! Ethan. ¿Se le levantará ya? He oído que no hay manera de que le funcione la polla, que lleva meses sin dar la talla —comenta con un claro tono de burla en su voz.

El propio Marcus parece regocijarse y puedo oír su risa burlona a través del teléfono.

Antes de meditarlo profundamente, cuelgo el teléfono e interrumpo la llamada. Me lo tomo como un agravio personal. No me gustan los modos, el carácter humillante que toma esa conversación. Ni siquiera se molestan en ocultarla cubriendo el auricular.

Nunca he oído nada al respecto sobre ese tema, pero si Ethan tiene ese tipo de problema, seguro que la raíz está en algún tema más complicado, algo que no debe tomarse tan a la ligera.

Luego, pienso que eso no debería importarme, que no es mi labor tomar un papel de justiciera y que acabo de perder una buena oportunidad de relacionarme con Gina, pero supongo que ya es tarde para arrepentimientos.

Acabo contactando con Mary, otra chica que no pone ningún impedimento, pese al poco tiempo de antelación, y parece encantada con la idea de acompañar a Ethan.



Observo con el ceño fruncido la bandeja de comida devuelta. Al parecer, Lola se la sube a su habitación todos los días y casi siempre la devuelve prácticamente entera.

La cocinera dice que ha perdido bastante peso en los últimos meses y está claro que ella es una abanderada del buen comer y las constituciones fuertes. Lo noto constantemente en los ojos con los que me evalúa y las muecas de disgusto que hace ante mis platos vegetarianos.

Yo disfruto del bol rebosante de ensalada verde con piña fresca, nueces y semillas de Goji que me he preparado.

Le explico que una bailarina tiene una dieta muy estricta basada en frutas y verduras básicamente, y la idea le rechina completamente.

Lo cierto es que el peso es un tema recurrente y obsesivo en las bailarinas de ballet. En esta profesión he conocido mujeres adultas cuya balanza apenas rozaba los 39 kilos. Los trastornos alimenticios muchas veces se colaban entre las estrictas exigencias dietéticas de forma inevitable. La razón deriva en que unos kilos de más son suficiente motivo para acabar con una carrera en ballet.

Desde que tuve que abandonar la danza clásica, mi peso se ha vuelto más moderado, alcanzando una cifra más saludable para mi talla, pero lo cierto es que sigo manteniendo una dieta vegana escrupulosa y baja en calorías.

A las tres y media toco la puerta de la habitación de Ethan con los nudillos. La cita con el sastre es a las cinco y mi pretensión inicial es llegar puntual.

—¿Qué demonios ocurre? —dice una voz abotargada y malhumorada.

Lo tomo como una invitación para entrar y me encuentro a un Ethan tirado sobre su cama de forma desmadejada con pocas intenciones de cambiar de actitud.

Me dirige una mirada de fastidio como si hubiera interrumpido algo más importante que la propia observación de su ombligo.

Respiro hondo y me acerco con tiento.

Su expresión cambia y me doy cuenta de que aún está medio borracho o algo peor.

—Hola, pequeña bailarina. ¿Vienes buscando algo concreto a esta habitación? —pregunta con una clara insinuación sexual.

Solo puedo pensar en el comentario de Gina y toda esa actitud me parece una pomposa burbuja de jabón inestable y débil, tratando de reflejar una distorsionada imagen que no le pertenece.

—Ethan, tenemos una hora y media para ir al sastre. ¿Qué estás haciendo?

—No seas coñazo, Eve. Necesito dormir y descansar un poco más. Ayer bebí demasiado.

—Por lo que he oído, esto va más allá de una simple borrachera ocasional.

—Apuesto a que doña perfecta nunca se ha emborrachado.

—No bebo alcohol y aunque así fuera, lo haría con moderación.

Empujo sus pies para tirar sus piernas a un lado de la cama.

—Vamos, tienes que ducharte y estar decente. Tenemos una cita y no te conviene que la gente hable en estos términos de ti.

Elevo su tronco, empujando sus hombros hacia arriba y lo siento en el borde del colchón.

—Mezcla de monjas y boxeadores —balbucea.

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

—¿No es eso lo que dijo ese francés sobre las bailarinas de ballet?

Asiento ocultando la sorpresa.

—Maurice Bejart —aclaro pasando su brazo sobre mis hombros y ayudándole a estabilizar sus pies sobre el suelo. No sé hasta qué punto ha podido adelgazar, pero yo lo noto fuerte y pesado.

—Devotas como una beata, aparentemente frágiles y regias, pero con alma de guerrero: fuertes psicológica y físicamente.

Se apoya desmadejadamente sobre mi cuerpo y aguanto su peso mientras le acerco a la puerta de su habitación que presumo será el cuarto de baño.

Acierto y una enorme bañera me recibe en la nueva estancia. Con cuidado le apoyo en el mármol de la encimera del lavabo y abro uno de los grifos, perdiendo el norte momentáneamente mientras me quedo embobada mirando la pequeña cascada que origina.

Me acerco a él y empiezo a tirar de su camiseta de tirantes hacia arriba, pero su falta de cooperación me impide poder sacársela de encima.

—¿Qué haces? —me pregunta sujetando mi mano para detenerme.

—Ayudarte con la ducha —respondo con poca paciencia y un poco de retintín.

—¿Vas desnudarme?

—¿Prefieres hacerlo con ropa?

Me mira con los ojos entrecerrados como si no me creyera capaz, pero en eso está equivocado. He compartido una infinidad de vestuarios con bailarines del sexo opuesto y he visto su desnudez sin ningún tipo de decoro.

Aprovecho su parálisis momentánea y saco el cuello de la prenda por su cabeza. Me deja tirar de ella mientras la estiro a lo largo de sus brazos. Me encuentro con las ondulaciones de su torso desnudo y bronceado a la altura de mi nariz.

Una fina capa de sudor brilla en su pecho y el olor a almizcle y una fragancia masculina con sabor a canela invade mis fosas nasales y pica en la punta de mi lengua. Mis manos se aventuran hacia su vientre rozando su piel y él parece tensarse. Un incómodo silencio se cuele entre nosotros restando de toda naturalidad mi empeño en desnudarle con total indiferencia.

Mis dedos ligeros y nerviosos desabrochan el botón de sus tejanos en la cintura y me acobarda lo íntimo que resulta hacerlo, sobre todo porque su mirada arde en cada uno de mis movimientos. Bajo la cremallera más torpe y lenta de lo que pretendía y voy dejando al descubierto sus *bóxer* oscuros. Rozo, sin pretenderlo, el bulto entre sus piernas y no me parece flácido ni disfuncional. Muy al contrario, eso parece empezar a cobrar vida y hacerse muy evidente.

Levanto los ojos a los suyos y me encuentro con una expresión en ellos de sorpresa.

Su mano alcanza la mía antes de que pueda apartarla y la encierra, presionándola ligeramente contra la tela que cubre su incipiente erección.

Atónita dejó escapar un jadeo que se mezcla con el suyo mucho más gutural y profundo.

No me libera mientras su frente se apoya en mi hombro en un gesto que

aparentemente me parece más íntimo y chocante que el de mi propia mano sobre su erección.

Aunque su presión es firme, yo misma podría retirar mi mano con facilidad, pero tampoco lo hago mientras su pene alcanza una dureza y un tamaño que muchos envidiarían.

Su aliento llega a mi cuello y eriza mi piel. El aire parece haberse detenido y tengo que respirar aceleradamente para conseguirlo y poder llenar mis pulmones. Tengo un vaivén de emociones que zigzaguean entre el bochorno y el entusiasmo.

Hago un recuento de la situación en mi mente. Estamos tan cerca que nuestros pechos se rozan cuando aspiramos con fuerza y hay algo en su posición sobre mí que transmite cierta vulnerabilidad. El Ethan que me he encontrado parece a punto de quebrarse, frágil y perdido. Estoy tentada de acariciar su cuello para transmitirle algún tipo de consuelo, luego recuerdo que mi mano está ocupada y en qué lugar está precisamente, «como si pudiera olvidarlo», y que tal vez ese no es tipo de consuelo que busca o necesita. En cualquier caso, el chico no tiene ningún problema por ahí abajo. Tengo una comprobación de primera mano y nunca mejor dicho. Y aún así... esa mirada de sorpresa no se me ha pasado desapercibida.

—Ethan —susurro porque estoy en ese punto que no sé si alejarme o comenzar a deslizar mis dedos por ahí, y eso sería un error de proporciones épicas.

Él levanta su rostro con los ojos soñolientos, como si acabara de despertar de un sueño profundo, y afloja mi mano dejando que la aleje de su anatomía. Hinchaba los carillos como un crío contrariado esquivando mis ojos. Expulsa el aire con un resoplido que provoca un vendaval en mi frente.

—Sí, lo sé. Puedo arreglármelas solo —masculla él, pero algo cambia en su mirada cuando levanta la cabeza para estudiarme. Algo pequeño en un principio, pero que parece gritar más alto que cualquier estruendo.

Me alejo. Sus ojos están inyectados en sangre. Soy muy consciente de que aún está embriagado y de que, con mucha probabilidad, sea el alcohol el que le empuje a actuar de esa forma.

Ethan y yo nunca nos hemos gustado y eso no va a cambiar.

Adopto la actitud fría y distante en la que más cómoda me encuentro, aunque por dentro todo esté barbotando como el agua en ebullición.

—Puedo ayudarte si quieres. No eres el primer hombre que veo desnudo y no voy a escandalizarme.

Se detiene para mirarme como si barajase esa posibilidad o tratara de calibrar mi reacción o la falta de ella. Parece huraño cuando insiste que puede solo y casi me cierra la puerta en las narices.

El cambio de actitud no me sorprende. Ambos jugamos al mismo juego de indiferencia.



Me siento extasiada tras el volante de su Lotus, un coche deportivo de carrocería espectacular, diseñado para captar la atención en la carretera, que él mismo me ha indicado que tome. Puede que no haya podido evitar ocultar mi deslumbramiento al ver el vehículo y que él lo haya captado.

Espero que tome asiento en el lado del copiloto mientras le observo dar la vuelta por la parte delantera del vehículo con esa arrogancia innata que también recuerdo. Parece haber recuperado esa seguridad y arrogancia que equilibra sus movimientos y atrae todas las miradas.

Huele a limpio y lleva el pelo húmedo, aunque su vestimenta vuelve a consistir en unos parduzcos pantalones de cargo y una camiseta holgada que ha visto tiempos mejores.

Se pone unas gafas oscuras de aviador antes de cruzarse de brazos y evita mirarme o no le interesa.

—¿Y Justin? —pregunto dando por supuesto que saldríamos con su guardaespaldas.

Niega con la cabeza ligeramente como toda respuesta y yo tampoco insisto.

Configuro el GPS porque no conozco las direcciones y sonrío satisfecha cuando oigo el rugido del motor. Voy a disfrutar de este viaje o lo haría si no

llegásemos tarde.

De Malibú a Los Ángeles hay más o menos una hora de distancia. Recorro la carretera costera sobrecogida por las impresionantes vistas y maldigo no poder recorrerla con tranquilidad debido a la urgencia.

Llegamos al sastre con media hora de retraso. Esa circunstancia me pone los pelos como escarpías. Soy disciplinada en exceso. La impuntualidad me trastorna.

Echo una mirada furibunda al culpable de ese desatino, aunque él parece tranquilo. No ha pronunciado ni una sola palabra en todo el viaje y parecía dormir. Con la curda que tenía, no me extraña en absoluto.

Aparco en el lugar de destino y debo correr para alcanzar a Ethan y poder seguir las largas zancadas de sus pasos.

Es una casa tipo *loft*, pero no entramos por la puerta principal, sino por el garaje. Parece que nos adentráramos en una sastrería clandestina a la que no le falta ninguno de los detalles que podría hacerla retroceder a la época de Al Capone y las mafias de Chicago: papeles pintados en las paredes en azul océano, muebles de madera en color caoba y miles de retales y cintas métricas esparcidas por amplias y voluminosas mesas.

Un caballero llamado Thomas se nos acerca raudo y veloz y ofrece la mano a Ethan. Este se la estrecha con dejadez y ni siquiera se quita las gafas para saludarle. Su actitud comienza a tocarme las narices.

Yo despliego la mejor de mis sonrisas, la de aquellos que aún deben mostrarse complacientes y agradables porque no han conseguido todo lo que se puede tener en la vida y necesitan buenas referencias en todo lugar.

Ethan desaparece dentro de los probadores, tras echarme un escéptico vistazo y yo espero convenientemente mientras echo un ojo a las telas y los patrones.

—¡Hola! ¿Puedo ayudarte en algo, pequeña hada de los duendes?

Me vuelvo sorprendida con una expresión de desconcierto. Mis ojos recaen sobre un auténtico y atractivo *hipster* con el pelo largo y peinado hacia atrás y una poblada barba en una gama completa de colores en tono café, caramelo líquido y sirope de arce. Me recuerda al modelo de un anuncio de viajes que salía por televisión una y otra vez, regalando al público una

irresistible sonrisa que derretía icebergs.

Vestido impecablemente resulta uno de esos hombres que parecen creados para llevar traje y no al revés.

«Un James Bond *hipster* con sonrisa de anuncio» resumo en mi cabeza.

—Perdona mi atrevimiento, pero te he visto pululando más que caminando entre las mesas con esos ademanes tan delicados y ese aire sumamente refinado. Me parecía estar viendo un personaje místico.

Me río sin poder evitarlo.

—No creas que es algo innato, lleva muchos años de entrenamiento y duro trabajo conseguir que forme parte de uno mismo.

Ladea la cabeza y cruza los brazos a la altura del pecho mientras apoya la cadera sobre el pilar de un tablero con una sonrisa pícaro como si aceptara el desafío que le echo.

—Perdona que te corrija, pero lo dudo mucho. No puede naturalizarse forzosamente una gracia como la tuya.

—Es cierto que debe haber una base —convengo recordando todas las niñas que no superan las pruebas de ingreso en las academias de danza porque no son lo suficientemente espigadas o su cuerpo no es armonioso, su empeine elegante, sus cuellos largos o no tienen gracia alguna.

«Bailarina se nace, no siempre se hace» solía decir la directora del cuerpo de baile del Sodre.

—Así que me das la razón. No pareces de las que te rindes fácilmente.

Su coqueteo es tan evidente que me pregunto si es una táctica habitual para ganarse clientes o, realmente, ha puesto el foco solo en mí.

—No puedo negar una evidencia, pero, en cualquier caso, sabes poco de mí para llegar a esa conclusión.

—Podemos poner remedio a eso —conviene con tono sugerente y una mirada ladina.

Trato de contener la sonrisa que se desboca en mi boca. No soy persona de flirteos, ni siquiera recuerdo haber tenido tiempo para ello, pero he bailado con el propósito de seducir y estimular al espectador. También sé jugar a eso.

—¿Y por qué iba a quererlo?

—Porque desde que te he puesto la vista encima no dejo de imaginarte con

uno de mis trajes. Me vuelve loco la imagen de tu delicadeza y la firmeza de la prenda más clasicista que existe.

Levanto una ceja perpleja.

—¿Es una especie de fetiche?

Prorrumpe en carcajadas elegantes y contenidas.

—No voy a negar que la estampa es sexy, pero no tenía nada sexual en mente. Solo que te pasees tal y como has hecho, pero ante una cámara con uno de mis diseños para que pueda subirlo a la cuenta de Instagram del sello. Te confieso que en ese tipo de marketing radica la mayor parte del éxito de esta sastrería y siempre intentamos aportar imágenes que capten la atención de los clientes.

Creo que se me cae la barbilla hasta el pecho. Realmente creía que me proponía alguna clase de cita para conocernos, pero no soy mujer que se ahogue mucho tiempo en sus penas sin saber encontrar un aspecto positivo o nuevas oportunidades.

—¿Es una oferta de trabajo? Porque realmente soy capaz de hacer algo más que andar.

Ahora es el turno de él de enarcar las cejas sugestivamente. Me deslizo en un paso de movimiento en quinta posición y giro sobre mí misma y alrededor de la mesa mientras voy realizando fouettes con una pierna sobre el suelo y utilizo la otra para impulsar las vueltas.

Lo hago con la delicadeza y la blandura que él busca y el delirio en sus ojos me confirma que he satisfecho ampliamente su pretensión inicial.

—¡Eres justo lo que necesito! —exclama y se acerca hasta el lugar que he ocupado—. ¿Y tu nombre es? —me pregunta con una mano en mi cintura.

—Se llama Eve y trabaja para mí —aclara Ethan desde algún lugar. Le observo acercarse no muy satisfecho. Tal vez el pantalón de su traje le apriete las joyas de la corona—. Es mi asistente personal —aclara a nuestra altura, resaltando la última palabra de esa frase con un tono que no acaba de gustarme.

—Señor McKenna —se vuelve mi trajeado *hipster* hacia Ethan con la máscara del perfecto hombre de negocios—. No sabía que era su empleada. Desde luego, es muy talentosa y seguro que está a la altura de sus exigencias.

Miro a uno y a otro en hito, preguntándome si toda esa parafernalia tiene un cariz sexual o soy yo la que está un poco alterada por lo ocurrido anteriormente y no soy capaz de discernir la diferencia entre insinuación e inocente argumentación. Me falta mucha calle y devaneo.

—Así es —responde sorprendiéndome—. Lo cierto es que las habilidades de Eve son muchas y sorprendentes.

Frunzo el ceño. No estoy equivocada.

—Podemos hacerlo en mi tiempo libre —interrumpo—. Porque lo tengo ¿verdad? —pregunto con una mirada cargada de frustración a mi jefe, provocando una disimulada sonrisa en el tercero en discordia.

Esta es una de las oportunidades que esperaba al solicitar este trabajo, necesito codearme con las personas que pueden hacer despegar mi carrera como bailarina y no me importa empezar con pequeñas e insignificantes ofertas. A veces, la cerilla se enciende con la chispa más pequeña. De todas formas, apuesto a que la cuenta de esta sastrería tiene miles de seguidores, y lo insólito del vídeo atraería muchas de las miradas de artistas y profesionales que alguna vez han comprado un traje aquí.

—Eso sería perfecto siempre que no interfiera en tu trabajo con el señor McKenna. Es un buen cliente —añade como una disculpa en mi dirección.

Realmente se acaba de bajar los pantalones, pero lo entiendo y no soy quién para tirar la primera piedra.

—Eve es libre de hacer lo que quiera mientras no interfiera con su trabajo y esté disponible siempre que la necesite. La decisión es de ella —responde al fin Ethan con dejadez.

Salto de júbilo mentalmente. Realmente como soy su asistente personal, él podía perfectamente negarse a que yo realizara un tipo de trabajo que pudiera perjudicar su imagen pública o despedirme directamente.

Intercambiamos datos de contacto y me sorprende al comprobar que Alden no es solo un gerente o empleado en *Alden Costume Design*, sino que es el dueño y fundador. Quedamos otro día para tomarme las medidas para el traje que planea hacerme. Y antes de despedirse de Ethan le pregunta amablemente si está satisfecho con la prueba del suyo.

Aunque solo gruñe un escueto «sí» debe estarlo porque esperamos a que

Thomas nos lo prepare para poder llevárnoslo. Estoy segura de que tanto Alden como su equipo cuidan al detalle cada costura y trazada. Ese lugar respira tanto profesionalidad como innovación y no me cabe duda de que es una de las razones por las que atraerá a celebridades como Ethan.

—¿Hay algo que quieras aprovechar a hacer mientras estamos aquí? —le pregunto antes de que me libere del peso de la funda que envuelve su reluciente nueva adquisición para llevarla él.

—¿Como qué? —pregunta con recelo.

—No lo sé. ¿La manicura? Yo sí tengo algo que hacer. —respondo abriendo la puerta del maletero y asistiendo compungida a la forma de Ethan de deshacerse de la bolsa como si fuera un despojo inservible.

Me afano en extender la funda sobre la tapicería de forma ordenada y diligente para que el traje no se estropee.

—Vamos —comenta escuetamente.

—¿A dónde?

—A eso que tengas que hacer —responde con simpleza.

—Realmente me urge, pero no hace falta que me acompañes. Será aburrido y tedioso para ti.

—Lo único que se me ocurre es acercarme a un pub a beber un trago.

—De acuerdo. Vamos —resuelvo inmediatamente antes de ver su ligera sonrisa triunfal y darme cuenta de que es una treta.

Nos sentamos en el coche y miro dubitativa el GPS.

—Realmente no sé a dónde debería ir —confieso consternada.

Le oigo suspirar con impaciencia. Parece que a este tipo todo le supone un gran esfuerzo.

—¿Qué necesitas?

—Un vestido para la gala benéfica. Bartholomew me ha dicho que debe ser algo que no desentone.

Me echa una mirada hermética y parece tomar una decisión mientras lo hace. Se estira hacia el ordenador de abordo e introduce una localización.

—¿Quieres que conduzca yo? —pregunta al verme titubear.

—No. No confío en que estés en condiciones de hacerlo aún.

—He estado peor.

—No lo dudo.

Acompaño esa declaración de una pausa incómoda.

—¿Por qué lo haces?

—¿Quieres psicoanalizarme? Porque ya tengo un terapeuta. Seguro que lo has visto por ahí.

—Para nada. Lo que ocurre es que me cuesta entender por qué alguien que ha alcanzado su sueño se destruye de esa manera.

—¿Crees que he alcanzado mi sueño? ¿Qué esto es lo que deseaba?

—¿No lo es?

—No.

—¿Y cuál es?

—Ahora mismo me conformaría con el anonimato, con huir de la presión mediática y la imagen idealizada que se ha formado a mi alrededor, con poder tocar y componer lo que realmente quiero sin demasiadas expectativas, con aminorar esta sensación constante de pérdida y aislamiento.

Le echo un leve vistazo sin apartar mucho tiempo los ojos de la carretera. Parece sincero, incluso avergonzado por todo lo que acaba de confesar como si esas palabras se hubieran fugado sin su consentimiento del lugar en las que las tenía retenidas.

—Espero que no estés pensando en unirme al club de los 27<sup>[1]</sup>. No hay que parecer miserable para demostrar talento.

Una risa triste y melancólica brota de su pecho con pereza.

—Ya es tarde para eso. Cumplí los 28 la semana pasada.

—Cierto. Se me había olvidado.

—Como si alguna vez lo hubieras recordado —masculla como si mordisqueara algo desagradable entre los dientes.

En eso tiene razón.

—Si no estás contento con lo que haces ¿por qué simplemente no lo dejas?

—¿Cuánta gente conoces que realmente disfrute de su trabajo y decida o pueda permitirse dejarlo? Y no se trata solo de mí, muchas personas dependen de mi éxito, Eve.

Me doy cuenta de que la palabra éxito duele en sus labios y también de la enorme complejidad que encierra la personalidad de Ethan. No es la pataleta

de un niño mimado que lo ha conseguido todo, es algo más. Las personas creativas tienen una capa de piel menos con la que protegerse y viven todo de forma más intensa. Eso lo he descubierto trabajando con personas de gran talento y desmesurada sensibilidad. Las necesidades, el dolor, las emociones, las críticas, todo golpea el cuerpo sin esa protección y a veces enfrentarlo supone una angustia psicológica.

—El alcohol solo agravará todas esas emociones.

—Pago mucho dinero a mi terapeuta para que me diga exactamente lo mismo. Ya que tanto quieres un sobresueldo podría ofrecértelo yo mismo por tus impresionantes observaciones.

—No quiero más dinero, Ethan, quiero bailar, llegue a ser la primera bailarina de mi compañía. Me niego a rendirme y recordarlo como una de esas historias que rememoran los abuelos mientras se la relatan a sus nietos conscientes de que nunca volverán.

—Eres muy pesada con ese tema —puntualiza como única respuesta a mi divagación, pero percibo el matiz jovial en su tono de voz y decido ignorarle.

Me relajo contra el asiento mientras él clava la vista en la ventana, pone una mano sobre su muslo y sus dedos, como muchas veces he visto, comienzan a tamborilear sobre la tela de sus pantalones alguna canción que solo está en su cabeza.

La voz del GPS me adentra en Beverly Hills. Probablemente la zona con más concurrencia de mansiones y grandes moradas de famosos y celebridades del mundo.

Llegamos a Rodeo Drive por una carretera de dos carriles para el mismo sentido. Me sorprende la calma aparente, el tráfico fluido y tranquilo como si todos los transeúntes quisieran absorber con parsimonia el hermoso y despejado cielo azul en contraste con los edificios de color gris ceniza y crema, como pasteles de dos sabores, y las palmeras altas y verdes como las guindas frutales que los adornan.

Voy leyendo los rótulos de los pomposos toldos de las tiendas que salpican cada esquina sin dar crédito a que se organicen en el mismo lugar tanta opulencia y firma de lujo.

—Detén el coche aquí —me ordena Ethan.

Hago lo que me pide y ambos bajamos del vehículo prácticamente a la vez.

—¿Y bien? —pregunta a mi lado al percatarse de mi paralización—. ¿Qué tienda quieres visitar primero?

Parece mucho más acostumbrado a esto que yo. Me pregunto a cuántas chicas ha acompañado de tiendas para agasajarles de suntuosos y carísimos regalos.

Recobro la compostura y comienzo a andar sin rumbo fijo, buscando por los escaparates un flechazo, una señal que me indique qué es lo que busco, pero los precios de todo lo que llama mi atención, me horrorizan.

Nadie me ha hablado de un límite de gasto, que lo habrá, pero imagino que a ningún jefe le gustaría un derroche excesivo de dinero, a su cargo, por parte de un empleado.

Miro alrededor un poco cohibida mientras Ethan sigue mis pasos con una curiosidad exacerbada. Juraría que mi incomodidad le divierte.

—¿No hay algún *outlet* por aquí? —pregunto.

Resopla indulgente, y sin dejar de ocultarse tras sus gafas de sol, rodea mi antebrazo con su mano y tira de mí con determinación al interior de una tienda.

Mi aparición precipitada y el curioso estudio de un par de dependientes, por un momento, me hacen sentir como Julia Roberts en *Pretty Woman* y como ocurriera con Richard Gere, la actitud cambia completamente cuando reconocen a Ethan o el posible gasto de su tarjeta oro.

—Necesitamos un vestido para una gala —explica él como si hubiera hecho suya también esta misión.

—¿Alguna idea de cómo lo quieren? —le pregunta una de las rubias y altas dependientas sin poder ocultar la admiración, pese a que estoy segura de que por aquella tienda pasarán un buen número de estrellas.

Está claro que Ethan impresiona.

Este, sin responder, se vuelve hacia mí y levanta una ceja en espera de mi intervención.

—Nada extravagante ni con grandes escotes ni transparencias. —Dejaré ese espectáculo para las grandes celebridades.

—Echaremos un vistazo a la nueva línea *Prêt-à-porter* recién llegada para

esta temporada primavera-verano. Acompañadme —dice extendiendo la invitación a Ethan.

Este la sigue como si fuera el dueño y señor del lugar, pese a que su vestimenta desentona horriblemente con cualquier otra prenda expuesta, pero él no.

Se nota a la legua lo acostumbrado que está a que le agasajen, al lujo, al derroche, a despertar fascinación y adoración. ¡Qué poco queda del antiguo Ethan en este ídolo de masas!

—Creo que este te quedará perfecto, sin duda es tu color —explica mientras muestra un vestido en rosa pálido.

La estructura bien podría ser la de un tutú largo con su corpiño palabra de honor y ceñido hasta las caderas desde el que surge una falda con volumen de tul cubierta de una suave gasa del mismo tejido que la parte de arriba. La diferencia entre este y el de una bailarina es que la seda roza el suelo.

Sin duda es una prenda con la que podría sentirme cómoda.

—¿Por qué no te lo pruebas? Yo te llevaré alguno más.

Me acerco a los probadores, seguida de cerca por Ethan. Me detengo y me vuelvo para echarle una mirada interrogativa.

—Voy a sentarme en esos asientos —me explica como si me leyera el pensamiento, señalando con su dedo unos mullidos sofás frente a una galería de espejos.

Me pruebo el vestido y descubro que tiene una generosa apertura delante hasta la cadera del corpiño que deja a la vista mi pierna izquierda.

Tengo que reconocer que me gusta y me sienta estupendamente. Realmente, esta clase de tejidos deben llevar polvo de luna o fibras de estrella porque se adaptan al cuerpo de manera sobrenatural glorificando los pechos, la cintura y las caderas.

—¿Qué tal, Eve? ¿Puedes salir para que compruebe que no necesitas arreglos?

Aparto la cortina y voy en busca de la dependienta hasta encontrarla en la galería de espejos frente a un cómodo y repantingado Ethan. Parecen charlar amigablemente y eso explica que ella ya sepa hasta mi nombre.

—Yo creo que está perfecto. ¿Qué tal te sienta? ¿Estás cómoda? ¿Te

aprieta en algún lado?

Son demasiadas preguntas para contestar en una sola frase.

—Bien. Sí. No —digo y espero no haberme equivocado con el orden.

—Claro. Es imposible que no te quede bien con ese cuerpo de bailarina.

Se acerca y tira de la estructura del portasenos hacia abajo haciendo que mis pechos reboten sobre el escote. Pone las manos en mi cintura como si estuviera comprobando algo y airea la falda hacia atrás para aumentar la apertura y revelar ambas piernas.

Lo cierto es que ya estaba convencida mucho antes de todos esos aspavientos.

—Probemos con algo más —dictamina tras un estudiado vistazo a mi imagen del espejo y desaparece rumbo de nuevo a la exposición.

—No encuentro la etiqueta con el precio —le comento a Ethan mientras me revuelvo en el vestido tratando de dar con ella.

Él sonríe lánguidamente con los ojos entrecerrados y esa postura desmadejada sobre el asiento.

—¿Quieres que te ayude? —pregunta con voz queda.

—Sí, por favor —le pido mientras busco en el revés de la falda.

No me doy cuenta de que lo tengo a mi lado hasta que sus dedos se incursionan dentro del corpiño rozando mi espalda.

Contengo el aliento. Puede que su ayuda fuera desinteresada y su toque inocente, pero de algún modo me afecta.

Levanto los ojos al espejo y me encuentro con los suyos en mí mientras baja la cremallera del vestido sin dejar de observar mi reacción.

Tengo que sujetarlo contra mi pecho para que no caiga mientras las manos de Ethan buscan dentro de la apertura que acaba de abrir y sus nudillos rozan mi piel una y otra vez con suavidad. Todo el calor de mi cuerpo parece acumularse en ese lugar y condensarse como agua de rocío en el suspiro que me obligo a retener.

Su búsqueda parece concienzuda y delicada mientras yo estoy a punto de ceder y cerrar los ojos para saborear el gemido de satisfacción que sus cosquillas producen en mi cintura.

—Por aquí no está —susurra, sacándome de mi febril hipnotismo—. ¿Has

mirado ahí dentro? —pregunta señalando la parte delantera que sujeto contra mi cuerpo.

Niego con la cabeza y en vista de que él no se mueve, me giro para mirar a través del escote. Antes de darme la vuelta, sé que él se ha ido sin decir absolutamente nada porque el aire parece haberse vuelto gélido en el lugar que sufre su ausencia.

Respiro hondo. Necesito un ligue, un polvo o algo que consiga que no me deshaga con un simple roce de unos dedos masculinos. Aunque las caricias sobre la espalda son mi punto débil. Mi piel grita de frustración cuando lleva largo tiempo sin sentir las.

Aparece la empleada con nuevos vestidos y aprovecho a preguntar por la etiqueta.

No se ríe, aunque sí parece condescendiente cuando me explica que no encontraré etiquetas en ninguna de sus prendas. Podrían deteriorar la mercancía. Soy una idiota.

—De cualquier manera, el señor McKenna nos ha autorizado a cargarlo en su cuenta sin ningún límite de gasto.

—¿Eso ha dicho? —pregunto con sorpresa.

Afirma con la cabeza sin expresión alguna.

«Entonces, ¿para qué carajo me ha ayudado a buscar la etiqueta?».

—Es mi jefe —aclaro sin motivos—. Debo acompañarle a una gala, así que supongo que puedo considerarlo como un uniforme laboral.

—Si te cansas del trabajo, avísame. —Es lo único que responde.

*«¡Mierda y mil veces mierda!» ¿Cómo es posible que un simple roce me despierte de maneras que no lo hacen ni las mas ardientes tentaciones del infierno?*

*La mayoría de las veces no sé cómo enfrentarme a lo que se supone que debo ser y trato de poner una extensa distancia entre lo que se me exige y lo que hago.*

*Me he cansado de interpretar un papel y mi vida se ha convertido en una secuencia sin fin de levantarme, tratar de escribir canciones, pensar, soñar despierto y volver a dormir.*

*Estaba roto, muerto, sentado en un limbo sin tiempo ni espacio, tratando de no sentir, ahogando las emociones y perdiendo mi alma.*

*Y ahora ella entra en mi vida de nuevo, como un vendaval, para ponerlo todo patas arriba y hacer posible lo imposible y necesito saber por qué.*

# CAPÍTULO 3

## No muerdo

Me acomodo en el asiento del avión bastante impresionada por su interior. No tiene nada que ver con los destinados a las rutas comerciales. Los jets privados son muchos más amplios y cómodos. Para empezar, no tienen una fila interminable de inconfortables butacas con estrechos pasillos en los que maniobrar durante las visitas al baño, o las salidas y entradas, sin chocar con el resto de los pasajeros.

Este tiene hasta un sofá, todos los sillones son totalmente reclinables y se pueden utilizar como estilizadas camas.

Sentada frente a una mesa repaso los rostros y los nombres de las personas que debo recordar. Mientras lo hago, juego con Justin a las adivinanzas. El me muestra una fotografía grande con uno de los asistentes a la gala y yo debo acertar también su profesión, reputación, prestigio, apelativo y detalles escabrosos que nos hacen reír.

Bartholomew, el representante, también se nos une y nos habla de los dos pezones extra de un famoso cantante, de lo mal que se llevan las actrices que interpretan a Carrie y Samantha en *Sexo en Nueva York*, la historia del padre monje budista de un actor y del tobogán que comunica la ventana del despacho de Prada con el aparcamiento.

Bartholomew resulta un hombre energético, pero es un gran orador y muy carismático. Esa clase de persona que cuando comienza a hablar, logra que todas las conversaciones de una sala se extingan hasta desaparecer y vuelca toda la atención sobre él. Sin duda, virtud muy conveniente en su profesión. Envidio a Ethan por poder descargar sobre los hombros de su representante parte de su carrera con la confianza de que le conseguirá entrevistas o espectáculos sin tener que saltar de casting en casting.

Miro su oscura figura arrebujada bajo una chaqueta en un asiento más alejado.

Al salir de la tienda con mi prenda nueva, él parecía complacido, pese a su abrupta salida, como aquel que ha encontrado algo largamente perdido. Se interesó ligeramente por primera vez por el nombre de su acompañante a la gala y desechó mi agradecimiento por el vestido. Días después, ha vuelto a su sombrío temperamento y a beber demasiado, pese a que he procurado deshacerme de las botellas de la casa. Sospecho que Justin es el que se encarga de abastecerle de alcohol, pero eso no es lo que más me preocupa.

La cultura de la cocaína entre los artistas es una actividad habitual y un secreto a voces.

Las drogas liberan muchas veces a los bailarines de la angustia psicológica que produce el dolor, el esfuerzo y el constante afán de superación, pero la cocaína es traicionera; su efecto es instantáneo y produce una sensación de energía ilimitada, sin embargo, si se permite que forme parte de la rutina diaria, para rendir, para vencer el agotamiento, para alcanzar lo inalcanzable, acaba controlando la vida del que la consume.

He visto a muchos compañeros empleándola. Reconozco una papelina cuando la veo y Ethan no ha sido muy cuidadoso, dejando una de ellas tirada en el suelo de su habitación. Solo ha salido de ella para visitar a su terapeuta. Aunque quedó con su productor musical, respecto a un nuevo tema que estaba componiendo, le dejó plantado finalmente. El tipo no estaba nada contento, así que tuve que lidiar yo con su mal humor.

Como si fuera capaz de predecir mi mirada sobre él, deja de observar por la ventana y me clava los ojos de forma tan veloz que no tengo tiempo para apartarlos y fingir que no lo estoy mirando.

Los ojos de Ethan son color moka y almendrados. Su mirada fija y entrecerrada es capaz de desarmar a cualquiera, sobre todo cuando es imposible dilucidar cuáles son sus pensamientos como ahora.

Estudia mi cara como si tratara de descifrar un galimatías, así que decido hacer lo mismo dejando de lado cualquier pudor o doblez. Su rostro ovalado y unos labios llenos le dan un aspecto juvenil y suavizan esa mandíbula bien definida, pero no pueden disimular la intensidad y el endurecimiento de su mirada. Ethan es un hombre rotundamente guapo. Hay personas que pueden resultar atractivas, otras seductoras o interesantes y están las que son hermosas

al segundo vistazo, pero Ethan es de esos hombres que te impactan desde el principio, que cuánto más se mira más bello parece y no se acierta a decir si serán sus labios, sus ojos, el marco de sus cejas contundente, su nariz perfecta o el conjunto entero, pero sabes que los griegos se matarían por tenerle de modelo para una escultura.

No es algo que acabe de descubrir. Siempre ha sido así, pero nunca me he dejado deslumbrar por su apariencia. Durante mi carrera, he conocido muchas clases de hermosura cubriendo almas vacías o cargadas de veneno y la apariencia no me ciega.

Creo que no advierto hasta el tercer carraspeo, la llamada de atención de Justin. Me vuelvo aturdida hacia él y este nos echa un curioso vistazo a ambos con una ceja alzada.

—Sea lo que sea lo que estés pensando, ya puedes olvidarlo —le advierto con tono de humor mientras recojo las fichas de la mesa.

Arroja una sonrisa llena de dientes blancos y no parece convencido.

—No se puede salvar a quién no quiere ser salvado. —Es lo único que dice, y yo no sé si se refiere a Ethan o a mí.

—Eve no está aquí para perder el tiempo, sino para triunfar —añade Bartholomew mientras comienza a levantarse de su asiento. Le miro sin entender cómo ha podido reparar en mis intenciones tan fácilmente—. ¿Quieres un consejo?

Asiento con la cabeza ávida de sus conocimientos.

—Tienes unos curiosos ojos de color turquesa. Es un tono poco usual. Si te dieras una coloración con un matiz cereza en el pelo, el contraste sería brutal. El castaño oscuro es un color sobrio para el ballet, pero ahora debes destacar entre una sala llena de personas con tanto o más talento que tú.

»Los contactos son importantes, eso ya lo sabes, las personas con buenas relaciones consiguen más trabajo. Tú cuerpo será tu herramienta de trabajo, mantenlo en forma y recíclate constantemente con cursos y prácticas. Necesitas dominar además de la clásica, el jazz, salsa, claqué, Funky, contemporáneo. Cuanto más versátil y técnicas domines, más cultura artística obtendrás y serás más valorada.

Y no te rindas. Debes ser fuerte física y psicológicamente —añade, antes

de echar un vistazo elocuente a Ethan.

No añado que me parece injusto juzgar de ese modo a Ethan. Su niñez quedó marcada por un suceso drástico que rompería a cualquier otro niño y se hizo fuerte e independiente para aligerar la carga sobre los hombros de su padre.

Da una fuerte palmada sobre la mesa dando por concluida su recomendación. Yo absorbo cada una de sus palabras para grabarlas en mi memoria, pero es entonces cuando me doy cuenta de que el lugar en que ha caído su mano no ha sido elegido por el azar.

Miro la fotografía del tipo y soy incapaz de ocultar la sonrisa depredadora que surge en mis labios.



Llegamos a Nueva York cinco horas después. Son las cuatro de la tarde cuando entramos en el lujoso ático de Ethan y comienza mi pequeña odisea.

Afortunadamente, la casa está impecablemente limpia, pero desabastecida. Mientras él desaparece, de nuevo, en su habitación, yo me encargo de buscar un supermercado para llenar la nevera con lo básico para una semana.

Bartholomew ha concertado una entrevista con un periodista de la revista Times, aprovechando el viaje, y eso alargará nuestra estancia en Nueva York.

Contacto con el director de marketing de Ethan para garantizar, por orden de Bartholomew, que tiene asegurado su paso por la gala en las portadas de las mejores revistas que se hacen eco de la noticia; me cercioro de que la limusina esté en la puerta del edificio para recogernos con puntualidad; llamo a la estilista y el peluquero para recodarles que deben acudir mañana al apartamento de Ethan antes del evento; recojo el reloj de la casa Cartier con el nuevo diseño de edición limitada que lucirá en su muñeca; busco los mocasines Salvatore Ferragamo que siempre usa para este tipo de acontecimientos y me cercioro de que la guitarra que donará para la subasta

benéfica ya está en manos de quién procede dentro de la organización.

En la puerta del vestíbulo me encuentro con el primer problema. El encargado no me deja volver a entrar sin avisar a Ethan, pero él ha dado instrucciones de que no quiere ser molestado y no quiere llamarle.

Cojo mi móvil y marco varias veces su número sin obtener ninguna respuesta. Marco el número de Justin y este me responde enseguida, pero no está con Ethan porque dispone de su propio alojamiento.

Habla con Simón, el encargado de la recepción que no quiere facilitarme la vida, y le explica que soy la nueva asistente. A regañadientes me permite pasar y acciona la llave de ascensor que me lleva directamente al interior del ático. Durante el trayecto me suena el móvil, pero ni siquiera me da tiempo a cogerlo cuando ya he llegado a mi destino.

—¿Dónde demonios estabas? —me recibe Ethan con un humor de perros, bajando su teléfono de la oreja.

—Haciendo mi trabajo —explico igualmente irritada mostrándole las bolsas que cargo—. Tú recepcionista no me dejaba entrar. Se pensaba que era alguna acosadora o ligue que venía a importunarte. Al parecer, es algo que ocurre a menudo y no quería molestarte.

—Le diré que eres la última persona en el mundo que trataría de ligar conmigo —añade con ironía sin desdibujar el ceño fruncido de su frente.

Se acerca a los paquetes de alimentos y empieza a fisgonear dentro.

—¿Qué has traído? ¿Ni una cerveza?

Niego con la cabeza mientras saco los botes de legumbres, los cogollos de lechuga, frutos secos, copos de avena, mayonesa vegana, arroz integral y montones de fruta y semillas.

—¿Nada de carne? ¿Sigues con esa dieta de solo vegetales? —pregunta con burla—. No creía que duraras tanto. Recuerdo cómo mirabas el *rosbif* aquellos domingos en casa de tus padres. Era desagradable ver cómo babeabas y aun así te resistías a probarlo.

—Yo no babeaba —reniego dándole una palmada sobre el dorso de la mano para apartarle del contenido de las bolsas y empujándole ligeramente con la cadera para apartarle del mostrador.

La estancia es todo lo que se esperaría de un apartamento de ensueño con

enormes cristalerías y espacios diáfanos con apenas tabiques divisorios. La cocina americana no es excepcionalmente grande y está separada de la mesa de comedor por una encimera blanca de un brillo infinito; al otro lado, un sillón rinconero enorme frente a una enorme televisión plana, y justo detrás; unas escaleras acristaladas que llevan a una zona de dormitorios cuyas puertas son visibles desde el centro del salón.

Apenas hay rincones oscuros o intimidad alguna en la que esconderse. Supongo que eso no es un problema para Ethan cuando está solo, pero ahora debe compartir ese espacio conmigo y no sé cómo tomarme este estrechamiento.

He oído historias sobre otros asistentes personales de estrellas; por ejemplo, Lady Gaga incluso obligaba a la suya a dormir con ella en la misma cama o el de Christian Bale debía olerle las axilas.

Mis ojos se desvían a las de Ethan, ahora que levanta sus brazos sobre su cabeza para estirar los músculos. Sin poder evitarlo esa fugaz imagen de mí olisqueándolo pasa por mi cabeza, batiendo en mi pecho una descontrolada carcajada.

Apoya las manos detrás de su cabeza, sobre la nuca con los brazos flexionados y me echa un desconcertado vistazo.

—¿Hay algo en mí que te haga gracia?

La sonrisa se desdibuja de mis labios en el tiempo que mis ojos le hacen un ligero repaso por los bíceps abultados, las ondulaciones de su torso, el trozo de piel en su estómago que ha quedado a la vista bajo su camiseta estirada y continúa por el bulto bajo la cremallera de su pantalón.

«No, no hay nada en Ethan que me produzca regocijo».

Sin embargo, no puedo permitirme parar a pensar en ello. Tengo mucho que hacer y un objetivo que cumplir. Según Bartholomew, no lo tengo nada fácil. Tengo que centrarme en mis objetivos.

—Eve —oigo la voz lejana de Ethan como una súplica mientras yo ya estoy pérdida en la nube de mis pensamientos.

—Haré la cena —convengo sin mirarle—. Es mejor que nos acostemos temprano. Mañana, la noche será larga.

—¡Hostias! ¡Joder! Pero ¡Qué mierda! —grita y me asusto hasta el punto de

dejar caer los brotes verdes de lechuga al suelo.

Le veo agacharse llevándose las manos a la pelvis mientras maldice como un poseso.

—¿Qué ocurre?

—Tuve una distensión en los abductores y de vez en cuando todavía me provocan dolor.

—Es probable que tengas una contractura muscular —sentencio como la experta en lesiones que realmente soy—. Deja que te ayude, Ethan. Un masaje en la zona ayudará a deshinchar y vaciar el músculo y te aliviará el dolor. ¿Puedes llegar arriba? —le pregunto deslizando un brazo bajo su hombro.

Su mirada se lanza de nuevo sobre mí tan oscura e insondable que siento vértigo. Es una locura y muy frustrante no poder adivinar jamás lo que está pensando.

Espero mientras le observo dibujar muecas doloridas en su rostro y dar un pequeño salto solo sobre una de sus piernas.

No entiendo por qué se lo piensa tanto. Estoy a punto de declinar mi oferta cuando acepta mi ayuda con un asentimiento de cabeza.

Me acerco para pegar mi cuerpo al suyo. Su mano sobre mi hombro me estrecha contra él y le guio hasta las escaleras enroscada a su cintura. Mi oído en su pecho capta el latido de su corazón retumbando en su cavidad con fuerza y solo un poco más acelerado que el mío.

—¿Ves? No muerdo —bromeo.

—Sí muerdes.

—Aquello no cuenta. Tenía diez años y me pusiste la zancadilla.

—Fue sin querer, puñetera rencorosa.

—Pero te reíste, maldito descarado.

Sube las escaleras con dificultad y trato de ayudarle lo mejor que puedo, pese a la diferencia de tamaño. De alguna forma, me siento engullida por su cuerpo y sus brazos.

—Haremos una cosa —comienzo a decir cuando alcanzamos la cima. Yo te preparo un baño caliente y te relajas en él mientras hago la cena. Luego subiré con la comida y podrás tomártela tras el masaje.

Se sienta en la cama y me mira sin expresión, pero como si tras esa

máscara escondiera los fuegos del infierno. Reconozco que esa mirada me penetra por todos los poros y hace cosquillar mi piel en la punta de mis dedos.

Ignoro el trance y adopto mi pose más profesional. Solo se trata de eso; cumplo con mi trabajo y resulta que no se me da tan mal como él suponía y, además, tengo mucha experiencia en masajes.

—No imaginaba que pudieras ser tan servicial —comenta de manera floja, pero, en realidad, parece sorprendido.

Detengo mi camino al cuarto de baño para volver la cabeza y mirarle.

—Me pagas para esto ¿no?

Algo se crispa en la expresión de su cara. Una leve contracción que parece no haber podido evitar.

— Debía suponer que te esforzarías al máximo en ser la mejor también en esto. Se me olvidaba lo infalible que eres en todo lo que te propones.

—Y pese a ello, eres tú el que ha alcanzado la cima —digo con desánimo.

—Y continúo sintiéndome torpe e inseguro cuando me comparo contigo.

No puedo contener una sonrisa irónica e incrédula. En absoluto Ethan McKenna da la sensación de torpeza o inseguridad. Incluso ahora, en sus momentos más bajos, proyecta una increíble mezcla de inestabilidad con fiereza.

Meneo la cabeza reticente y entro en el cuarto de baño donde dejo salir el agua caliente del grifo de una moderna bañera que parece florecer del suelo.

Ethan nunca ha sido del tipo indeciso o titubeante. Para mí es solo un tipo apático con las manos demasiado llenas. Lo que ocurre es que él ha dejado de saber lo que realmente quiere y yo lo tengo muy claro.



Lavo y escurro bien unas crujientes y arbóreas hojas de lechuga mientras mezclo en la picadora nueces con comino, ajo en polvo, cilantro y paprika con

vinagre balsámico. Extiendo el revuelto sobre la lechuga y lo envuelvo como si fueran tacos. Acompaño todo de aguacates y tomates cherry aderezados con orégano y zumo de lima. Lo pongo sobre una bandeja y subo las escaleras con ella.

Agudizo el oído, tratando de adivinar lo que está haciendo, pero no soy capaz de descubrirlo. Llamo a la puerta haciendo equilibrios sobre una mano con la bandeja y casi se me cae cuando es abierta abruptamente por un Ethan cubierto únicamente por una toalla enrollada a la cintura.

Echa un ojo a la bandeja con poca confianza en lo que contiene, pero se aparta, aún cojeando, para dejarme pasar.

Pongo la cena sobre una mesa de salón que hay frente a una chimenea y me vuelvo hacia él sin mirarle.

—¿Te sigue molestando?

—Sí —contesta escuetamente.

—Vale —convengo con un tono teatralmente despreocupado. Pues tumbate sobre la cama boca arriba.

—¿Estás segura de que sabes lo que haces?

—Hay una tradición de dolor permanente en la danza. Delante del escenario los bailarines somos todo sonrisas, pero entre bambalinas agonizamos y en los descansos de las actuaciones estamos obligados a masajear los músculos para hacer fluir la sangre, relajar los tendones y tratar de paliar ese sufrimiento. A veces, si tenemos suerte, lo hará un profesional, pero en otras ocasiones nos ayudamos entre nosotros.

Se queda quieto y pensativo mientras parece tratar de asimilar esa información. Finalmente, tras un leve titubeo, se tumba sobre la enorme cama que corona la estancia.

Me acerco a él y le observo volver a cruzar sus manos tras su nuca mientras me estudia como un enorme felino demasiado manso para que me inspire confianza.

—Explícame donde empieza y acaba el dolor.

—Desde la pelvis a la rodilla del muslo derecho.

Doblo el dobladillo de la toalla hacia arriba para descubrir la zona. Con sumo cuidado solo dejo a la vista las partes de su cuerpo indispensables para

mi labor, aunque ahora mismo mis ojos parecen llenos de piel de Ethan. Es lo único que soy capaz de ver.

Me fijo con más atención en sus tatuajes que son varios: un atrapasueños en su costado izquierdo dibujado desde el torso hasta la cintura, un corazón rodeado de espinas y atravesado por una espada, el título de su primera canción de éxito «Inalcanzable» y una pluma en colores azules y verdes a lo largo de su antebrazo.

Percibo el movimiento de su pecho cuando coge una gran bocanada de aire. Parece haber robado todo el oxígeno de la habitación y no dejar suficiente para mí.

Pongo mis manos sobre su rodilla nudosa con una presión moderada mientras las deslizo a lo largo de su muslo hasta el pliegue de la ingle.

Empiezo a sentirme fascinada por mi movimiento sobre su muslo. Tan deslumbrada por él que parecen volarse de mi cabeza los pensamientos lógicos como polluelos que saltan del nido por primera vez. Mis dedos hormigean y mis manos rozan piel blanda y suave bajo su toalla con el dorso y su estómago se tensa.

Resbalo las manos de nuevo hacia abajo haciendo presión con los dedos en los aductores y también subo por el interior de su muslo unas cuantas veces.

El gemido bajo del fondo de su garganta me despierta. No creo haberle hecho daño, pero me cuido de cambiar de táctica.

—Abre las piernas, flexionando la rodilla derecha, apoyándola en el colchón —le pido mientras acompaño mi explicación con mis manos sobre el muslo.

La toalla se abre descuidadamente y él baja sus manos hasta ella para cerrarla a duras penas y demasiado tarde porque no esconden la actividad que se viene realizando bajo ella.

Mis ojos buscan los suyos a tiempo de advertir como se le oscurecen y se profundizan con una emoción a caballo entre la frustración y el anhelo. Sin poder evitarlo mi mirada baja hasta sus manos apenas conteniendo el bulto entre sus piernas.

Ahora debería decir algo divertido y ocurrente que valiera para quitar hierro al asunto y me sirviera para maltratar un poco su ego, pero estoy

tratando mucho de no ser consciente de sus largos dedos sobre la piel blanda de sus testículos y la dureza de su miembro.

Mis dedos se agitan en turbulencias mientras se mueven por terreno neutral tratando de ignorar esa parte de su anatomía que me distrae en exceso, pero de alguna manera se acercan tentativamente.

—Eve —suspira Ethan con un sonido débil y suplicante que vibra en cada poro de mi piel. Una de sus manos cautiva la mía y vuelve a aprisionarla contra su sexo vivo y palpitante.

Ninguno nos movemos mientras la palma de mi mano toma consciencia de la firmeza de su miembro, del suave vello y el tacto esponjoso de sus testículos.

Me observa con el deseo y la necesidad ardiendo como fuego incontenible en el fondo de sus ojos. Me doy cuenta de que lucha por dominarlo igual que yo intento con toda mi voluntad no estirar mis dedos para acariciarle. En mi mente, todo razonamiento eclosiona salpicando todo pensamiento de un intenso y oscuro deseo que aparta de un empujón todas y cada una de mis reglas debilitando mis últimos muros de contención.

Un gemido lastimero surge de su pecho cuando mi pulgar se mueve sobre su glande acariciándolo con lentitud e indecisión. Su mano se aparta a punto de dejarme ver como mi acción origina que una gota seminal salga del orificio que corona su gruesa polla.

Le echo un vistazo. Sus ojos vidriosos y contenidos, como si estuviera soportando un profundo sufrimiento, no dejan mi cara. Eso me pone nerviosa. No sé qué revela la expresión de mi cara. Endurezco mis facciones. No quiero parecer demasiado ansiosa o curiosa mientras enrolló mis dedos alrededor de su pene. Su mano afloja finalmente su agarre sobre la mía permitiendo que se mueva a lo largo del tronco hacia abajo y hacia arriba, con suavidad, con la única tentativa de conocer lo que esa sacudida provoca.

Su nuez sube y baja como si sintiera la boca seca y tuviera que tragar un océano de líquido para paliar ese ardor; su pecho se agita y de sus labios entreabiertos surge un sonido tan gutural y ancestral, tan salvaje que arde sobre mi piel y parece golpear directamente en mi clítoris.

Vuelvo a deslizarme por su polla con lentitud calculada, tratando de

provocarle, medirle y estimularle de forma controlada.

—Eve, por favor. Necesito... necesito esto —suplica con voz entrecortada.

Aumento la intensidad de mis caricias consciente de que también crece en mí la necesidad de conocer su expresión al terminar o sus jadeos cuando está más excitado. Es un sentimiento arrollador tener esta clase de poder sobre alguien y mucho más si ese alguien es Ethan McKenna. Él es esa persona que la mayoría de las veces parece distante y ajeno, es casi embriagador ser capaz de hacerle exteriorizar todas esas emociones.

Le observo cuando cierra los ojos. En su semblante se dibuja, además de la excitación, una aguda ansiedad.

Utilizo la otra mano para acariciarle las bolas y aumentar la estimulación. Las presiono, las muevo y juego con ella entre mis dedos mientras la idea fugaz de lamerlas se me pasa por la cabeza. Sus delicadas formas y su vulnerabilidad las convierten en mi parte favorita de la anatomía masculina.

Mi aliento roza su piel cuando sus caderas comienzan a moverse y penetra salvajemente la hendidura que forman mis dedos sobre su miembro.

Un gemido agónico, profundo y feroz, que parece querer devorar todo el aire de la habitación, sale de su pecho cuando se corre. El semen explota con fuerza y denso, mojando mi mano y su abdomen.

Vuelve a retener mi mano contra él mientras parece necesitar tiempo para recuperarse o asimilar lo que acaba de ocurrir.

Su miembro palpita duro y caliente bajo mis dedos con los últimos estertores de su orgasmo.

A partir de ese momento todo parece ir demasiado despacio y comedido. Su mano deja la mía con suavidad y mis dedos se alejan de su cuerpo con reticencias.

Esconde su cara bajo la palma de sus manos. Es evidente que no sabe qué decir o por dónde salir y yo tampoco.

—Supongo que no te referías a este tipo de masaje cuando...

—No seas gilipollas, Ethan —reniego, aunque mi voz no alcanza la fuerza necesaria para convertir mi protesta en algo consistente y se queda en un simple susurro—. Hablaba en serio con lo de ayudarte con la contractura. Eres tú el que no puedes mantenerla floja.

Mi afirmación le resulta divertida y comienza a reírse. Primero como una simple carcajada que no puede contener y deriva en una risa floja y profunda, pero al poco se contagia de una hilaridad incontenible. Se apoya sobre un codo muerto de risa y no puedo evitar aflorar una sonrisa. Este Ethan es muy distinto del hombre taciturno y sombrío que he estado observando durante estos días.

Me muestra una sonrisa amplia de cien mil dientes blancos y perfectos que propician unos interesantes pliegues alrededor de su boca.

—No tienes ni idea... —comienza a decir, pero luego parece arrepentirse y aprieta sus labios para contener sus palabras.

No deja de observarme con una mezcla de fascinación y curiosidad que me mantiene inquieta. Se estira hacia mí y alarga un brazo capturando la presilla de mis pantalones entre sus dedos. Tira de mí hacia él, hacia su cama, hacia su cuerpo aún desnudo. Niego con la cabeza incrédula y desato sus dedos de mi ropa mientras empiezo a retroceder hacia la puerta sin entender muy bien qué pretende, pero segura de que no me conviene. Me giro hacia la puerta.

—¡Espera! ¡Eve! ¡Mierda! —Me detengo para mirarle por encima del hombro—. ¿Te vas? ¿Así? ¿Sin más?

—No sé cómo procesar esto... Ha sido un poco inesperado. Transciende de mis obligaciones como tu empleada.

—¡Joder! ¿Eso es lo que ha sido? ¡¿Acaso te has sentido obligada porque soy tu jefe?!

—No, no ha sido así, pero no entraba en mis planes llegar a esto.

—¿Y qué? ¿Tienes que anticiparte a todo? ¿Tenerlo bien atado por completo?

—¡Sí! —exclamo con contundencia y desaparezco por la puerta.

Me escondo en mi habitación y me apoyo en una pared, dejando que mi espalda resbale por ella, pero cuando mi culo da con el suelo, me levanto como un resorte. No voy a detenerme a masticar lo ocurrido. Lo repetiré una y mil veces «no tengo tiempo que perder en castigarme o autoflagelarme». Es cierto que necesito planificar mis movimientos con antelación: proyectar, atar, llegar, cumplir y coleccionar logros, y desde luego jugar con el jefe no forma parte de mis proyectos.

Uno: porque me han advertido sobre ello.

Dos: porque trabajo para él y pasamos demasiado tiempo juntos.

Tres: porque me desvía de mis objetivos.

Cuatro: porque es Ethan.

Cinco: porque es Ethan.

Seis: porque es Ethan... y creo que es la peor idea del mundo. Sobre todo, porque cuando me mira de esa forma tan directa e indescifrable creo que podría llegar a perderme en el fondo de sus ojos y no hay nada que me de más miedo que perderme a mí misma.

*Doy vueltas en la cama. La liberación parece haberme encerrado aún más. Me siento enjaulado y atrapado y estoy tentado de romper esa pared y destruir barreras, pero las barreras entre nosotros no son solo físicas.*

*No puedo sacarme de la cabeza la curiosidad, el deseo y el hambre grabado en su rostro.*

*Sus emociones se desplegaban a su alrededor sin que pudiera contenerlas y me rodeaban como una balsa tibia, eléctrica e incluso dolorosa y lacerante forzándome a salir de mi letargo con una velocidad que me produce vértigo.*

*Es extraño confirmar que únicamente ella tiene la llave y que probablemente de saberlo, la tiraría en lo más hondo del océano y huiría.*

*Triste, solo, incomprendido, tocado y hundido. Así me encontró. Víctima de mis entrañas extraídas, removidas y examinadas por la industria, por la opinión pública, por aquellos que creen saberlo todo sin comprender nada, para ser analizadas, vituperadas o despellejadas hasta reducirlas a nada sin consideración.*

*El éxito me encerró en una burbuja que empezó a empequeñecer con el aumento de las exigencias y las expectativas cuando ya lo doy todo, con las opiniones perniciosas, con las murmuraciones y los chismorreos, con los vaivenes de las emociones y las oscilantes montañas por las que ascendí y caí sin tiempo para coger aliento antes de cada pendiente.*

*Ella me obliga a descubrir el ser despreciable y débil en que me ha convertido y lo odio.*

# CAPÍTULO 4

## Un trabajillo para el jefe

Hace tiempo que decidí que las relaciones solo suponían un obstáculo en mi carrera y mi vida. De alguna forma, si mi pareja era ajena al espectáculo, acababa compitiendo contra mi sueño y me exigía escoger; si acababa enredada con un compañero, todo se convertía en una disputa entre rivales y surgían los celos y las envidias entre nosotros y desde fuera.

La solución siempre fueron los intercambios fugaces de sexo consentido sin apego, con personas fácilmente olvidables, y es imposible que Ethan cuadre dentro de esa categoría. Además, él ahora mismo es mi jefe y la última vez que tuve algo con uno y la relación no cuadró, él se abanderó como despechado y trató de hacerme la vida un poco más difícil, poniéndome zancadillas. Casi pierdo mi puesto de primera bailarina en la compañía.

Pero hay algo más que me impide entregarme a una relación u otra persona y es ese miedo irracional a desvanecerme y que desaparezca mi identidad.

Y todo ¿por qué? Tal vez por una maldita frase que capté a escondidas cuando se supone que los niños debían estar en la cama. Aquel comentario surgido de los labios de mi tía, la hermana menor de mi madre, y dirigida a ella, envuelto en demasiada tristeza para sonar a reproche: —No entiendo por qué renuncias a tanto por un marido que solo mira por sí mismo.

Fue como si ese comentario hubiera encendido un foco sobre la relación de mis padres, alumbrando aspectos de ella que nunca había advertido y a medida que crecía era más consciente de que la balanza de los sacrificios, las renunciaciones, las responsabilidades, los hijos, las tareas de la casa y las decisiones domésticas pesaba demasiado en el lado de mi madre. Mientras ella lo hacía todo, él se permitía salir con sus amigos, comprarse relojes caros, cambiar de coche a tenor de un capricho, viajar de forma constante o simplemente sentarse en el sofá cuando a ella se le acumulaba el trabajo.

Un escalofrío recorre mi espalda como si un hielo se deslizara por mi

columna.

«¡No es lo mismo! Es un maldito trabajo y me paga por ello».

Suspiro y miro el reflejo en el espejo de esa Eve nueva con ganas de destacar y que la miren; con un nuevo color de pelo en cereza oscuro, cortesía del maravilloso Bobby, «el peluquero de Ethan», que vuelve el color de mis ojos, pulidos y claros como las piedras calaítas, y un vestido que poco tiene que ver con aquel de virginal bailarina que elegí en Los Ángeles. Tal vez, menos glamoroso, pero la ajustada y corta tela llena de lentejuelas plateadas y el escote de vértigo de la espalda me convierten en una chispa brillante difícil de ignorar.

«Espero que acepten devoluciones en la tienda de Rodeo Drive».

—Eve, ¿puedes ayudarme con los gemelos? —resuena la voz de Ethan tras la puerta de mi habitación.

Me he levantado a las seis de la mañana de la cama porque además de tener que cumplir con mis obligaciones, no he podido pegar ojo en toda la noche. Se me han juntado la insatisfecha borrachera sexual que me ha dejado la sugerente tarea realizada con Ethan, el saber que está durmiendo a solo unos palmos de distancia y la certeza de que nunca uno de mis orgasmos había sido tan intenso en solitario, y se debía únicamente al pensamiento de que él podría oírme si no controlaba mis gemidos.

Puede que lo haya hecho, no me extrañaría en absoluto teniendo en cuenta que aquello parecía los fuegos artificiales del 4 de julio.

Abro la puerta y me lo encuentro en mangas de camisa a medio vestir y con el lazo de la pajarita desabrochado.

«Somos dos personas adultas sin exceso de puritanismo que podemos perfectamente afrontar sin incomodidad alguna que la noche anterior se corriera en mis manos y que puede que más tarde fuera testigo oyente de mi propio orgasmo» me digo.

Ya no soy aquella adolescente que se tropezó una vez a sus pies y lo tiró al suelo sujetándose sin premeditación a su paquete y no pudo mirarle a los ojos en un mes.

Ahora, jugamos en ligas mayores y por alguna razón mis manos parecen seguir teniendo vocación por su entrepierna.

Suspiro con total indiferencia, como la mujer mundana y cosmopolita que soy, o trato de aparentar ser, y levanto la mirada a sus ojos.

Queman o eso me parece mientras aguanto su escrutinio a lo largo de mi cuerpo. Casi puedo percibir cómo se condensa el vapor bajo mi piel.

Se detiene en las largas y acondicionadas ondas de mi pelo y en mi cara, maquillada para resaltar profundamente los ojos y los labios en rojo cereza, pero no dice nada.

Extiendo la mano y deposita en mi palma los gemelos de oro.

—Odio estas mierdas. No entiendo por qué tengo que disfrazarme de pingüino y asistir a veladas que no me interesan en absoluto.

—Porque los contactos son importantes; porque quién no te ve, te olvida; porque a tus fans les encantará que cooperes con una buena causa y si sonríes incluso puede que pases un momento agradable, por no mencionar que llevarás del brazo a una impresionante actriz que seguro que está deseando ser una grata compañía.

—Estará deseando que la relacionen conmigo para impulsar su carrera.

—No seas cínico, Ethan. El beneficio será mutuo.

Resopla con desdén mientras estira el brazo para que pueda colocarle uno de los gemelos. Acomodo los puños de la camisa alrededor de las pulseras de cuero que no se ha molestado en quitar.

—Yo solo quiero componer y tocar música. Esto se te daría mejor a ti. Estarías perfecta con tu careta llena de sonrisas de papel cuché mientras tras ella escondes lo poco que te importa la interacción social.

—Te equivocas de lleno. Estoy muy interesada en interaccionar —le corrijo con una ceja alzada mientras observo la sonrisa rara, lenta y sexy que se le dibuja en los labios—. No me refería ese tipo de interacción, listillo.

—Tienes una mente calenturienta, Eve. Yo no he dicho nada.

Le bajo el brazo con un manotazo un poco más fuerte de lo necesario sobre la muñeca y con un gesto de la cabeza le indico que me alcance el otro.

—Lo huesos se rompen bajo presión ¿sabes? Lo necesito para componer.

—Bartholomew dice que llevas tiempo sin crear nada nuevo.

Frunce el ceño y entrecierra los ojos.

—¿Es que mi representante y tú os hacéis ahora confesiones a media luz?

¿Qué más te ha dicho? —insiste tratando de ocultar el descontento por lo menos hasta que algo pasa por su cabeza y su expresión se oscurece—. ¿Acaso te ha contado...? —titubea y arranca su brazo de mis manos. Mira con suspicacia—. ... ¿Te ha contado eso? ¿Esa es la razón de tu manoseo nocturno?

Intento mantener una expresión neutra mientras mi mente empieza a hacer miles de conjeturas.

—Bartholomew no me ha contado nada que tenga que ver con lo que ha ocurrido —respondo secamente y me acerco para alcanzar el lazo de su pajarita. Trato de evitar que acabe rompiéndolo mientras lucha con brusquedad contra él.

—Pero lo sabes —afirma en un susurro que provoca que su aliento acaricie mi frente.

Deja que termine de hacerle un nudo mientras alargo el tiempo de la respuesta. Su pecho casi roza mis senos cuando lo hincha cogiendo aire con fuerza antes de soltarlo bruscamente—. ¡Mierda! —se cabrea retrocediendo y apartándose de mí.

—Ethan la disfunción eréctil es más común de lo que se cree y ya existen soluciones para ello en el mercado. —Trato de tranquilizarle sacando el manual de la mujer paciente y comprensiva, pero obtengo justo lo contrario y en sus ojos se pasean los rayos de una tormenta eléctrica a punto de fulminarlo todo.

—¡No es un problema físico, sino psicológico! —contesta elevando la voz. Luego se da cuenta de que no estamos solos y me empuja al interior de mi habitación, cerrando la puerta sin miramientos con el pie—. ¿Sabes el tiempo que hacía que no era capaz de eyacular?

—¿Enhorabuena? —pregunto con inocencia mientras pongo distancia entre los dos—. Ya estás curado.

Suelta una carcajada de puro descredito antes de clavar en mí una mirada llena de matices. Percibo claramente su oscuridad.

—¿Y si te dijera que solo ocurre contigo? ¿Qué eres la única que consigue despertar esa parte de mi anatomía?

Sacudo la cabeza con una sonrisa incrédula.

—Eso no es posible.

Afirma con la cabeza con los ojos entrecerrados y un paso hacia mí. Intento no ser demasiado consciente de que su confesión me ha golpeado de forma tan salvaje que mi cuerpo reacciona con un ligero estremecimiento.

—Mi terapeuta dice que se debe a que tú formas parte de una vida en que nada de esto existía, en la que todo era más fácil y no sentía tanta presión. A que no formas parte de mi vida tras el éxito.

Me suena a chino parloteado por un sueco masticando palabras en húngaro, pero me obligo a tomármelo en serio sin estar segura de las implicaciones. Solo saco una conclusión enrevesada que me hace hervir sino de furia, de algo similar.

—¿Creías que Bartholomew me lo había contado y por eso me ofrecí a darte un masaje? —pregunto recelosa. Su expresión me lo confirma—. Eres idiota, Ethan —concluyo.

—¿Me culpas? —me dice sorprendido y un poco enojado—. Parecía un trabajo. Me hiciste una paja sin apenas tocarme ni mirarme. ¡Joder! Normalmente, es a mí a quién acusan de desapegado o frío, pero tú ni siquiera me permitiste acariciarte.

—No parecías excesivamente disgustado —señalo con obviedad.

Suspira con resignación y se pasa una mano por el pelo mientras parece necesitar dosis extras de paciencia para enfrentar lo que tiene que decir.

—¿Acaso comprendes lo que significó para mí llegar a correrme? ¿Lo que era sentir que nada funcionaba por ahí abajo?

—No era una contractura ¿verdad? Era un dolor de huevos como la copa de un pino ¿cierto?

Pestañea un par de veces y oculta una sonrisa azorada.

—Me estabas comiendo con los ojos, Eve.

Eso es bochornoso.

—No te creo. Juegas conmigo porque debo ser la única en el mundo que se te resiste. Te lo estás inventando todo. Es demasiado inverosímil.

—¡Oye! A mí me resulta igual de perturbador que a ti.

—A lo mejor es que ya funciona. Se ha arreglado y no tiene nada que ver conmigo.

Niega con la cabeza con seguridad.

—Entonces igual solo fue suerte —sentencio con despreocupación.

Me doy la vuelta, dando el tema por zanjado y me acerco al lugar sobre la alfombra donde he dejado los *stilettos* de tacón de vértigo. Me agacho para recogerlos y apoyo una mano en la pared para encajarlos en el pie, tratando de ignorar la presencia de Ethan.

No adivino su presencia tras de mí hasta que me retiene con su mano sobre el reverso de la mía sobre la pintura decorativa. Inclina su cabeza sobre mi hombro mientras su otra mano se desliza por mi cintura atrayendo mi espalda hacia su pecho. Su boca presiona mi cuello bajo el oído y su aliento se cuela entre sus labios entibiando mi piel.

Su erección presiona mi culo a través de la tela del vestido y la seda de sus pantalones cuando pega sus caderas a mi cuerpo.

Inhalo sorprendida. La realidad de la situación me invade y la velocidad de los latidos de mi corazón se desbocan. Ninguno pronuncia más sonidos que los que origina nuestras respiraciones aceleradas. No quiero este poder, pero mentiría si no reconociera que me perturba y que mi ego se marca su propio baile de la victoria.

Su brazo alrededor de mi cintura presiona para anclarme fuertemente a él como si tuviera la intención de volatilizar las barreras textiles entre nosotros, su boca cosquillea ahora por mi hombro y el fino tirante de mi vestido y sus dedos se deslizan entre los míos entrelazándose con una familiaridad que en realidad no existe entre nosotros.

Ladeo la cabeza y cierro los ojos, permitiendo que sus labios bailen sobre mi piel.

—Demasiada suerte diría yo —comenta despertando mi carne y erizándose el vello con una estática invisible.

Es agradable y provocador y no recuerdo la última vez que un hombre conseguía mantenerme en este estado de excitación sin que tuviéramos que quitarnos la ropa. Empiezo a suspirar con derrota.

—¡Ethan, querido! —suena la voz de Bobby a través de la puerta de la habitación contigua—. Necesito aplicar unos retoques a tu pelo. ¿Estás ya vestido?

—Ahora mismo voy —responde molesto por encima del hombro. Afloja su agarre en mi cintura y su mano cae desde la mía. Espero oírle alejarse, pero permanece clavado tras de mí. Me vuelvo despacio.

Él me echa un leve vistazo serio y determinado. Sus ojos bajan a mi boca y tensa sus labios como si realmente se estuviera debatiendo algo importante en su cabeza. Me observa pensativo, con recelo.

—¿Por qué querías este trabajo? ¿Cuáles son tus motivos? Los reales.

Juro que creía que me besaría y siento un poco de decepción. Luego me endurezco y vuelvo a colocar a la Eve con un poco más de sesera al frente de mi cerebro. —Evidentemente no esto —aclaro sin motivo, a lo que él responde con un gesto de obviedad en los labios—. Quiero volver a bailar. Entrar en el circuito y para eso necesito contactos. Mis objetivos nunca han cambiado. Quiero dedicarme a la danza en cuerpo y alma.

»Solo una fracción muy pequeña de los bailarines lo logran en un contexto puramente artístico. Asistir a eventos de la industria me facilitará conocer directores y artistas. Una vez se consigue ingresar en el radar de quien mueve los hilos, si se tiene talento y persistencia, los trabajos van llegando fácilmente, pero hay que conseguirlo y yo tengo que demostrar que mi lesión no me va a impedir bailar profesionalmente. Las personas que me llevaron, que bailaron conmigo ya no creen en mí. Empiezo de cero.

—Así que yo soy tu trampolín.

Asiento con la cabeza estudiando las sombras que cruzan su semblante.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿No hubiera sido más fácil? —pregunta de forma inquisitiva, cruzándose de brazos.

—No quería que sospecharas que quería aprovecharme de tu fama.

Suelta una carcajada incrédula con nada de alegría o diversión.

—¿No es lo que pretendes? Utilizarme para tus propósitos. Simplemente creo que era tu orgullo el que te impedía pedírmelo.

—No somos tan cercanos. No tenía ningún derecho a pedirte favores.

—¿Qué no somos tan cercanos? Para mí siempre serás la única persona que me dio la mano y me ofreció una piruleta como consuelo cuando no era capaz de digerir la pérdida de mi madre, la que levantó la mirada para estudiar mi reacción cuando mi padre anunció que se casaba de nuevo como si

solo tú entendieras cómo podía llegar a afectarme, la que me empujó a buscar mi propio sitio si ya no lo encontraba dentro de mi familia y que sin darse cuenta, tras escupirme esas palabras, me dejaba frente a un escaparate lleno de guitarras.

Alzo las cejas sorprendida.

—Eso fue hace mucho tiempo. Y debo remarcar que encontraste un lugar donde yo no encajaba. Mis recuerdos sobre ti están llenos de vacíos. Cuando empezamos la secundaria apenas nos hablábamos o nos mirábamos.

—Habla por ti. Eres tú la que se empeñó en subirse a un pedestal inmenso desde el que nos mantenías a todos a un mundo de distancia.

—¿Pedestal? ¿De qué demonios hablas? Mira, Ethan, ya no somos adolescentes y estoy dispuesta a aceptar que en esa época todo se distorsiona y parece más dramático de lo que en realidad es, pero está bastante claro que lo que yo hacía era matarme a bailar. Era lo único que me importaba.

Asiente con la cabeza como si hubiera confirmado sus palabras. Resopla con resignación.

—Y, al parecer, así continúa siendo.

No me gusta el hielo en su voz. ¿Es egoísta luchar sin rendirse por lo que se quiere? Tengo muy claros mis defectos y tenaz y constante no es uno de ellos, pero tampoco soy tan fuerte o recia como aparento. «¿Quién lo es?»

Me muerdo el labio y bajo la voz cuando hablo:

—¿Nunca has sentido que el mundo no tiene ningún sentido para ti? ¿Que los límites y las normas que impone te aprisionan como una apisonadora inventada para aplastar tu espíritu, que por mucho que lo intentes tu sensibilidad nunca encajará con los demás; que ves u oyes lo que el resto ignora y todo eso te ahoga? —le pregunto sin poder evitar que un poco de emoción trascienda en mis palabras—. Cuando suena la música y solo existe ella y mi cuerpo, siento libertad. En el baile encuentro la máxima expresión de lo que simboliza ser libre.

»Me vacío por dentro y dejo que hablen las manos o las piernas y los pies y todo parece tener más sentido a través de su lenguaje. —Cojo aire—. Si no lo hiciera, me volvería loca —susurro y después levanto los ojos hacia él—. ¿Has deseado alguna vez algo con tanta fuerza que sentías que era lo único que

daba sentido a tu vida?

Me mira con afectación, enmudecido y los ojos intensamente clavados en mí como si acabara de descubrirme por primera vez.

—Lo entiendo —dice finalmente como si saliera de un trance.

Se da media vuelta y desaparece por la puerta, dejándome agitada y con el corazón palpitante mientras un nuevo vacío lucha por hacerse notar.

*Ignoro todo lo que se exige de mí y ha convertido mi sueño en esta pantomima llena de mentiras, apariencias y deslealtad a mi aspiración real, la de dedicar miles de canciones, cuando era adolescente, a una chica que no era capaz de verme. Un esbelto cisne, helado e inalcanzable.*

*Y, ahora, tras meses de agotamiento, desidia y nada de inspiración que logre mantenerme concentrado en una sola nota, llega ella devolviéndome, como una bofetada acalorada y apasionada, el sentido de todo.*

*La música significaba libertad para mí porque de ella manaban mis emociones, mis ideales y mis preocupaciones. Ahora me ha hecho prisionero de un mundo en el que me da miedo encajar y me siento un fraude. Dueño de un éxito que ni buscaba ni creo merecer. Un impostor que solo buscaba atención y nunca dio la talla con la chica que realmente le importaba y que envolvió sus sentimientos en ácido para superarlo, dejando que al llegar a la cima se lo comieran vivo.*

# CAPÍTULO 5

## Fiestas imperfectas

Mantengo una distancia prudente de Ethan y su compañera. Ha saludado a todos los que debía. Le he tenido que recordar algunos nombres en cuanto las copas de *champagne* han empezado a vaciarse en sus manos.

Eso no parece amedrentar a su acompañante y se cuelga de su brazo rozando constantemente los pechos contra él con una sonrisa de un millón de dólares.

Me hace sentir incomoda, pero por ella, claro.

Ethan no sonríe ni siquiera en el *photocall* con los posados de rigor antes de entrar en el hotel donde se organiza la gala.

Eso no parece importar a sus muchos fans. Lo cierto es que Ethan en *smoking* es un verdadero espectáculo, de esos que desencajan la mandíbula y obliga a exorcizar pensamientos impuros que escandalizarían al propio diablo.

«Sé lo que estás pensando, pero efectivamente yo soy inmune, aunque no ciega».

Hay algo en él que irradia arrogancia y autoridad aunque su actitud desdeñosa simpatice más con la ilusión de que preferiría estar echándose una siesta.

Busco con la mirada entre la multitud la cara señalada por Bartholomew sin resultado. Es una fiesta muy concurrida llena de caras conocidas, pero tan inalcanzables para una simple asistente que me siento acobardada.

Ethan es alcanzado por una mujer con un extraño tocado en forma de OVNI que me obliga a reconocer que estaba equivocada cuando creía que ya lo había visto todo. Él y su acompañante se detienen en el grupo en el que está integrada.

Me detengo a unos palmos, escuchando a duras penas reproches velados sobre las pocas fiestas que organiza últimamente en su casa y alguien comenta

lo divertidas y desmedidas que eran.

Ethan aparta la mirada del grupo. Sus ojos me buscan levemente y vacía el contenido de su copa de un trago. Me resulta fascinante ver su garganta trajinar y el movimiento insurrecto y marcado de su nuez.

Mary es todo elegancia y glamour de casi metro ochenta. La miro con envidia; tiene que ser una autentica suerte llegar a todos los armarios sin tener que recurrir a un taburete.

Meryl Street se cuela por mi lado y yo contengo el aliento. Es una verdadera tragedia estar rodeada de personas que admiro sin poder llevarme los bolsillos llenos de autógrafos. Lo cierto que en este vestido ni siquiera entraría un diminuto papel de lo ajustado que es.

Una mano helada acaricia mi espalda de forma lenta, provocándome un escalofrío y me vuelvo desconcertada.

—Vaya, eres preciosa. ¿Quién eres? —me pregunta con un susurro empalagoso Clark Howard conocidísimo actor que interpreta a un superhéroe muy cachas reconocible en cualquier parte del mundo.

El caso es que la incursión de su mano por mi piel me resulta un poco invasiva y su mirada chispea con algo nada amable y no me gusta. He conocido antes a otros como él. Tan llenos de autocomplacencia y amor por sí mismos que creen que no necesitan el permiso de nadie para hacer o tomar lo que quieran.

Me aparto sin abandonar mi posición, tratando de liberarme de su mano, pero él lo considera un gesto para ofrecerle hueco a mi lado y lo ocupa descansando sus dedos más abajo de mi cintura.

—No soy una invitada. Soy la asistente personal de Ethan McKenna —respondo, tensando la espalda.

—¡Qué cabrón afortunado! ¿Dónde demonios te ha conseguido? ¡Al carajo! ¿Qué importa? ¿Quieres bailar conmigo?

—Estoy trabajando.

—Seguro que McKenna es muy permisivo contigo. ¿Lo eres tú con él?

Tenso una sonrisa y no respondo.

—A mí eso me parece un sí. —Se ríe contundente—. Espera, ¿no es a él a quien no se le levanta la polla? Creo que me lo comentó el otro día la chica

que estaba en la cama conmigo, pero no recuerdo si era la morena o la pelirroja.

«¡Vaya! ¡Qué irritante!» No quiero que los mentideros se llenen de rumores malintencionados sobre él y empeoren su ya delicada situación.

—Lo cierto es que Ethan y yo follamos a todas horas y en cualquier lugar. Lo dejo tan seco que le he vuelto inservible para cualquier otra que no sea yo —respondo con contundencia, haciendo mi comentario mucho más sonoro de lo que pretendía y apagando con mi discurso las conversaciones de nuestro alrededor.

Muerdo mis labios unos segundos demasiado tarde. Ethan me mira tras una copa nueva con regocijo y la primera sonrisa distendida de la noche. Alza las cejas varias veces en un gesto provocativo y se acerca a nosotros para disgusto de Mary, que tampoco es sorda.

—Clark, no molestes a mi asistente.

—¡Vamos, Ethan! Déjamela un rato. Es exquisita. Ya hemos compartido mujeres antes —acompaña esta frase de un apretón en mi nalga y doy un respingo sorprendida.

—¿Puedes apartar tu mano, por favor? —le pido conteniendo mi ira.

Ethan hace un movimiento despreocupado y casi circense para poder observar tras mi espalda. Como esté ebrio ya, lo mató.

—¡Y está educada! Todo son ventajas.

Ethan levanta una ceja y me observa como si estuviera esperando algo de mí. El pulpo de mi lado no quita la mano y yo empiezo a hervir de furia.

A lo largo de mi carrera he sorteado mucho manoseo y es muy agotador tratar con ello.

—O quitas ahora mismo la mano de mi culo o comienzo a gritar como una loca lo que estás haciendo sin mi permiso.

Ethan sonrío complacido. Clark me mira primero con sorpresa, luego su expresión se vuelve oscura al comprobar que hablo en serio y que su gesto no me ha hecho ninguna gracia.

—¡Mierda de liberación de las mujeres, de #metoo y de chorradas feminazis! Ahora no se las puede ni tocar sin que se quejen. Echo de menos aquellos tiempos en que no se resistían y si lo hacían tampoco era un problema

—conviene con una mirada maliciosa sobre mi escote—. ¿Para qué coño te vistes así si no es para provocar?

—Aléjate de ella, Clark, o serán mis puños en tu cara los que hagan algo más que provocarte —le amenaza Ethan de manera despreocupada y lenta.

Clark clava su decepción en él sin apartar su estúpida mano.

—Sí que deber ser buena para que te avive ese afán posesivo.

—Mira, Clark, es así como te llamas ¿no? —intervengo, agotada mi paciencia, mientras finjo dudar de su nombre para herir un poco su orgullo—. Ya has desplegado tus plumas y no estoy interesada. No me deslumbran en absoluto. Ten un poco de amor propio y lárgate.

Frunce el ceño mientras parece asimilar mi rechazo, como si no estuviera acostumbrado y no fuera capaz de manejar esa información. A medida que su inicial sorpresa se vuelve ira, su ceño se profundiza y me regala una mirada poco más digna de la que se enviaría a un repulsivo gusano.

—Zorra estúpida —murmura mientras se aleja golpeando con su hombro el de Ethan al pasar junto a él.

—Que poco original —comento con desidia y lanzo mis ojos al techo consciente de que los de Ethan están pegados a mi cara con una expresión entre mordaz e intrigada—. ¿Qué? —le pregunto al fin con exasperación al ver que no se mueve, pero tampoco dice nada.

—Vamos —dice alargando su brazo para cogerme la mano.

—¿Adónde? Ethan, no puedes irte aún y está Mary...

—Mary ya sabe que me exprimes como a un limón y no hay nada que pueda hacer por ella —comenta con media sonrisa mientras tira de mí.

—¿De verdad tenías que sacar ese tema tan pronto?

—Solo por oírtelo decir ha merecido la pena venir hasta aquí.

Contengo una carcajada. Pese al bochorno, no me arrepiento en absoluto. Resulta mucho más agradable estar de su lado que batallando con él sin descanso.

—Todos los que me han oído creerán que nos escapamos para..., ¿hacer zumo?

Me devuelve una sonrisa socarrona.

—Es probable —contesta llanamente como si lo que pensara toda esta

gente no le importara lo más mínimo.

Tira de mi mano, obligándome a ser consciente de ella entre sus largos dedos. Su pulgar apoyado sobre el dorso se mueve imperceptiblemente provocándome cosquillas.

Sus enormes manos de interminables dedos siempre han llamado mi atención. Mucho más que cualquier otra parte de su anatomía. Pese a su longitud, no son bastas o gruesas como las zarpas de un oso, al contrario, son delgadas, elegantes, suaves, aunque la aspereza de los callos, heredados por las muchas horas de tocar una guitarra, roce mi piel.

Le sigo sin saber muy bien cuál es su propósito, sorteando a un montón de personas sin apenas mirarlas, pero nos topamos de frente con un hombre de expresión adusta que detiene a Ethan para hablar con él y eso interrumpe nuestro avance.

Mi mano en la suya me retiene a su lado, por lo que puedo escuchar parte de su conversación. El tipo es alguien importante de la discográfica con la que trabaja. Alguien que bien podría valerme como contacto, sino me estuviera despertando antipatía por la forma en que habla a Ethan. «Soy tonta» me digo. Tengo que impedir que sus trances influyan en mí de forma personal y en perjuicio de mi carrera. Estoy actuando de manera poco práctica y visceral. Ese no es mi estilo.

El tipo de la discográfica, sin tener muy claro quién soy yo, nos presenta a una nueva fulgurante estrella del pop.

Un chico de rasgos aniñados con una edad imprecisa que mira con admiración a Ethan. A mí me saluda con un cabeceo y una sonrisa brillante que seguro que atrae un montón de fans mientras ellos se enfrasan en un dialogo que acaba derivando en un intercambio de palabras poco amistoso.

—¿Nos hemos visto antes? —me pregunta Liam. Niego con la cabeza totalmente convencida—. Sé que no. Es lo único que se me ha ocurrido decir. No se me olvidaría alguien como tú.

Dejo aflorar una ligera sonrisa sincera. Está tan nervioso y perdido que estoy segura de que necesita una mano amiga.

—¡Oh! Entonces doy por hecho que me recordarás cuando alcances el éxito —bromeo.

—¡Claro que lo haré! Incluso te contrataré para hacerme los coros.

—Me temo que no estoy preparada para eso, pero puedo bailar.

—Eres bailarina ¿entonces?

Afirmo con la cabeza.

—Debí suponerlo. Os movéis de una forma especial —añade con una mano en la barbilla como si reflexionara profundamente sobre ello—. ¿Es así como has conocido a Ethan McKenna? ¿Eras su *partenaire* en algún video musical?

—¡Ojalá! Me temo que no. Aún no he tenido la suerte de participar en uno. Soy su asistente personal.

—Creo que él está montando una buena —me explica mientras señala con el dedo índice un punto a mi espalda. Me vuelvo y me encuentro con la cara del director de cine que buscaba—. Han comenzado el casting para un video musical de Emily Daisy. Será algo escandaloso y buscan buenos bailarines, pero te aconsejo que no lo abordes hoy. Hace cinco minutos ha avergonzado a una camarera por esa razón. No es un tipo muy accesible. —Sigo la dirección de su mirada y mis ojos se encuentran con los de Ethan. Parece furioso. La charla con el hombre de la discográfica le está amargando la noche—. Tal vez, él podría conseguir que formarás parte del elenco

—Prefiero obtener mis propios logros. No lo quiero si no lo merezco, pero es cierto que necesito conseguir una prueba para el casting.

Mientras le observamos, el director ruso se choca con una actriz derramando su copa sobre el escote de su vestido y comienza a echar pestes contra la mujer como si la culpa no hubiera sido de él. Malhumorado y ofuscado abandona la sala.

—Pero supongo que hoy no es el día —comento con sorna y eso despierta las carcajadas de Liam.

—Prometo llamarte si me entero de algo.

—Acaso, ¿tienes mi número?

—No, pero eso tiene solución —conviene sacando un smartphone del bolsillo de su chaqueta y mostrándomelo con una solicitud impresa con las cejas alzadas.

Sonrío sin poder ignorar la nota de picardía que esconden sus ojos. No soy de las que dan su número de teléfono al primer tipo que se lo pide, pero Liam

es muy mono, puede ayudarme y me ha hecho reír.

Le digo las cifras una a una mientras él las teclea. Echo un vistazo al lugar donde debería estar Ethan y no lo veo por ningún lado. Con sobresalto miro alrededor sin encontrar señales sobre su paradero.

—Acabo de perder a mi jefe —le explico con prisas y una mirada azorada.

No es la mejor forma de terminar una conversación amigable, pero Ethan solo y con barra libre disponible no es una buena idea.

Paso por delante del tipo de la discográfica y le pregunto por él.

—Seguro que lo encuentras junto al mostrador, bebiendo. Parece que últimamente es lo único que hace bien.

Le miro con el ceño fruncido. No soy capaz de ocultar mi antipatía.

—Podrían dejar de presionarlo. No es un producto comercial, es una persona.

—No acepto consejos de alguien que no entiende nada sobre esta industria. «Gilipollas».

—Empiezo a entender a Ethan. ¿Lo hace usted?

Me marchó sin esperar su respuesta. Agito los hombros para desprenderme de la sustancia pringosa y desagradable con la que parece haberme untado.

Como bien ha predicho, encuentro a Ethan apoyado en la barra del bar con un vaso de bourbon en la mano.

—No bebas más, Ethan —digo tratando de quitarle la bebida, pero es rápido y la aparta de mi alcance estirando el brazo hacia atrás.

—Ven a por ella, pequeña Eve —me reta con un brillo travieso en la mirada.

—No voy a jugar a esto.

—Eres aburrida conmigo —concluye—. Parecías más entretenida con la nueva promesa.

Sé que se refiere a Liam, así que le ignoro.

—En la única semana que llevas a mi lado has encandilado al sastre más solicitado de la jet set, un actor famoso ha intentado llevarte a su cama, un pardillo ha peleado por tu número de teléfono y tú, y solo tú, has conseguido que me corra. ¿Cómo lo haces, Eve?

Ahora me doy cuenta de que ese brillo no es solo travieso, también está

empañado por algo destructivo y malicioso. Maldigo al tipo viscoso y a Ethan por no ser capaz de calmarse sin franquear la puerta de los infiernos.

—Ha sido coincidencia —digo cruzándome de brazos. No seré el blanco de su frustración—. Mi vida no suele ser así. Y Liam no es un pardillo. Se ha ofrecido a ayudarme.

—Sí, no dudo lo dispuesto que estaría a echarle mano.

Suspiro armándome de paciencia.

—Ethan, te lo ruego. Deja de beber. Acabarás dando un espectáculo delante de toda esta gente.

—Pues sácame de aquí y llévame a un lugar donde pueda hacerlo tranquilamente.

Mi mirada viaja de nuevo entre los rostros que pululan por la fiesta. Encuentro al director ruso mucho más animado y accesible, veo a David Black, el cazador de talentos, reconozco a Deborah Taylor, la presentadora más influyente de la televisión...

Suspiro con fuerza y resignación antes de volver la mirada de nuevo a Ethan.

—Está bien.

Llamo a Justin para que acerque la limusina y dejo aviso a Mary de la indisposición de su acompañante. Estoy segura de que ya no podremos contar más con ella.

«¿Podremos? ¿Desde cuándo pienso en este trabajo como algo a largo plazo?»

Negocio con el barman una botella de bourbon. Me la ofrece a cambio de la promesa de entradas para un concierto de Ethan.

Me arrastra del brazo sin delicadeza hacia la parte de atrás del hotel donde un solícito Justin nos espera con la puerta del vehículo abierta. Refleja poca sorpresa en la cara, por lo que supongo que está acostumbrado a este tipo de estampidas.

—Llévanos a dar una vuelta —le pido mientras Ethan me impide sentarme junto al asiento del conductor que he ocupado a la ida y prácticamente me empuja dentro de la limosina a su lado.

—Buena chica —dice mientras me quita el alcohol y comienza a abrirlo.

—No estoy de acuerdo con esto. —Dejo claro mientras le observo pegar un trago directamente del cuello del vidrio.

—Deberías probarlo. Beber un poco, desinhibirte y dejar de parecer doña perfecta.

—No soy doña perfecta y desde luego no me hace falta emborracharme para desinhibirme.

—¿Ah sí? ¿Y qué es lo que haces? ¿Dejarte flojas las cintas de tus zapatillas de ballet?

—Cuando bebes eras más idiota todavía.

—Se te da muy bien insultarme y dejarme en ridículo. Siempre lo has hecho haciéndome quedar como un verdadero inútil.

Le miro anonadada sin saber a qué se refiere.

—Primero de secundaria, llenaste de harina mi taquilla, haciendo que saliera en humareda cuando la abrí. Estuve escupiendo esa mierda durante una semana entera.

Me rio al recordarlo porque fue realmente divertido. Se quedó blanco, literalmente, pero hubo una razón para todo eso.

—Le hiciste creer a Tony que no me gustaban los chicos. Le dijiste que tenía la habitación llena de posters de mujeres en ropa ajustada.

—Yo no afirmé nada. Él sacó sus propias conclusiones. Además, no mentí sobre las fotos de tu habitación.

—Sí, eran bailarinas.

—Quería pedirte una cita. Solo le ahorré el disgusto del rechazo.

—¿Y cómo sabías que no aceptaría?

—Eve, rompiste cientos de corazones en la secundaria. No aceptaste ni una sola invitación.

—No tenía tiempo para relaciones —explico sin remordimientos—. Y estás exagerando.

—No había un solo tío, que fuera heterosexual en ese instituto, que no soñara con meterte mano. Yo incluido —confiesa volviendo a pegar otro trago de la botella sin dejar mis ojos.

Mi corazón da un doble salto. Una reacción no propia de alguien que sabe que solo habla el alcohol y no debería dar importancia a esa pequeña

confesión. Sin embargo, cada parte de mi cuerpo se vuelve dolorosamente consciente de todos sus movimientos.

—Eras un adolescente. Probablemente, soñabas con tener un harem para ti solo.

—Estoy muy cerca de tenerlo y eso no me satisface en absoluto.

—Ethan...

—En segundo, me atacaste, nos caímos al suelo y solo se te ocurrió sujetarte con todas tus fuerzas a mis huevos a través del pantalón corto.

—¡No fue así! ¡Me tropecé! Pasé mucha más vergüenza que tú. Te estuve evitando durante un mes entero.

—Lo sé.

—Tu alarido resonó por todo el pasillo —comento conteniendo la risa.

—No te lo tomes a la ligera. Fue muy traumático.

No puedo evitar que surjan carcajadas desbocadas e incontrolables de mi pecho.

—Tercero. Mi padre y Karen me obligaron a ver una función en la que tú bailabas. Era El Lago de los cisnes y tú tenías el papel principal. Fue una puñetera tortura. Estuvieron meses alabándote. Sus ojos brillaban llenos de orgullo como si tú fueras su hija y yo un bastardo que nunca te llegaría ni a la suela de tus zapatos.

—Eso, desde luego, no fue culpa mía y demuestra por qué me caías bastante mal.

—¡Un momento! ¿Yo te caía mal? ¿Acabo de confesarte mis desvelos adolescentes por ti y tú me dices que no me soportabas?

—Lo único que has dejado claro es que solo querías meterte bajo mis bragas. Si hubieras tenido algún interés en mí, verme bailar no hubiera sido un sacrificio, Ethan.

Se ríe y eso solo me confirma que está jugando conmigo y que, además, está bastante borracho.

—En cualquier caso, no te he dicho por qué razón fue una tortura para mí.



Justin me ayuda a cargar con él hasta su habitación. Me asegura que él puede apañarse solo a partir de ese momento y le dejamos solo rumiando y luchando contra sus demonios.

El guardaespaldas me asegura que quedará fuera de juego en menos de dos minutos y que no me dará problemas.

—Llámame si necesitas algo. Estaré en casa de una amiga.— La forma en que implica la palabra amiga me hace suponer que es algo más, pero no pregunto. Asiento con la cabeza y espero a que desaparezca por el ascensor.

*Me pregunto cuando fue la última vez que sentí este fuego. Fuego líquido que atraviesa mis venas aumentando la temperatura a mi alrededor y endureciendo mi cuerpo.*

*Ella también quema, pero como lo hace la nieve cuando abrasa la piel descubierta y sensible.*

*Estoy seguro de poco, pero está claro que derretir hielo no es tan fácil. Ya he recorrido antes este camino y volver a él despierta en mí emociones que catapulté y me obligué a olvidar.*

*Mi cabeza es lo único que falla cuando la tengo cerca. La imagino gemir mientras la devoro como un terrón de azúcar que pierde su extremada dulzura y se vuelve picante en mi boca, abrasando mi lengua.*

*Su inaccesibilidad me tiene dando cornadas como un toro furioso e insatisfecho, pero vivo. La quiero lejos y la quiero cerca. Muy cerca.*

*Y mientras ella se arma, me desarma y me lleva al límite.*

# CAPÍTULO 6

## El trato

La semana en Nueva York para Ethan fue de mal a peor. Pude intuir por su conversación con su director creativo que la discusión con el tipo de la discográfica se debía a la falta de nuevo material.

Él se excusa en falta de inspiración para componer nuevas canciones, pero no es solo eso. Me pregunto si permitirá que este mundo lo engulla y él se convierta en un vago recuerdo. Está dejando que la desidia, la indiferencia, el amargor y la decepción gobiernen su vida y le arrastren a un fondo oscuro y venenoso del que será difícil salir.

Y llegará ese momento en que todos los que una vez le adularon abandonen el barco y se llene solo de fantasmas y almas perdidas sin rumbo u objetivos fijos. Lo sé porque yo misma lo he vivido. No hacía tanto que me sentía desamparada y desabrigada por todos aquellos que querían convertirme en una promesa del baile, pero no me asusta la soledad, el trabajo duro o cuán difícil sea el camino al éxito. Creo que el truco está en aprender a disfrutar del recorrido y Ethan ha olvidado cómo se sentía con cada nueva canción, la sensación de sentirla en el corazón antes que en los dedos; tocarla, percibirla, y que todo en el mundo se detenga mientras suena en los oídos porque nada más importa.

Por alguna razón, me he propuesto ayudarlo, pero sin estirar y tensarle tanto hasta deformarle como han hecho los demás. Debe recuperar su propia forma y volver a ser el Ethan original.

No sé por qué quiero hacerlo y soy consciente de que tal vez pierda parte de mis objetivos al hacerlo, pero siento que soy la única que lo entiende, como aquella vez, con la noticia de la desaparición de su madre. Todo el mundo a su alrededor estaba tan conmocionado que nadie se volvió hacia él, solo yo vi sus lágrimas no derramadas. Tampoco su padre advirtió la rabia y los puños preparados para golpear cuando complementó con una nueva mujer y un hijo,

las sombras que aún guardaban los recuerdos de la madre de Ethan.

Eso no quiere decir que lo entienda o lo conozca. Solo sé que a menudo me dedico a observar cuando los demás miran hacia otro lado.

Preparo un pudin de semillas de chía con leche de almendras, canela y vainilla para desayunar y me siento en el pórtico que da directamente a la playa.

Hace solo un día que regresamos a Los Ángeles. La entrevista con el periodista del Times fue un desastre. Solo quería ahondar en los problemas de alcohol de Ethan y los rumores sobre sus problemas de carácter sexual. «¡Una solemne mierda!»

Ethan salió más malhumorado todavía de lo usual, dando un sonoro portazo del estudio donde se concertó la reunión.

Estudio las noticias de los periódicos y reviso los reportajes de las revistas por si hubiera algo interesante. Se supone que debo compartir con Ethan la información más relevante, pero a él le interesa más bien poco.

—¿Has intentado devolver el vestido que compré para la gala? —me pregunta desde mi espalda.

Me vuelvo despacio y me lo encuentro a medio vestir con la camisa abierta y mis ojos se desvían a sus acentuadas clavículas, suben por la nuez de su cuello hasta la mandíbula bien cincelada hasta encontrar sus ojos.

—Sí —respondo.

—¿Por qué?

—Puede que no hayas caído en la cuenta, pero no lo utilicé.

—¿Por qué?

—Porque decidí que el otro era más adecuado.

—No te confundas, Eve. Era mucho más sugerente, pero no más adecuado.

¿Por qué?

—¿Me tomas el pelo?

—No, solo quiero saber. ¿Por qué siempre eres tan ambigua?

—No me gusta dar explicaciones.

—Trabajas para mí. Debes darme explicaciones.

—¿Sobre temas personales también?

—Eres mi asistente *personal*. Ninguno tenemos privacidad entre nosotros.

Dejo el tazón sobre la mesa y me levanto con determinación sin tener en

cuenta que la ligera bata se abre con el movimiento. Los ojos de Ethan se deslizan entre los pliegues de la seda a mi pecho sin sostén a duras penas cubierto y el encaje de mi ropa interior.

—¿Es divertido tentarme todo el día? —comenta sin ningún atisbo de humor.

Muevo la cabeza con incredulidad con pocas ganas para el dramatismo.

—Nunca estás despierto a estas horas —me defiende cerrando la bata y atando fuertemente el cinturón—. Y no creía que te afectaran unas simples bragas.

—Y no lo hacen —responde, pero levanta sus extraordinarias y oscuras pestañas para abrasar la seda donde mis pezones se endurecen bajo su mirada.

Se pasa la lengua por los labios y los aprieta con fuerza antes de girar la cabeza hacia un lado evitando mi figura.

—¡Mierda! —jura entre dientes—. No tienes ni idea de lo que supone tener una erección y no poder eyacular —dice mientras comienza a acercarse—. Imagínate constantemente excitada con ese ardor entre las piernas y ese cosquilleo que te nubla la cabeza y solo busca alivio como sea. Esa necesidad de llegar como si fuera una meta que debes cruzar para recuperar la cordura y la tranquilidad, pero que nunca alcanzas. Y por mucho esfuerzo que gastes, parece burlarse de ti y se aleja cada vez más. Y tú en lo único que puedes pensar es en calmar esa excitación que te devora y se convierte en algo doloroso e imposible de mitigar. —Su cuerpo alcanza el mío y su voz se vuelve firme y profunda—. Imagina que lo único que haces es pensar en sexo, oler a sexo y ver sexo en tu cabeza y lo deseas más que el comer y el respirar, pero estás rodeado de personas que te lo impiden y no puedes bajar tu mano hasta tu palpitante clítoris, pese a que te grita que lo alivies.

«Vale, esto sí que ha sido dramático».

Cierro los ojos cautivada por la sensualidad en sus palabras, por la lujuria que se desliza desde sus ojos hambrientos hasta la piel que me cubre y eriza como si ya no me perteneciera y quisiera ser solo de él: tocada, acariciada, amasada por sus dedos. Me estremezco sin poder evitarlo. La tensión entre nosotros chisporrotea como las luces cuyo contacto falla exudando chispas vibrantes y luminosas.

Inspiro con fuerza.

—Eso es más o menos lo que siento. —Su voz suena en un tono bajo, profundo, demasiado llena de promesas excitantes.

Subo los párpados lentamente y me encuentro con sus ojos sobre los míos. Solo nuestros pechos, respirando profundamente, se mueven durante un extenso rato en que parecemos estudiarnos como dos adversarios que se niegan a rendirse, pero necesitan algo el uno del otro.

Sus dedos suben hasta mi garganta y las yemas apenas se deslizan por su costado abarcando la sensible piel bajo la oreja.

—De acuerdo —me oigo decir con apenas voz.

—De acuerdo ¿qué? —repite confundido sin apartar su mano, sin alejarse ni un milímetro de mi cuerpo.

—Te daré alivio. Siempre que lo necesites —aclaro con más dureza e indiferencia de la que siento.

Sus ojos se abren con sorpresa antes de clavarse de nuevo en mi cara con recelo.

—¿A qué te estás ofreciendo exactamente?

—Pues... a masajearte cualquier músculo dolorido de tu cuerpo.

—Cualquier músculo —repite con escepticismo.

Resoplo exasperada.

—Vamos, Ethan, ¿quieres que te lo deletree? —pregunto con impaciencia—. Pero no habrá nada más que eso.

—O sea, que te estás ofreciendo a hacerme pajas.

No parece muy satisfecho y eso me confunde. Tal vez porque por la forma en que lo expresa parece peor de lo que es o al menos he imaginado.

—Piensa en ello como una terapia sexual —simplifico—. Claro que como esto excede de los términos de mi contrato de trabajo quiero algo a cambio.

Eleva una ceja con ironía.

—Y yo que creía que lo hacías porque había ablandado tu duro corazón. Así que pretendes acuñar una nueva profesión. Algo como ¿terapeuta perxual? ¿Sexo—asistente? ¿Debería pedir referencias?

—Estoy a punto de retirar la oferta, Ethan.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me consigas una prueba como bailarina para el nuevo video musical de Daisy.

Suspira con paciencia mientras se lleva las manos a la cintura tras pasarlas por el pelo desordenándolo con gracia.

—Solo hacía falta que me lo pidieras. No tienes por qué hacer nada de todo esto.

—Pero quiero hacerlo y convertirlo en algo puramente laboral. Un intercambio.

—¿Sabes cómo suena eso?

—No me importa cómo lo llames. Al final las etiquetas solo sirven para encasillarnos y limitarnos. No pretendo encajar, sino destacar. Esto es entre tú y yo. Además, —digo estudiando de forma minuciosa su reacción— tampoco va a suponer ningún sacrificio.

Mi observación parece relajar la tensión de sus hombros. Sonríe, pero con una expresión engañosa. Su mirada sigue afilada sobre mí.

—Si crees que lo vas a disfrutar, ¿por qué quieres mantenerlo fuera de lo personal?

—Lo tomas o lo dejas, Ethan.

—Lo tomo —declara y comienza a avanzar como lo haría un depredador sobre su víctima.

Comienzo por retroceder de forma inconsciente. Cuando mi espalda choca con una pared, levanto un brazo para detener su avance. Mi mano aterriza sobre su duro pecho nuestras miradas colisionan en un sangriento duelo de voluntades. El deseo arde en sus ojos cuando los baja a mis labios. Me quedo paralizada. Él inhala con fuerza mientras se mueve determinado a arrinconarme contra su cuerpo. Su aliento lame mis mejillas y luego baila sobre mi boca.

Mis labios me traicionan y se abren como si hubiera accionado la compuerta que le deja entrar. Siento vértigo y una extraña sensación de caer. No puedo dejar que él tome el control y desbarate todos mis planes.

—Sin besos —consigo decir con más fuerza de voluntad de la que nunca he utilizado.

Es innegable el rastro de contrariedad y cabreo que envuelven sus

facciones.

—¿Alguna otra condición? —pregunta con hastío, mientras su acecho aumenta tras apoyar su antebrazo en la pared a la altura de mi cabeza.

El calor de su piel parece cosquillear sobre la mía y todo lo que respiro es el olor de Ethan.

—Puedes ir aplacando esa actitud de machito dominante. No estás de caza. Solo voy a ayudarte a eyacular.

Noto su cuerpo temblar de frustración o tal vez es la misma tensión que yo estoy sintiendo para mantenerme cuerda y no sucumbir a lo que su boca y sus dedos prometen sobre mi piel.

Le observo tragar mientras se aparta y dirige sus ojos al suelo pensativo. Soy capaz de captar la maquinaria de su cabeza funcionando llena de dudas e incertidumbre.

Muerdo mis labios y mi mano se desliza por la tela que cubre su pecho. Sus ojos suben a los míos y me abrasan como fuego líquido cuando mis dedos descienden hasta el botón de su pantalón.

Sujeta mi mano y la aparta de su ropa sin soltarla. La mantiene presa de sus dedos mientras toma una decisión. Finalmente, tira de mí y me hace seguirle por las escaleras de manera urgente.

No es hasta que llegamos a la puerta de su habitación que me suelta. La cierra tras de mí con un ligero chasquido.

Supongo que es precavido por si le da por aparecer a Lola, Justin o alguna limpiadora, aunque hoy no es día de limpieza.

Comienza a retroceder hacia atrás sin dejar de mirarme como si creyera que, de hacerlo, desaparecería o me arrepentiría.

Le observo mientras se deshace de la camisa blanca y mis ojos devoran su pecho, su estómago y su espalda cuando se gira para deshacerse de los pantalones como si tuviera un ataque de pudor.

Se vuelve de nuevo completamente desnudo y la boca se me seca. Está completamente erecto y Ethan desnudo es un completo espectáculo.

He visto muchos cuerpos masculinos bien trabajados y con todos los músculos bien cincelados, pero en Ethan hay algo más, algo salvaje, primario e incluso áspero. Algo que me obliga a admirarlo con detenimiento,

recorriéndole entero como si fuera el festín de un hambriento. Es como un maldito espartano.

—Túmbate —le pido.

—Veo que te gusta el rollo dominatrix, pero yo no soy muy sumiso. Déjame mirarte al menos —dice alargando la mano para deshacer de nuevo el nudo de la bata.

Antes de darme cuenta, la prenda se entreabre un poco, lo justo para mostrarle el triángulo de mis bragas y la hendidura entre mis pechos.

Supongo que soy capaz de ceder en eso siempre que siga mirándome de esa forma tan profunda e intensa.

Lo empujo y cae sobre la cama de forma transversal con los pies en el suelo. Cuando su espalda choca con el colchón, me coloco entre sus piernas ligeramente abiertas.

—Acércate más. No puedo verte así —exige y me doy cuenta de que él ha tomado las riendas cuando debería ser al revés.

Me siento a horcajadas sobre uno de sus firmes muslos y él pone una almohada bajo su cabeza de forma que puede encajar sus ojos sobre mi cuerpo y los movimientos de mis manos.

Me quedo impresionada de la firmeza de su miembro. Es realmente asombroso que tenga problemas de erección. Es hermoso. Nunca había pensado en esos términos de una polla, pero la de Ethan me parece espléndida. Es gruesa, pesada y extensa. Mis dedos se pierden en su longitud.

Acaricio el glande con cuidado y parece gustarle porque su respiración cambia. Ahora, sí tengo todo el control. Utilizo ambas manos para acariciarla y hago a mis dedos viajar de arriba abajo moviendo su prepucio a través del glande.

La excitación me rodea mientras juego a ser una competente e indiferente empleada... y fallo. Jadeo cuando aprieta su muslo contra mi entrepierna y me restriego involuntariamente contra él.

—Deja que te toque —me ruega con voz ronca—. Estás empapada, Eve. Lo puedo notar en la humedad que dejas en mi pierna. Solo un poco. Quiero comprobarlo.

«Debería decirle que no». Pero la demanda urgente que se aprecia en su

tono de voz me produce una oleada de placer que no soy capaz de contener.

Asiento con la cabeza y se incorpora inmediatamente hasta quedar sentado. Sus ojos se mueven inquietos a la altura de mis pechos y separa los pliegues de la bata para descubrirlos, rozando mis pezones con las yemas de los dedos.

—Ethan —digo sin aliento.

Rodea mi cintura con un brazo y atrae mi cuerpo hacia el suyo sin darme la oportunidad de negarme. Los dedos de su mano libre suben hasta mi cuello y viajan hasta mi nuca. Tira de mi pelo, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás, sirviéndole mi pecho en bandeja de plata. Su aliento se desliza por ellos y una queja sale de mis labios. Una queja que bien podría deberse a la necesidad de sentir su lengua sobre mis pezones o una disconformidad por el asalto total de mis reglas.

—Esto no forma parte del acuerdo.

—Has dicho que sí podía tocarte —gruñe desviando su atención a mi sexo palpitante y dolorido.

Desliza una mano bajo mi muslo y hasta el lado posterior de la rodilla desde el que sube mi pierna, colocando mi pie sobre el colchón, tras su espalda, para abrirme bien las piernas y exponerme del todo. Sus dedos vuelven a recorrer mi pierna de forma ascendente y acarician la tela de mis bragas mojada y reveladora. Suelto un grito de pura sorpresa. No esperaba que ese gesto me despertara tantas sensaciones ahí abajo.

Es curioso que parezca no tener prisa cuando yo necesito sentir ya sus dedos sobre mi clítoris. Contengo la respiración cuando introduce un dedo por la costura de mis bragas y lo hace resbalar por la hendidura de mi sexo, acariciando los labios. Estoy tan caliente que podría prender fuego a su dedo.

Abandona su incursión y me siento huérfana y abandonada. Se aparta ligeramente para clavarme una mirada lasciva y penetrante originada para enloquecerme y desangrarme mientras se lleva el dedo a la boca para probar el líquido salado cosechado en mi entrepierna.

Es en ese mismo momento cuando el ritmo de mis manos en él aumenta y cambio el foco de sus atenciones.

Mis dedos le llevan al orgasmo con un gruñido brusco y violento y un estallido de líquido seminal que nos alcanza a los dos.

Ocultas tu rostro entre mis pechos y mientras el cerco de tu brazo en mi cintura se estrecha para ceñirme contra él de manera firme, pero con una dulzura que me toma totalmente por sorpresa y me sobrepasa.

—Puedo aliviarte, Eve. Deja que lo haga.

Niego con la cabeza.

—No —respondo estirando la respuesta todo lo que puedo. Debo ser consecuente con mis decisiones.

—¿Por qué?

—¿Tan difícil te resulta aceptar que no quiero que haya sexo entre nosotros?

—Estás prácticamente desnuda sobre mí con mi semen en tus manos, ¿cómo llamarías a eso? ¿De qué tienes miedo?

Suspiro con resignación.

—A todo lo que supone una relación: la abnegación y los sacrificios; la falta de independencia y privacidad, a tener que renunciar a mis propios sueños para realizar los compartidos o por el bien común; a sentirme obligada a dar explicaciones sobre lo que hago o siento; a ser la sombra de alguien y que se apague mi brillo individual; a ser responsable de complacer o hacer feliz a otra persona y encajarlo en cualquier proyecto. Necesito ser libre y no quiero aferrarme a nadie —le respondo sin mirarle, despegando mi cuerpo del suyo y cubriéndome de nuevo.

—Solo he propuesto satisfacernos mutuamente, Eve. No he hablado de nada más.

—Estoy muy satisfecha con lo que he conseguido. Mi prueba.

Se sienta en el borde de la cama y se restriega el pelo con las manos mientras descansa los codos en sus rodillas.

—De acuerdo. Será como tú propones. ¿Es apropiado darte las gracias entonces?

—Haz lo que quieras. No te sientas obligado.

—¿Y podré pedirte un masaje siempre que lo necesite?

—Mientras no interfiera con mi tiempo y solo durante la temporada que continúe trabajando para ti.

—O hasta que responda a otros estímulos o ayudas.

—Exacto. Hasta que dejes de necesitarme —respondo con indiferencia.

—Ya puedes irte entonces. Has cumplido muy bien con tu cometido.

—Recuerda que te has comprometido a acudir al estudio de grabación y dentro de unos días tienes un viaje a Las Vegas para un pequeño concierto. Yo hoy estaré ocupada a partir de las seis.

—¿En qué? —pregunta con indiferencia, recuperando su ropa.

Respiro con resignación.

—He comenzado mi instrucción en algunas disciplinas de baile que no domino. Solo serán seis horas a la semana —explico dispuesta a pelear por ese derecho. Como no dice nada también añado—: Además, he quedado con Alden para las pruebas del traje que vestiré en la grabación publicitaria.

Se acerca a mí enfundado en sus pantalones, acechándome con la diferencia de altura y tamaño mientras me examina desde arriba.

—Es curioso, Eve, tanto que odias justificarte o dar explicaciones y es exactamente lo que acabas de hacer.

—Tienes razón. No es asunto tuyo lo que haga con mi tiempo —casi le escupo y cierro la puerta con fuerza a mi espalda.



Tengo que confesar que me decepciona no encontrar a Alden en la sastrería para mi prueba, aunque deja precisas explicaciones de lo que necesita y la idea que tiene.

Marcos me enseña los bocetos de la chaqueta de un *smoking* femenino entallado en terciopelo negro con las solapas de seda, combinado con una rigurosa camisa blanca y la pajarita oscura, pero conjuntado con una falda de la misma tela de inmenso vuelo como si fuera un antiguo vestido victoriano y un fajín fruncido.

Una arriesgada apuesta que me parece una auténtica exquisitez.

Lo mejor de la tarde llega justo después de la llamada de Ethan para preguntarme por el lugar en que se encuentran los tejanos más desgastados y

descoloridos que tiene, pero que evidentemente le quedan como un maldito guante: las clases de baile.

Me formaré sobre todo en danza contemporánea y aprenderé *Jazz*, y *Street dance*. No es que no disponga de los conceptos básicos, pero quiero avanzar profundamente en todas estas disciplinas y disponer de la mejor preparación. Para ello, no he elegido ninguna academia al azar. Quería a Román como instructor y si he conseguido entrar en su círculo de pupilos ha sido gracias a una dura prueba realizada con mucho empeño y determinación. Y, sí, también gracias al generoso sueldo de Ethan, porque su escuela no resulta nada económica.

Sin embargo, ha merecido la pena. Salgo exultante y con ganas de comerme el mundo. Echaba terriblemente de menos la disciplina, forzar el cuerpo al límite, incluso el dolor de los músculos.

Por primera vez, desde que comenzó la pesadilla de la lesión, siento que vuelvo a encauzar mi vida en lo que realmente quiero.

*Nunca he pagado ni ofrecido nada a cambio de sexo, excepto placer. Me gusta pensar que la persona que está conmigo lo hace con libertad y porque es a mí a quién desea, no un trabajo, dinero, influencia o algo mucho peor.*

*En este mundo, a veces, es difícil distinguir quién realmente se acerca a mí por lo que soy o lo que simbolizo y probablemente eso es lo que no acaba de gustar a mi amigo de ahí abajo.*

*Sin embargo, y, a mi pesar, con ella es distinto, pero no suficiente. Odio nuestro trato y mucho más odio tener que depender de él para combatir este vacío. La deseo, todo en ella me seduce y mis ojos no pueden dejar de percibir cada uno de sus gestos, el roce de la tela sobre su piel, sus suspiros y su olor que parece haberse impregnado en cada rincón de esta casa y, precisamente, por eso, la evito y trato de aparentar que no me afecta, aunque la necesidad me duela en cada fibra de mi ser.*

*No quiero depender de ella de esta manera.*

# CAPÍTULO 7

## Amenazas

Los modales un poco anticuados y refinados de Alden me hacen sonreír. Es tan educado y amable que resulta refrescante. Me habla con delicadeza mientras me ayudada a vestir la chaqueta del traje y hace volar el vuelo de la victoriana falda. Me siento como una Escarlata O ‘Hará moderna y caprichosa.

Bajo el atuendo, me calzo unas zapatillas de ballet también oscuras y asisto a los últimos retoques de maquillaje y peinado antes de salir al escenario que han improvisado en un pequeño estudio de la ciudad.

Todo en él reluce en color crema. Tengo tentaciones de deslizar un dedo por el attrezzo sucumbiendo a la irresistible dulzura que emana.

—Muy bien, Eve. Solo quiero que seas tú misma. Anda, baila, salta. Haz lo que quieras. El escenario es todo tuyo —me anima Alden con una sonrisa traviesa.

Es como si tuviera más confianza en mí que yo misma. De cualquier forma, con su carácter tranquilo y su pose distendida refresca como una ola gigante el ambiente tenso y tirante de la grabación del video, dejándonos a todos como sardinillas que coletean en una orilla necesitadas de otra de sus mareas.

Estoy totalmente segura de que Alden se toma la vida de otra forma completamente distinta al resto. Casi como si todo le resultara divertido y nunca tuviera problemas. Es tan distinto de Ethan que este último saldría muy mal parado si me aventurase a compararlos.

No obstante, las comparaciones son odiosas y cualquier pensamiento sobre ello resultaría de más.

Por unos improvisados altavoces de música suena *Bitter Sweet Symphony* de *The Verve* y hago lo que mejor se me da.

Y, mientras bailo, siento una excitación que me recorre todo el cuerpo y hace que alcance un estado casi febril y delirante que hace que me olvide hasta de quien soy.

A veces, creo que ser bailarina es el único motivo por el que nací. Existo para poder bailar y bailo para poder vivir.

No soy tonta, sé cómo suena eso y lo que limita mi vida, pero ¿quién puede culparme si es lo que me hace feliz? Yo también he observado muchas veces absorba la estrechez de miras de aquellas personas que se obsesionan hasta lo indecible con algo o alguien, y al final de sus días acaban dándose cuenta de todo lo han perdido por el camino, pero me ahogaría en mis propias penas si no me esforzara y renegara de mi talento.

El vídeo solo debe durar unos minutos, pero la cámara me persigue durante media hora sin descanso. Mi piel acaba brillando cubierta de una pátina de sudor y varios mechones de pelo se sueltan del apretado moño, pero no me siento cansada.

—Ya tenemos material suficiente, Eve —interrumpe Alden con seriedad por primera vez.

De inmediato su semblante vuelve a cambiar al que adoptaría un niño travieso en busca de problemas. Coge mi mano y me besa en el dorso como si aún estuviéramos en siglos anteriores. Eso me hace reír.

—Alden, eres muy peculiar.

—Sin duda eso es un gran halago. ¿Quién quiere ser igual que el resto? —me responde con un guiño provocativo que nada tiene que ver con gestos anticuados—. Ya sabes dónde encontrarme cuando el taciturno de tu jefe necesite un traje... o para lo que necesites.

Alden es como uno de esos helados que se saborea con los ojos cerrados y no deja ninguna pista de qué sabor es, pero te deja un regusto juguetón y agradable en la punta de la lengua.



El video de Instagram obtiene en menos de una semana casi un millón de *me gusta* y cinco mil comentarios. Se hace viral en las redes de una manera

que ninguno habíamos previsto y de repente me convierto en «la bailarina del traje-vestido colonial».

La llamada para concertar una primera prueba para la selección de bailarines del video de Emily Daisy llega antes de lo esperado. Me sorprende no haberme visto obligada a recordárselo a Ethan y que, incluso, se haya molestado en que sea un trámite ágil y cómodo para mí, proponiéndome Los Ángeles como escenario para el casting.

No tengo ningún remordimiento por la forma en que lo he conseguido, al fin y al cabo, también he debido hacer uso de mi talento, tal vez no para bailar, pero sí en otros menesteres.

Es más, me intriga que él no me haya vuelto a pedir ayuda. Me pregunto si su problema ya se ha resuelto o ha buscado alternativas.

A veces, noto sus ojos sobre mí, persiguiéndome y estudiando mi cuerpo. Es una mirada que se ganaría al tiempo y lo convencería para que se interrumpiera si fuera posible; suave y afilada y repleta de una melancolía que me aturde.

Sin embargo, no ha hecho ni un solo acercamiento. Parece que fuera él el que siente reparos o dudas sobre el acuerdo al que llegamos.

En cualquier caso, no es mi problema...

«¡Mierda! ¡No es cierto!».

Hay algo muy superior a mi voluntad que me impide abandonar el asunto. Debo estar alcanzando unos niveles de egocentrismo altísimos porque deseo que me necesite. Me gusta verle excitado, saber que soy la única con el poder de hacerlo disfrutar de ese modo y que resulte incluso fácil para mí. Quiero volver a verle desnudo y que jadee bajo mis manos.

Supongo que debo reconocer con humildad que, pensando así, no parezco muy diferente a esas fans enardecidas que le confiesan por carta que se mueren por tocarle.

Mientras trato de eliminar esos pensamientos de mi cabeza, me esfuerzo al máximo en mi formación. Estoy preparando una coreografía para el casting y utilizo el gimnasio en el sótano de Ethan para practicarla. Suelo estar sola, pero hoy aparece él en mitad de mi entrenamiento con su pantalón corto amplio y su camiseta de tirantes.

Me sorprende tanto que paro de inmediato.

—Puedes seguir. No te molestaré —dice subiéndose a la cinta de correr y apretando unos botones para elegir programa y tiempo con indiferencia.

Me seco el sudor del cuello con una toalla y bebo un trago de agua mientras le miro de soslayo. Comienza a trotar y me fijo en los músculos de su pecho a través de las holguras de su camiseta y en sus bíceps contrayéndose y estirándose con el movimiento de sus brazos. Me doy una colleja mental y vuelvo a poner la canción que estoy utilizando en el equipo de música.

Una de las diferencias más notables entre el ballet clásico y la danza contemporánea es que se hace mucho más uso de los ejercicios de suelo y hay muchísima más libertad de posiciones. Pese al esfuerzo de los músculos, los movimientos resultan más fluidos y sensuales. Me dejo caer al suelo y juego con la gravedad mientras curvo mi espina dorsal y estiro las piernas en una tijera de suelo.

Giro sobre mí misma y soy capaz de ver los últimos pasos de Ethan escaleras arriba de nuevo. Ni siquiera se ha molestado en apagar la máquina de correr y la cinta continúa rodando.

Maldigo la desconcentración y vuelvo a reproducir la canción desde el principio para empezar de nuevo.



Una de mis funciones como asistente personal es revisar la correspondencia de Ethan. Afortunadamente, las cartas de sus muchos fans pasan en primer lugar por las manos de un equipo que se ocupa antes de abrirlas y clasificarlas. La mayoría obtendrán una foto con una firma impresa como respuesta, pero algunas de ellas llegan a mí, y soy yo la que debo decidir cuáles entregarle a él.

Al principio, a Jerome, miembro de ese equipo, le resultaba gracioso enviarme las muchas fotos de mujeres desnudas que recibe Ethan. Yo las

dejaba sobre la mesa de su despacho, creyendo que él mismo había autorizado ese tipo de correspondencia hasta que un día prácticamente me las echó a la cara.

—Deja de atibórrame con estas mierdas, así no conseguirás que se me ponga dura.

—Básicamente, ese es trabajo de tu terapeuta, no mío.

—Pues está claro que tú tienes más éxito que él.

Esperé preguntándome si volvería a pedir mi ayuda, pero no lo hizo. Se giró y desapareció por la puerta del despacho que no sé exactamente si le pertenece a él o a mí.

Ahora, le dejo esas cartas que pueden hacerle recordar qué es capaz de hacer feliz y afectar a las personas de manera positiva con su música.

Abro uno de los sobres cerrados. Nunca llegan a mí sin ser abiertos. Es extraño. Supongo que se debe a un error y se les habrá pasado por alto.

La carta es poco abultada, así que supongo que no tendré que perder mucho tiempo en esas extensas y emotivas hojas normalmente llenas de las más oscuras fantasías sexuales de algunas de sus fans con él. Si ellas supieran...

El caso es que cuando echo mano de su contenido casi hubiera preferido que lo fuera. La mano se me congela con una foto de Ethan. Se me olvida respirar mientras observo las manchas rojas que pretenden similar sangre sobre sus ojos, su pecho o derramándose sobre las letras que rezan en una tétrica estilográfica: «¡Estás muerto!».

Me congelo. La foto quema en mis dedos. Debería llamar a la policía o hablar con Justin. Él es el encargado de seguridad de Ethan.

Comienzo por caminar con el brazo estirado y la prueba lo más lejos posible de mi cuerpo como si pudiera contagiarme su perversidad.

—Eve, ¿qué ocurre? —me pregunta el guardaespaldas con preocupación al ver mi cara que debe parecer un lienzo de Edvar Münch.

Le entrego la misiva sin pronunciar palabra y él le echa un vistazo con el ceño fruncido.

—¿Ha llegado por correo ordinario?

—No me he fijado. Estaba entre las cartas que me envía Jerome.

—Si es así, no deberías preocuparte. No es la primera amenaza de muerte

que recibe. Ya sabes: maridos celosos, fanáticos, personas que buscan notoriedad. Es uno de los hándicaps por ser famoso y laureado. El equipo de redacción suele entregar esos textos a la policía.

Por alguna razón, esa explicación no me satisface en absoluto.

—Pero a veces ocurre ¿no? Esos exaltados llegan hasta su ídolo y... —No me atrevo a terminar la frase. Ni siquiera quiero visualizar en mi mente que algo así pudiera ocurrirle a Ethan.

—Sí, ha sucedido alguna vez. Supongo que estás pensando en John Lennon o Dimebag Darell. Pero, Eve, más personas son las que mueren en accidentes de coche y no por eso dejamos de conducir. Si es posible rastrearla, la policía lo hará, pero normalmente todo queda en agua de borrajas. —Se acerca y me aprieta el hombro con cariño—. Le comentaré lo preocupada que estás por su integridad. Seguro que eso aviva su buen humor —bromea.

—No, no lo hagas. Eso solo aumentará su ego. No creo que tenga buen humor.

Recibo una carcajada gloriosa como respuesta, pero cuando se extingue un rasgo de seriedad cubre su rostro.

—En serio, Eve. Creo que le haces bien aunque le cabrees en igual medida.

No sé cómo contestar a eso, así que aprieto los labios. Ni se imagina el tipo de «bien» que le estoy haciendo o eso espero.



Llego a la mansión de Malibú después de recoger una guitarra de Ethan para el concierto de Las Vegas. He descubierto que es bastante excéntrico para los instrumentos, no porque le guste comprar guitarras caras, más bien parece lo contrario. Se hace con una Fender o una Univox asequible y para zurdos, y él mismo se encarga de modificarlas con acoples y disonancias que solo él es capaz de entender, pero que dan resultado y sorprenden por lo pionero y único. Y he descubierto que el técnico de guitarra lo adora como si fuera prácticamente un dios.

Aparco el coche y al salir puedo oír las notas rasgadas de una guitarra clásica que proceden del interior de la casa. Un ritmo rápido e incansable que cobra sentido en mis oídos.

Me acerco a la sala donde Ethan tiene, dispuesto de forma desordenada, sus instrumentos de música y alguna hoja de papel mal extendida. Lo encuentro descalzo sobre un sillón con una pierna doblada bajo su cuerpo e inclinado sobre la guitarra, acariciando sus cuerdas.

Su concentración es tan profunda que su cara parece tallada en granito.

Le observo sin que me perciba.

Canta algunas notas con esa voz tan grave, profunda y rasgada que se convierte en un lamento duro y recio que parece provenir de lugares hondos y oscuros que nunca han visto el sol.

Lo comparaban con Kurt Cobain por ser diferente, por la compleja profundidad de sus letras, por crear canciones impredecibles y una melodía saturada que parece querer gritar con protesta, dolor e inconformismo.

Con el tiempo, los críticos opinaban que se había atemperado y sus temas se habían vuelto más comerciales, aunque sin abandonar ese carácter indómito, su peculiar forma de entender la música y sus notas inteligentes.

—¿Espionando? Bonito hobby el que tienes —me pregunta con suavidad, sorprendiéndome, sin levantar la mirada de su guitarra.

—Una letra interesante —digo ignorando su comentario anterior.

—Te dije que compondría una canción sobre una bailarina suave y delicada en apariencia, pero con corazón de guerrero. Aunque no sé si funcionará del todo ahora que he descubierto que también oculta miedos.

—Todo el mundo tiene miedo a algo ¿por qué la bailarina iba a ser distinta?

—Supongo que tenía en la cabeza una versión poetizada de ella —admite levantando los ojos por primera vez para mirarme con fijeza.

—Nadie te ha pedido que escribas sobre ella —concluyo y cruzo los brazos—. ¿Qué te ha dicho tu productor sobre la canción?

Resopla con fastidio.

—Quiere introducir cambios. Añadir un coro con «uh y oh» y no sé qué más gilipolces que acabaran distorsionándola. —Se detiene, parece que

duda antes de hablar, como si no estuviera seguro de querer o deber hacerlo—. Componer es como arrancarse el corazón para perforarlo y ahondar en su interior. El sonido de las palabras y de las notas salen de ahí en conjunción; surgen del dolor, de la pena, de la alegría, de la felicidad, de la angustia. No deberían tener que mutar en función de las modas o con fines lucrativos. Estoy muy cansado de este circo. He perdido mi identidad musical.

—Este circo —comienzo levantando la vista hacia el techo de la casa y paseando los ojos alrededor— vale unos cuantos millones de dólares. Esto lo has conseguido tú. Si pierdes algo o se rompe, constrúyelo de nuevo. Es mucho más efectivo que lamentarse.

Me mira sorprendido con una ceja alzada y media sonrisa inclinada hacia un solo lado.

—Eres mucho mejor que mi terapeuta. Él solo profundiza en mi falta de erecciones. Parece que está más obsesionado por mi polla que yo.

Me río suavemente sin poder evitarlo. Bajo la mirada y la centro en la punta de mis pies.

—¿Y qué solución te ofrece?

Le oigo suspirar en profundidad y con cansancio.

—Tengo que llegar al punto de ruptura. Descubrir en qué momento o lugar dejo de funcionar y por qué.

—¿Le has hablado de nuestro acuerdo? —pregunto con tiento.

—Sí, se lo he dicho, pero comprende que tenga reparos.

Guardo silencio, aunque levante los ojos hacia él sorprendida por su franqueza. Sé que está esperando que le pregunte, que su frase está estudiada para despertar mi curiosidad y que él pueda centrar nuestra conversación en los requisitos que he impuesto en nuestro acuerdo y le disgustan y, tal vez, con ello dar pie a una negociación o cambio que no estoy dispuesta a aceptar.

Me mira con los ojos entrecerrados durante unos segundos y, finalmente, rasga las cuerdas de la guitarra rompiendo el mutismo con un sonido que parece un lamento.

—También me aconseja que trate de masturbarme. Como si no lo hubiera intentado antes —añade con un tono de voz ácido.

—Y... ¿no funciona?

—No. Supongo que necesito algún estímulo visual capaz de afectarme y hasta el momento lo único que lo hace eres tú.

Algo en mi estómago se hace líquido con esa confesión y comienza a gotear de forma densa y lenta hacia mi vientre.

—Una vez posé con la compañía de ballet para un calendario benéfico —comento.

Las fotos eran artísticas lo que no ocultaba nuestra desnudez, aunque sí las partes más verosímiles de ella.

—¿Para qué quiero una foto si te tengo delante? —responde casi irritado.

—¿Qué propones? —Su mirada no abandona la guitarra, pero no parece concentrado en ella—. Te dije que te ayudaría ¿no?

Deja la guitarra a un lado y se levanta para acercarse a mí, muy cerca. Su cuerpo despide calor y atempera el mío. Me taladra con la mirada, pero en realidad la lucha parece ser contra él mismo.

—Desnúdate —pide de forma drástica, comenzando a retroceder hacia atrás para dejar caer su cuerpo sobre el sillón de nuevo con las piernas dobladas y abiertas y restregándose la barbilla y la boca con la mano en un gesto nervioso.

—¿Ahora? —pregunto estupefacta.

Baja la mirada hacia su entrepierna señalando una ligera erección.

—Parece un buen momento para ella.

Me detengo a meditar ligeramente si es buena idea, si estoy trazando alguna frontera moral o me hace sentir incomoda. Resuelvo que la expectativa me excita y la idea de poder observar a Ethan dándose placer así mismo mientras me contempla desnuda pellizca entre mis piernas provocando un estímulo sexual mucho más fuerte que cualquier beso o caricia recibida por cualquier otro hombre hasta ahora. Empieza a gustarme demasiado este juego y lo esperaba con ansias.

Me deslizo el top por la cabeza y me deshago de él bajo su atenta mirada. Desato los botones de mi short tejano y sacudo las piernas para empujarlo lejos.

Me quedo en ropa interior y miro a Ethan que se estira para recoger un mando a distancia de una mesa adyacente. Aprieta un botón y empieza a sonar

una suave melodía acústica.

Me quedo quieta, tratando de identificarla, pero no soy capaz.

—Sigue —dice y pese al tono de mando de su voz, lo hago.

Ha apoyado un codo sobre el brazo de su asiento y se muerde la yema de un dedo mientras se sujeta la barbilla con la mano.

Desabrocho el sujetador y lo hago caer. Después me inclino para bajarme las bragas y quedar completamente desnuda.

Sus ojos se deslizan de forma lenta por mi cuello, la clavícula; se detienen en mis pezones duros y erguidos y mueve su cabeza restregando su boca de nuevo por su mano.

—Baila —vuelve a ordenar mientras su mirada continúa su descenso por mi estómago y acecha el suave y perfilado vello de mi entrepierna.

—¿Quieres que baile desnuda? —susurro inspirando con fuerza.

Sonríe de medio lado.

—Sí —responde escuetamente y fija la mirada en mis ojos como si me desafiara.

Ladeo la cabeza, bajo mis parpados, dejo que el sonido de la música se eleve en mi cabeza por encima de mis pensamientos y permito que gobierne mi cuerpo.

Aplico las nuevas técnicas aprendidas y bailo de forma sensual y atrevida, pero suave. Doblando mi espalda hacia atrás, estirando la pierna para levantar el pie hasta mi cabeza, girando sobre mi misma y deslizándome al suelo con una apertura de los muslos de 180 grados para recogerlos y flexionar las rodillas.

—Vuelve a abrir las piernas. —Esta vez su voz tiene un tono de súplica.

Separo las rodillas para darle una visión entera de mi sexo mientras le observo deslizar su mano por la cinturilla de su pantalón deportivo y sacar su pene completamente erecto. Resulta tan erótico que es difícil para mí mantenerme quieta e impasible.

Nuestros ojos se cruzan durante un leve momento, pero los míos vuelven a su mano. Sus dedos son largos y delgados y envuelven su órgano con firmeza antes de empezar a moverse a lo largo del grueso tronco.

Su mirada persigue mi desnudez y la mía acecha el movimiento en su

entrepierna.

Noto cómo la humedad aumenta como una ola entre mis muslos y cómo él lo advierte y lo altera.

—No..., no puedo —gime entre dientes con la voz entrecortada y su respiración agitada—. Acércate, por favor.

Me acerco hasta sus pies de rodillas y me coloco entre sus piernas a la altura de su sexo.

Mi boca aspira llenándose de su olor y su sabor y mi boca saliva de más, obligándome a tragar con fuerza. Deslizo mi mano hasta la suya y la coloco sobre su dorso mientras intensifica el movimiento y el ritmo. Sacó mi lengua y lamo por debajo de su escroto con movimientos circulares y me deslizo por la punta como si fuera un caramelo. No sé por qué lo hago, excepto que lo estaba deseando. Los dedos de su otra mano se cuelan por mi pelo hasta mi nuca y el pulgar acaricia mi mejilla en un gesto delicado e incluso afectuoso mientras jadea.

—¿Puedo morirme aquí mismo?

Contengo una sonrisa mientras mi nariz resbala por su longitud y mi lengua chupa sus dedos. Lo tomo con la boca y ladeo la cabeza para que el extremo choque con mi mejilla.

Su mano se desliza desde mi nuca a mi hombro perfilando la suave colina de mi pecho con el borde de su palma sin aventurarse más abajo. Sé lo que eso significa. Quiere tocarme, pero me deja el control a mí. No lo hará si yo no consiento. Una sensación de deseo puro invade todo mi cuerpo y me muevo para que sus dedos alcancen el seno. Su mano lo abarca y lo presiona ligeramente, pero lo suficiente para hacerme soltar el aire sobre la punta húmeda de su polla.

Cuando sus dedos persiguen mi pezón lo ciñen entre sus yemas con mayor fuerza, torturándome con el anhelo que despiertan sus caricias.

El ritmo de mi boca aumenta sobre él y lo tomo en profundidad. Su pene se engrosa y aumenta la rigidez presionando la piel. Cuando sus caderas empiezan a moverse y embiste con fuerza contra mis labios, sé que está a punto de acabar. Me suelta y su cabeza rebota hacia atrás cuando consigue al fin correrse con un sonido que resuena en su pecho como un lamento de alivio,

pero también dolor.

Evito mirarle mientras uno de sus dedos se alarga hasta mi rostro y dibuja con delicadeza el contorno de mi mandíbula. Imagino que ese gesto va acompañado de una reverencia en sus ojos que puede que en realidad ni siquiera exista, pero que puede afectarme tanto con su existencia como con su ausencia y tengo miedo de levantar la mirada hacia él y descubrir mis propios anhelos. Anhelos tan intensos que ahora mismo hacen que todo el calor de mi cuerpo se acumule entre mis piernas.

«Tengo que comprarme un consolador nuevo, más grande, más grueso y parecido a eso» pienso con resistencia.

Eso, en cuestión, desaparece de mi vista rápidamente tras los pantalones y estos también lo hacen cuando Ethan se levanta de forma precipitada y se aleja sin una palabra, dejándome sola y desnuda con mis propias penitencias.



—Estuve 30 años con mi marido y nunca llegué a entenderle, pero eso no me impidió quererlo todos los días —oigo que susurra la dulce y apergaminada voz de Lola en la cocina.

Espero encontrarme a Justin con ella al atravesar la estancia y me sorprendo al darme cuenta de que es con Ethan con el que habla maternalmente.

Apoyado contra el costado de la encimera con los tobillos cruzados se lanza una cereza que captura con la boca mientras parece pensar seriamente en las palabras de Lola.

Me doy cuenta de que ella puede que sea lo más parecido que tiene de una figura maternal.

Nunca habla de ello: de su madre, de la desaparición. Las malas lenguas decían que había huido y abandonado a su marido y su hijo, en cualquier caso, las alternativas eran mucho peores.

Mis ojos se lanzan sobre la hornada de pasteles con aroma a puro chocolate que la cocinera pone sobre una bandeja decorativa. Una tentación demoniaca que trato de ignorar sin resultado.

—¿Qué se celebra? —pregunto con curiosidad.

—He despedido a mi productor musical —me responde Ethan casi alegremente.

—Y... ¿eso es motivo de celebración?

—Sí, se acabaron los uh y los oh. La música debe salir del corazón, provocar una sacudida y dejar las emociones en carne viva. Encontraré a un productor que así lo entienda.

Le miro con sorpresa.

—Es novedoso que cambies el alcohol por pasteles para celebrarlo.

Lola me envía una mirada airada, pero no me doy por aludida. No he dicho nada que no sea verdad y por la forma en que se ríe no creo haber herido sus sentimientos.

—En realidad, la idea ha sido de ella. Cree que pareces un esqueleto andante y deberías comer más.

Esta vez es Ethan el que recibe la mirada airada de Lola y la aplaudo mentalmente. Estoy segura de que esa no han sido las palabras exactas de ella.

—He dicho que parece un saco de huesos, no un feo esqueleto.

Pues... estoy equivocada. No hay una enorme diferencia entre ambas definiciones.

—Tengo una prueba muy importante en unos días. Tengo que cuidarme, Lola. Si como uno de esos, no podré levantar mi culo del suelo.

—¿Culo? ¿Qué culo? —murmura ella más para sí que como respuesta a mi argumento.

Ethan se parte de risa y yo lo fulmino con la mirada.

—Él también ha perdido peso —. Desviar la atención de mí misma hacia él para salir del paso no es ni de lejos la estratagema más rastrera que he utilizado, y no siento ningún remordimiento cuando Lola asiente y le echa una reprimenda sobre sus malos hábitos alimenticios.

Observo a la mujer lavar sus manos y deshacerse del delantal sin dejar de hablar. El rapapolvo es de los buenos.

No puedo ocultar la sonrisa y la mirada de Ethan sobre mí no avecina nada bueno. Cuando llega Justin para llevarse a su madre, casi estoy tentada de pedirles que no se vayan.

Los veo partir y solo cuando oigo el «clic» de la puerta de entrada anunciando su salida, enfrento a Ethan y las consecuencias de mi gran boca.

Le observo mirar hacia el suelo con las manos apoyadas en la encimera en una aptitud hogareña y casual muy lejana de la inalcanzable estrella de rock en la que se ha convertido. Ladea la cabeza con un gesto casi predatorio y dibuja una sonrisa que provoca un estallido de color tras mis ojos.

Si me quedara algo de cordura en la cabeza, me daría media vuelta y me alejaría de él, pero la curiosidad, las expectativas y esa insaciable necesidad de observarle me descentran y me aturden.

Se separa lentamente de su apoyo y estira el brazo hasta la bandeja antes de coger entre sus dedos uno de los pastelitos. Su falta de prisa y sus gestos estudiados no avecinan nada bueno. Doy un paso hacia atrás y una de sus cejas se arquea con intención.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto insegura mientras él avanza hacia mí.

—Asegurarme de que comes tu ración.

Su mirada es viva, sin rastro de su anterior y constante penumbra.

—No puedes obligarme, Ethan. Eso va en contra de...

—¿De qué exactamente?

—¡¡De todo!!

—Solo miro por tu salud.

Soy rápida y ágil. Escurridiza como un pez cuando me lo propongo. Resulta sorprendente que resulte tan fácil para él atraparme antes incluso de que sea capaz de ponerme en movimiento.

Sujeto su muñeca con mis dos manos mientras él intenta acercarme el trozo de pastel a la boca y su brazo derecho rodea mi cintura para acercarme a él y evitarme huir.

—¡No te atrevas! —le grito sin poder ocultar el tono divertido... ni el espantado.

Los trozos dulces y esponjosos del bizcocho se estrellan contra mi boca y mis mejillas embadurnándome la mitad inferior de la cara.

Le arrebató los restos de su mano y tapó su sonrisa triunfal cuando los estampó contra sus labios. Mantiene mi mirada mientras finge saborear exageradamente el dulce.

—Está delicioso —comenta con inocencia—. Dame más —exige sujetando mi brazo para mantenerlo a su altura.

Tras un momento de vacilación, acerco mis dedos embadurnados de chocolate y nata a su boca y él atrapa uno de ellos entre sus labios. Mi corazón comienza a palpar de manera desbocada. Siento su lengua húmeda y caliente en mi piel. Su rostro está tan cerca del mío y su mirada tan centrada en mi reacción que no soy capaz de pensar con claridad. El hormigueo en mi estómago aumenta con el cambio de dedo. La sensación de tocar la carne blanda y cavernosa de su boca es excitante.

Hace pocos días era yo la que lo tenía dentro de mi boca en una situación mucho más comprometida; sin embargo, este momento parece extrañamente mucho más íntimo.

Lame el espacio entre el meñique y el anular y me quedo impresionada de todas las terminaciones nerviosas que puede acumular un dedo tan pequeño, ahora tan despiertas y altamente susceptibles a sus provocaciones.

Mi cuerpo me traiciona y se acerca al suyo mientras mis ojos no pueden abandonar sus labios. Mi falta de aliento no evita que jadee cuando su lengua abandona mi mano.

Ni siquiera había esbozado la posibilidad de besarle. Los besos implican sentimientos. Eso es lo que se suele asegurar. Están fuera de nuestro acuerdo. Pero la atracción que siento hacia sus labios trasciende a toda lógica.

Su mirada recorre mi rostro y su sonrisa da paso a una emoción mucho más deslumbrante e inconfundible. El deseo se despierta bajo mi piel como si bajo ella el sol despuntara hacia un nuevo amanecer.

Sus dedos largos, rítmicos y seguros alcanzan la comisura de mis labios y los restos de nata y chocolate se entremezclan con los que ha dejado anteriormente sobre mi boca.

Mi lengua asoma traidoramente sin previo aviso con la intención de acabar con ese cosquilleo incesante del dulce sobre mis labios y encuentra su yema.

Le oigo contener un gemido lleno de desesperación que parece accionado

para romper la cadena que mantiene alejadas nuestras bocas.

Sus labios cosquillean sobre los míos cuando un sonido de pasos los desvía de su propósito.

—A ella le encantará saber que estáis disfrutando tanto de sus pasteles —interrumpe Justin sin ocultar la mofa en su voz y una enorme sonrisa que parece escaparse de su rostro.

—Recuérdame por qué te aprecio —le espeta Ethan con el fastidio dibujado en todo su semblante.

—Porque soy el mejor y aguanto todas tus mierdas —le responde resuelto muy lejos de sentirse incómodo o amedrentado por la mirada de pocos amigos de su jefe.

Me separo sin mirar a ninguno de ellos y me muevo en busca de una servilleta para limpiarme los restos de pastel de la cara y los dedos. Le ofrezco otra a Ethan discretamente y este casi me la arranca de las manos antes de utilizarla.

—Más vale que sea algo importante.

—Acaban de entregar este paquete. La caja es de la tienda de George, así que me he imaginado que lo necesitarías —comenta y es cuando me doy cuenta de que lleva algo entre las manos. Lo deja sin miramientos sobre la superficie de granito y algo eclosiona en su interior. Suena como un globo al estallar. El sonido, aunque inofensivo, nos sobresalta. Justin se cuela entre nosotros y la caja con ademán protector y Ethan me coloca tras de él con un movimiento de su brazo tan veloz que apenas me da tiempo a reaccionar.

—¿Qué coño? Yo no he pedido nada a George. Eve recogió el otro día de la tienda de música todo lo que necesitaba.

Algo denso y oscuro comienza a colarse por las hendiduras de unión de las solapas de la caja. Cae al suelo con un goteo silencioso que tiñe de rojo el suelo marmoleo de la cocina.

—¿Eso es sangre? —pregunto con un hilo de voz.

Justin es el más rápido en reaccionar. Se acerca al charco que comienza a extenderse y lo toca con las yemas de los dedos. Mira a Ethan elocuentemente y se incorpora para abrir la caja sin miramientos.

El olor metálico de la sangre me inunda las fosas nasales y emboco el

sabor del hierro.

El líquido se cuela de forma más profusa por las esquinas del cartón revelando los muchos litros de ese líquido que contienen.

Un paquete en propia puerta rebosante de sangre representa mucho más que una simple amenaza de una pareja celosa

*Me fascina, me trastorna, me remueve y despierta mi frustración a partes iguales.*

*«¿Quién eres tú pequeña hechicera para poner mis creencias y mi vida patas arriba mientras me sacudes para que me de cuenta de lo imbécil que he sido? Te lo daría todo a cambio de un poco de tu fuerza, tu perseverancia e imbatibilidad. Haces que los pequeños gestos sean tan relevantes como los mayores méritos. Te observo dormir y me doy cuenta de que el sexo no es tan importante, aunque mi deseo por ti me queme en las entrañas.*

*Te robaré un beso y te demostraré que tu también puedes arder.*

# CAPÍTULO 8

## Un baile para el jefe

Soy consciente de que soy difícil de comprender. Por alguna razón que desconozco, cuando se trata de calificar las cualidades humanas la ambición, el individualismo y la vanidad no son consideradas virtudes. Se nos empuja a querernos, pero no demasiado; a pensar por nosotros mismos, aunque bajo unas directrices; a luchar por nuestros intereses, estando dispuestos a renunciar a ellos por otra persona.

A veces, creo que nos castigamos por nuestra propia humanidad.

No me malinterpretes, estoy muy contenta de lo que soy y lo que busco. A veces, me motivarán más mis miedos que mis empeños, pero no busco la perfección. Esto es lo que soy y no soy tan insensible ni tan fría. Puede que incluso solo sea apariencia y en algunas ocasiones el disfraz se me transparente tanto que sea fácil ver mi vulnerabilidad. Aunque hay personas tan ciegas que nunca percibirán nada.

Las bailarinas ambiciosas también lloran.

Me enjuago la lágrima que se descuelga desde mis pestañas mientras cierro una de las cartas enviadas a Ethan. Me ha afectado tan profundamente que esta vez me voy a asegurar personalmente de que le preste la atención que se merece. Una respuesta fría e impersonal sería un verdadero desacierto.

Me incorporo del sillón mullido de Ethan, que se ha convertido en mi preferido, para repantigarme y leer su correspondencia y trato de encontrarlo por la casa sin resultado. No me ha comentado que fuera a salir, así que busco por el exterior y al fin doy con él en la piscina.

Recuerdo que, en la secundaria, el entrenador Jackson trató de hacerle participar en una competición de natación, pero él, para disgusto de su padre, gran aficionado a los deportes, rehusó. Eligió la música.

Le observo dar brazadas y comerse el agua como si fuera un tiburón acechando a una presa. Me coloco en uno de los bordes con la esperanza de

que advierta mi presencia y se detenga. Aunque el espectáculo no merece una interrupción.

Estoy segura de que no lo hará cuando llega a mis pies y sus manos atrapan mis tobillos con fuerza y de improviso, haciéndome tambalear.

Llevo la carta en la mano y lo único en que pienso es en salvarla mientras trato de evitar que caiga a la piscina.

—¡Ethan! ¡Idiota! Quiero que leas esto y si se moja se estropeará.

—¿Qué es? —pregunta sin soltarme con el agua hasta la barbilla.

—Una carta de un fan.

—¿Otra mujer ansiosa por que vea sus pezones duros o mi nombre en su pubis?

—No, esto es serio. Es realmente impresionante. Deberías echarle un vistazo.

—Si es tan importante, deberías soltarla —me avisa con los ojos entrecerrados.

—No lo hagas, Ethan.

—Me has llamado idiota. Esta es mi venganza.

Dejo caer la hoja escrita sobre terreno seguro en el momento que él apoya un pie sobre la pared de la piscina para impulsarse hacia arriba y poder atraparme las piernas. Se deja caer hacia atrás mientras me arrastra con él al fondo del agua.

Me zafó de él con patadas y manotazos a diestro y siniestro, aunque no encuentro resistencia.

—¡Eres un inmaduro! Te estaba hablando de algo importante —me quejo cuando consigo sacar la cabeza y tomar aire.

Le salpico la cara con todo el torrente de agua que soy capaz de formar y él ladea la cabeza de medio lado para esquivarlo a duras penas.

Se introduce de nuevo hasta media cara sin dejar de observarme y comienza a avanzar peligrosamente a mí.

—¿A qué estás jugando?

No veo su sonrisa maliciosa, pero la noto por la forma en que se le fruncen los ojos.

Se sumerge con una rapidez e imperceptibilidad pasmosa y no soy capaz de

darme cuenta de sus intenciones hasta que soy arrastrada de nuevo al fondo del agua.

Me aferro a sus hombros mientras su brazo rodea mi cintura y le observo a través del agua en ese abrazo improvisado. Noto que me desplaza, pero no sé a dónde hasta que nos hace emerger y mi espalda rebota contra la pared húmeda de baldosas.

—Si quieres que la lea, tendrás que darme algo a cambio —suelta con el agua de nuevo a la barbilla.

Me doy cuenta de que él hace pie, aunque yo no pueda, así que sigo aferrada a sus hombros.

—¿Qué?! —pregunto incrédula.

—¿No es así como funciona? Tú quieres que haga algo que consideras importante y yo accedo si me concedes otra cosa.

—Es importante para ti no para mí.

—No lo parece. Yo diría que tú estás más interesada. Puedes decir que no, naturalmente —añade tras ver mi cara de estupefacción.

Antes, me había equivocado: Ethan no parece un tiburón, es un auténtico felino, tal vez una pantera oscura o un puma de enorme tamaño lánguido e impasible que se mueve con lentitud, pero precisión para cercar a su presa con intención de hipnotizarla con su mirada afilada e intimidante. La mayor parte del tiempo parece interesado en nada, pero cuando quiere algo, su intensidad es abrumante.

—Eso depende de lo que pretendas conseguir.

Sus labios se estiran en una sonrisa.

—El otro día dejamos algo a medias, Eve, y estoy muy cansado de tratar de ignorarlo.

—No sé de qué me hablas.

—Es muy decepcionante escucharte mentir descaradamente.

Me río con ironía.

—Estás frustrado ¿verdad? Pobre ídolo de masas que recibe constantes proposiciones sexuales, pero no consigue acostarse con la única que consigue que se le ponga tiesa.

—Sí, sí, lo que tú digas.

Pasa un instante. Cierra los ojos con fuerza, ocultando su insatisfacción. El agua mece nuestros cuerpos y nos empuja al uno contra el otro. Levanta sus pestañas increíblemente espesas y oscuras.

—La sola idea de sentir demasiado si nos besamos te aterra ¿verdad?

—No te tengo ningún miedo, Ethan McKenna.

Otra sonrisa ladeada asoma por la comisura de su boca como si sospechara que vuelvo a mentir.

«Sí, añade mentirosa compulsiva a mis más destacadas cualidades y prepara la hoguera».

—Demuéstralo. Jugemos con tus reglas.

Inspiro fuertemente y muerdo mi labio inferior. Sus ojos siguen mi movimiento atentamente. Lo cierto es que nuestras bocas están tan cerca que el esfuerzo para juntarlas es mínimo.

Le beso y la sorpresa le toma desprevenido. Mis labios atrapan los suyos mientras los mantiene quietos y bebo de ellos suavemente antes de deslizarme por ellos con la lengua.

Sé que no ha sido suficiente para ninguno incluso antes de ver la fiebre en sus ojos. Me aprieta contra las baldosas de la piscina con su cuerpo y me besa fuerte, con una desesperación largamente retenida. Algo explota en nosotros con frenesí, adrenalina y locura.

Siento que estoy a punto de atravesar algo peligroso. Una frontera que me arrastrara a bandazos hacia el interior de una zona llena de espinas y heridas abiertas que me tendrán desangrándome y harán que mi corazón lata dolorido.

Sus labios blandos y a la vez firmes apresan los míos sin descanso. Saboreo el interior de la carne húmeda y viva que se esconde tras los labios y noto la presión de sus dientes como si realmente tratara de engullirme.

Una de sus manos vuela hasta mi nuca y la otra me empuja desde mi espalda para soldarme a él. Mientras su lengua barre mi boca en busca de la mía parece natural que yo envuelva mis piernas alrededor de su cintura mientras sigo aferrada a sus hombros.

Aspiro su aliento como si fuera el último recurso de oxígeno y el agua empapa mi cara cuando sus manos sujetan mis mejillas. Su lengua es tajante e insaciable en mi paladar. Humedece mis dientes con una composición justa de

nuestras salivas y me empuja con sus caderas contra el borde la piscina, clavando en mis mojadas bragas su erección.

Me devora con el hambre de cien felinos famélicos, con la sed de la tierra árida bajo un sol abrasador y le devuelvo el empate, lasciva y codiciosa, acariciando sus hombros y la piel de su clavícula. Paso los dedos por la nuez de su garganta y toco el perfil afilado de su mandíbula.

Estoy tan caliente que no soy capaz de ponerle punto final. Aprieto mi sexo contra el suyo y le oigo gruñir dentro de mi boca. Es una sensación maravillosa que aviva cada parte de mi cuerpo. Busco de nuevo el movimiento coordinado de nuestras caderas y de su pelvis contra la mía, pero antes de darme cuenta se aparta y toma distancia entre nosotros.

Le veo alejarse con la boca abierta y la mayor de las frustraciones reflejada en mi cara. Algo que no estoy dispuesta a que vea. Me sujeto al borde la piscina y le doy la espalda mientras intento recuperar el ritmo normal de mi respiración.

Oigo el chapoteo del agua antes de verle fuera de la piscina con una toalla atada a la cintura, recogiendo la carta que he dejado sobre las baldosas.

«Pero ¿¡qué mierda!? ¿Acaso se ha sacado por ahí el título de besador quemabragas?»

Me deja temblando y encendida, con un regusto insatisfecho tan acuciante que tengo que apretar las piernas para controlarlo. Estoy segura de que todo está orquestado para pagarme con la misma moneda.

Nado despacio hasta las escaleras y comienzo a subirlas con toda la elegancia que soy capaz de reunir. —Espero parecerme un poco a una puñetera venus del Nilo—. Paso por delante con indiferencia. Oculto una sonrisa satisfecha cuando él no puede ignorar el vestido blanco mojado y ahora transparente que se pega a mi cuerpo, revelando que no llevo sujetador.

—¿Hay algo más que quieras que haga? —me pregunta con sarcasmo mientras sus ojos me recorren.

—No. ¿Hay algo que tú necesites? —respondo tras señalar imperceptiblemente la erección que no puede ocultar la toalla.

Gotas de agua caen de su pelo y salpican sus hombros, resbalando por su pecho como si fueran las ondulaciones de un desierto. Una sonrisa de derrota

se dibuja en sus labios cuando baja la mirada a su entrepierna.

—La verdad es que sí —reconoce con pesar fingido y comienza a acercarse.

—¡Buenos días! —interrumpe Henry, la voz del jefe de personal desde mi espalda.

Me vuelvo hacia él al mismo tiempo que una toalla cae sobre mis hombros cubriendo mi vestido empapado.

Henry se detiene delante de mí y me observa estupefacto.

—Se ahogaba. He tenido que tirarme para salvarle —explico escuetamente.

—¿Te ahogabas? —repite estupefacto, dirigiéndose a él.

—Me ha dado un calambre y no era capaz de nadar. Menos mal que estaba Eve. Es mi salvadora —secunda Ethan con seriedad.

Tengo que morderme los labios para contener una sonrisa.

—Ya... —conviene Henry poco convencido, pero sin intención de ahondar en el tema—. Vengo a hablar contigo del nuevo servicio. Me comentaste que una de las limpiadoras se quiere dar de baja ¿verdad? —añade dirigiéndose a mí—. He barajado varios candidatos, pero estaría bien que decidieras tú a quién contratar e hicieras las entrevistas ya que estoy seguro de que él no lo hará. Vamos al despacho y te los muestro—explica antes de volverse de nuevo a Ethan—. Perdona, pero ya sabes que me gusta despachar cuanto antes estos temas.

Sigo a Henry sin mirar atrás. Me deshago de las sandalias empapadas antes de entrar de nuevo a la casa y camino descalza por las baldosas de mármol. Me seco un poco las puntas del pelo con la toalla antes de atarla bajo mis brazos a la altura del pecho.

Henry entra resuelto al despacho que parece comunitario y despliega una carpeta con distintos currículos.

Los observo con curiosidad. Todas son mujeres de mediana edad con familia y algún hombre.

—Me he deshecho de las chicas jóvenes. No quiero problemas.

—¿Eso no es discriminación?

—Soy cauteloso. Probablemente paguen justos por pecadores, pero quiero

que trabajen, no que se dediquen a intentar seducir al jefe y acaben en su cama, con la idea errónea de que serán algo más que un entretenimiento pasajero, y llenas de rencor traten de vender basura sobre Ethan a la prensa amarilla. Lo he visto ya demasiadas veces. Incluso hubo una que se dedicaba a robarle los bóxeres y subastarlos por internet —me explica con ligereza. Me echa un vistazo curioso y se detiene en mi pelo mojado— Hice una excepción contigo porque la orden de contratarte venía de Ethan directamente, y la verdad es que estoy sorprendido de lo bien que has sabido manejarlo.

»Ha llegado hasta mis oídos que ya no bebe tanto e incluso ha comenzado a componer de nuevo. No sé si se debe a tu influencia, pero de cualquier forma no creo que tu presencia le sea perjudicial. Solo espero que seas más inteligente que las demás. Cualquier problema de índole privado que tenga ahora mejorará en algún momento y volverá a las andadas.

—Me lo adviertes como ¿supervisor, amigo que se preocupa por Ethan, buen compañero?

Hace una pausa mientras parece meditarlo.

—Un poco de todo.

—Pues no te preocupes. Nunca exigiré a Ethan nada más que una relación laboral y mucho menos me enamoraré de él.

Sus ojos se disparan a mi espalda donde estoy segura de que ha aparecido la figura de Ethan. Tiene el don de la ubicuidad.

—¿De qué demonios va esto?

Me giro y veo que lleva la carta en sus manos. Presumo que la ha leído, pero no parece que sea el tema que le hace fruncir el ceño.

—Ethan, soy tu abogado y velo por tus intereses.

—Me parece que tal vez te estás extralimitando, Henry.

—No quiero que vuelva a ocurrir lo que pasó con Samantha.

—Eve no es como esa arpía en absoluto.

Los miro a uno y a otro en espera de más información.

— Yo no he dicho eso. Solo trato de...

—¿Has acabado lo que venías hacer? —le interrumpe cortante.

—En un momento —responde a media voz el abogado como un cachorrillo apaleado—. Te dejo aquí la información. Los teléfonos se adjuntan en cada

ficha y todos tienen disponibilidad inmediata. Avísame cuando hayas hecho la elección para que pueda redactar el contrato —me explica, luego se vuelve hacia Ethan—. Tengo al detective Harrison tras la amenaza del paquete lleno de sangre. Quiere hablar con vosotros. Ambos. Colaborad con él en todo lo posible. Eso es todo —explica antes de cerrar su maletín con un movimiento ágil y abandonar el despacho con un escueto saludo.

Me vuelvo hacia Ethan sin poder ocultar mi disgusto.

—¿No has sido un poco duro con él? Solo hace su trabajo y, además, se preocupa por ti —le espeto.

—No soy un niño inmaduro o un estúpido que no puede tomar sus propias decisiones. ¡¡Hablamos de mi vida personal!! ¡Tengo derecho a un poco de intimidad! Mi conducta sexual está fuera de su radio de actuación. ¡¡No soporto este control!! No pasará mucho tiempo antes de que instale un puesto de acceso a mi dormitorio.

»Además —añade más calmado—, da por hecho que no tengo sentimientos o soy incapaz de enamorarme. Esa eres tú. Deberías decírselo.

Acepto el golpe verbal con una mueca y ataco para resarcirme.

—¿Tú, enamorado? ¿Y cuánto te dura? ¿Dos horas? Eso es tiempo suficiente para no aburrirte y pasar a otra. He visto el desfile de parejas que has tenido. Cada semana apareces con una nueva conquista.

—Eso no es más que propaganda y mentiras de la prensa. Vamos, Eve ¿con cuantas mujeres me has visto desde que trabajas aquí?

—Bueno, tienes un pequeño problema que te impide funcionar con normalidad.

—¿Crees que sería distinto de no ser así?

—Por supuesto. Tienes miles de proposiciones sexuales al día.

—¿Por quién me tomas? ¿Crees que acepto todo lo que se me ofrece como un descerebrado que solo piensa con la polla? ¿Qué vivo en un festival de carne sin principios ni consideración?

Me muerdo las mejillas por dentro reacia a contestar.

—¿Qué clase de cretino crees que soy?

—No me malinterpretes. Yo no te juzgaría por eso. No es asunto mío.

La ira relampaguea en sus pupilas y me preparo para el evidente cabreo

que toma forma en su semblante y acompaña con la tensión de su mandíbula y los músculos rígidos de su cuerpo.

—¿A eso estás acostumbrada, Eve? Dime, ¿con cuantos has estado tú desde que trabajas aquí?

—¿Qué? Tampoco eso es asunto tuyo.

—¡Oh sí! ¡Claro que lo es! ¡Responde a la puta pregunta! —Mi silencio es lo único que obtiene y eso no alcanza ni remotamente a satisfacer su curiosidad o aplacar su genio—. ¿Te has acostado con el sastre?

—¿Acaso tiene importancia?

—¡¡Sí!! ¡Claro que la tiene! Mientras continuemos ateniéndonos a nuestro acuerdo quiero exclusividad absoluta.

—¿Qué significa eso?

—Que el único con opción a conseguirte videos seré yo.

—¿Crees que el video de Alden lo conseguí meneándosela?

—¡No! ¡Joder! Ni siquiera me atrevería a insinuar algo así. Estaba allí cuando al verte, se le cayó la mandíbula a los pies ¿recuerdas?

Él resopla con disgusto y yo cojo aire con fastidio.

—No me he acostado con él ni con ningún otro.

Su expresión se relaja, aunque no se atenúa el fruncido de su ceño.

—¿Lo intentó? —Su voz trasluce una vulnerabilidad que me atraviesa como un rayo.

—¿Qué pasa? ¿Tienes celos?

—Pues claro que sí, joder. No quiero que te lo folles a él, quiero que folles conmigo.

—Tú y yo no...

—¿Crees que no lo sé? Estoy cansado de esto, Eve. No quiero una simple paja. No es suficiente. Quiero hundirme en una mujer, poder excitarla con mis caricias y hacerla jadear hasta que se olvide de su propio nombre. Necesito que arda de deseo por mí y sentir su orgasmo en mi boca.

Guardo silencio. Me debato entre el deseo de querer ser yo esa mujer y la necesidad de alejarme de él y sus palabras lo máximo posible, consciente de que conseguiría mucho más que hacerme olvidar de mi propio nombre. ¿Cómo es capaz de hacerme sentir dos emociones tan distintas a la vez? Anhele y

miedo, dicha y rechazo, inseguridad y fiabilidad... Mientras me debato con mis propios sentimientos, él toma mi falta de respuesta por un no. Maldice entre dientes antes de descargar un puñetazo contra el marco de puerta.

—¿Cuándo es el viaje a Las Vegas? —me pregunta irritado.

—Dentro de una semana —respondo casi con entusiasmo ante una pregunta de fácil solución.

—Llama a Faith Murray. Dile que acudiré a una de sus fiestas allí.

—¿Y la visita al hospital? —inquiero con la esperanza de que haya leído la carta que lleva en su mano.

—Nos desviaremos en el viaje de vuelta.

Le sonrío satisfecha, pese a saber que sigue enfadado y solo es capaz de dirigirme una mandíbula tensa y vibrante.

—Mañana tengo la prueba para el video de Darling, así que no estaré disponible durante unas horas.

—Adelante. Te la has ganado. —comenta con ironía.

Ignoro su pequeña puya y salgo de la habitación preguntándome quién demonios es Faith Murray.

Lo descubro al contactar con ella. Faith Murray se dedica a celebrar fiestas muy selectas y exclusivas. Parece reservada hasta que le explico que llamo de parte de Ethan, en ese momento el cariz de su voz y su actitud cambian totalmente.

—Para ese día tengo preparado algo muy distinto a lo habitual. Solo se admiten parejas. Tendrá que venir acompañado.

—Se lo comentaré.

—¡Oye! Tengo que cerrar ya la lista. La abro solo porque es Ethan y llevo tiempo tratando que se una, pero me avisa con muy pocos días de antelación y ahora tendré que sacar a dos personas. ¿Cuál es tu nombre?

—Eve —respondo.

—Eve ¿qué más?

—Eve Gilmore

—Pues ya está. Estás oficialmente invitada como la pareja de Ethan. ¿Algún problema?

—Supongo que no —contesto sin mucha convicción. De todas formas,

seguro que, a una fiesta tan exclusiva, acuden personas relevantes del espectáculo que puedan servirme de contactos.



Me encuentro a Ethan sentado en el sofá blanco e impoluto del salón frente a un televisor apagado. Me acerco a él con la bandeja de la cena que ha dejado preparada Lola y la deposito sobre la mesa.

Me vuelvo hacia él y le veo llevándose una botella de cerveza a los labios.

—He confirmado tu asistencia a la fiesta de Faith. El único problema es que exigen que acudan parejas y de alguna forma me he visto envuelta y también debo acudir.

Se atraganta con la cerveza y el líquido sale de su boca en un estallido que acompaña de tos e incredulidad.

—¿Vas a ir?

—¿Prefieres que llame a Mary?

—No, pero ¿estás segura?

—Si tú no tienes inconveniente.

Me clava la mirada con pereza y media sonrisa traviesa. Creo que esta no es su primera cerveza.

—Por mi bien.

Miro la pantalla oscura del televisor y la actitud desmadejada de Ethan con una pierna flexionada y el pie descalzo sobre el sofá.

—¿Qué haces?

—Absolutamente nada. Deberías probarlo.

—No me gusta perder el tiempo.

Cojo el mando a distancia y empiezo a pasar canales. Ethan echa un ojo a su bandeja de comida y frunce el ceño ante ella sin amago de tomar su contenido.

—¿Por qué no haces una de esas mezclas raras tuyas de nueces y lechuga?

—pregunta casi suplicante.

—Tengo una idea mejor.

Dejo un canal con un programa de talentos.

—Estás de broma.

—No.

Me levanto y recojo el bol de palomitas que había preparado para mí. Me siento junto Ethan y lo comparto. Coge un enorme puñado de ellas y las engulle de un bocado sin quitar los ojos de la pequeña pelirroja que canta una canción de Adele frente al jurado.

—Están destruyendo la próxima generación de músicos. Esa gente se pasa horas en una cola para cantar con todo su corazón y que esas personas, que solo fingen para ganar audiencia, les digan que no son lo suficiente buenos, basándose en estereotipos comerciales y modas.

»Así nadie se convierte en músico. La música crece en un garaje destartalado con una guitarra hecha trizas y tocada como el culo.

—Así que eres uno de esos —digo de forma neutra antes de llevarme una palomita a la boca. Enarca una ceja interrogativa—. Un esnob purista.

—No te veo corriendo a uno de esos circos para conseguir trabajo —murmura como si estuviera malhumorado.

Pese a su desinterés inicial, el programa despierta su curiosidad y no deja de hacer comentarios sobre los participantes, elogiando a algunos o negando la cabeza frente a otros.

—No lo conseguirá. Le tiembla demasiado la voz —comenta al cabo de un rato sobre un chico que canta su canción «Inalcanzable».

Me mira por el rabillo del ojo y vuelve hacerlo con sorpresa.

—¿¡Estás llorando!?! —salta con incredulidad.

Cojo un cojín para taparme la cara.

—Para nada.

Deja el bol del que se ha hecho dueño a un lado y trata de fisgar tras el telón que he improvisado.

—No puedo creerlo. ¿En serio él te ha hecho llorar con mi canción? Estoy absolutamente seguro de que yo nunca he conseguido esa proeza.

—Y aunque así fuera jamás te lo diría.

Me arranca el cojín de las manos de improviso y lo tira muy lejos de mi alcance.

—Confiesa.

—Nunca.

—Si eres sincera, te contaré cómo surgió esa canción.

Me muerdo el labio y sus ojos viajan a ellos de forma irremediable. Le pongo una mano en el pecho para alejarlo porque parece escudriñarme de manera demasiado intensa y cercana.

—Es una canción muy triste —comienzo.

—Es de desamor —añade con evidencia.

—Al contrario, creo que es de auténtico amor, pese a que no sea correspondido. La primera vez que la escuché, me partió el alma y sí, lloré. Me erizo todo el vello del cuerpo y me emocionó enormemente —confieso con sinceridad y al ver su seriedad añado—: Me diste mucha pena.

Retiene una carcajada incrédula justo en la entrada de su boca y la mantiene abierta con estupefacción mientras niega con la cabeza.

—No quiero tu pena, Eve. Al final, conseguí a la chica.

—Desembucha.

—¿Te acuerdas de Marion?

Niego con la cabeza, tratando de recordar.

—¿De verdad ibas al mismo instituto que yo? Iba dos cursos por debajo. Su padre era el dueño de una cadena de hoteles y ella era estirada y muy arrogante —niego con la cabeza—. Salía con Troy, el capitán de fútbol.

—Me acuerdo de Troy. Me arrinconó una vez en los vestuarios.

—¿Qué?

—Los del equipo tenían una especie de apuesta. El primero en conseguir sexo conmigo era el ganador.

—¿¡Cómo!? ¿¡Por qué no me lo dijiste!? —parece enfadado.

—¿Para qué?

—Les hubiera reventado la cara a todos ellos.

—Al parecer, estabas muy ocupado con Marion.

—Eso no es justo. De haberlo sabido...

Le interrumpo:

—He lidiado con muchas situaciones así. En ese momento, Troy recibió una patada en los huevos de la que no me arrepiento. Me despreciaban por ser yo misma y no tener ninguna intención de encajar, pero eso mismo me dibujaba una especie de diana en la espalda. Cuanto más fuerte parecía, más querían romperme y yo solo me alejaba todo lo posible.

—No sabía que era así para ti —reconoce con un halo de tristeza—. Quiero que sepas que yo nunca participé en nada de todo eso.

—Nosotros también éramos distantes. Me despreciabas. Te juntabas con tu grupito de inadaptados y os creíais mejores que la pobre bailarina y sus esfuerzos por ser alguien.

—Eso no es verdad. No éramos cercanos, pero eso fue porque nunca me dejaste aproximarme a ti. No te despreciaba, Eve, pero me irritaba que fueras tan distante y estirada.

—Yo te irritaba, pero a Marion le escribiste una canción por lo mismo. Dime al menos que se la quitaste al tonto de Troy en sus narices.

Se recuesta sobre el respaldo del sofá con la cabeza hacia atrás y observo el movimiento de su nuez.

—Sí, lo hice. Pero resultó que no había nada interesante en ella, todo era superficial y anodino.

Mis labios se estiran en una sonrisa.

—No seas desconsiderado. Esa canción te lanzó al estrellato. Le debes esta casa, al menos.

—A Marion, no a mi talento —dice con pasmo ladeando la cabeza para mirarme.

—El coche al menos.

—Se lo daré la próxima vez que la vea.

—No, espera, ese coche me gusta mucho. Dale otra cosa.

—Tengo más coches.

—Tengo más coches —le imito, fingiendo vozarrón y estar muy pagada de mi misma.

—No te sienta nada bien la envidia, Eve. Haz más palomitas y trata de que se te baje el color verde.

Entrecierro los ojos para mirarle de manera suspicaz, pero hago lo que me

pide. Al fin y al cabo, me paga muy bien por ello. Provoco su risa y no me disgusta escucharla mientras cojo el bol y vuelvo a la cocina para hacer las boronas en una sartén con un poco de aceite.

Seguimos viendo el programa mientras picoteamos. Nos emocionamos con algunos y despotricamos contra el jurado y les tiramos palomitas que estampan en la pantalla con suerte cuando no estamos de acuerdo. En algún momento, ambos nos quedamos dormidos o puede que solo sea yo porque entreabro los ojos cuando él me coge en brazos y me lleva a mi habitación para dejarme sobre la cama.

*¿Cuándo aprendí a mentir? ¿Y por qué? Puede que siempre lo haya hecho. Mentía sobre cómo me sentía de niño, ocultaba cualquier emoción de adolescente y de adulto continúo refugiándome en las mentiras para disfrazarme de esa persona que nunca quise ser.*

*Me engañaba a mí mismo creyendo que de esa forma esquivaba la soledad cuando en realidad me envolvía más que nunca.*

*Ahora me doy cuenta de qué forma, color y olor era la agonía que me perseguía. Ella siempre tuvo el poder de hacerme sentir menos solo, aunque me vuelva vulnerable. Mucho más de lo que me siento sobre un escenario lleno de público.*

*Cuando me invadía la angustia, ella era mi vía de escape. Escribía sobre el terciopelo de su piel, el sabor de unos besos que nunca había probado y la intensidad de una mirada que me volvía loco y lo que creaba llenaba ese vacío que me atormentaba sin saber que ella ocultaba su propio desierto.*

*¿Por qué me dueles en las entrañas?*

# CAPÍTULO 9

## Las Vegas, sexo y nuevos tratos

Soy terriblemente consciente del tiempo. Tengo muy claro que es exiguo y necesito aprovecharlo al máximo, eso no me arranca la sensación de que me pierdo una parte indispensable de la vida mientras elijo dedicarla enteramente a mi carrera. Parece que siempre debemos renunciar a algo, que el tiempo no nos llega para todo. El trabajo, la pasión, el amor, la familia, uno mismo, el ocio, la salud... Si alguien tiene el truco para poder combinarlo todo con acierto que me lo diga, por favor. O a lo mejor es que soy demasiado ambiciosa y no me conformo con un poco de todo y necesito grandes dosis. «¡Conformarse!» ¡Cómo odio esa palabra! No quiero acomodarme, resignarme y aceptar que no puedo ser lo que ansío.

«Quiero vivir la vida que deseo» me digo una y otra vez mientras me destrozo el cuerpo bailando para la prueba. Ese será mi mantra mientras me queden fuerzas para perseguir mi sueño.

Y mientras esas palabras bailan ante mis ojos, yo lo hago con todo mi empeño y mi habilidad para sorprender a esas personas que determinarán si aún debo luchar o rendirme. ¿Rendirme? No, jamás nadie conseguirá que lo haga, aunque me convierta en la loca en mallas que hace piruetas en un rincón del metro para ganarse unas monedas.

—¿Cómo ha ido? —me pregunta Ethan nada más atravesar las puertas. Está sentado en las escaleras del amplio recibidor como si estuviera esperando mi vuelta.

No voy a negar que su interés me resulta gratificante y sorprendente.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. La cadera se me resiente todavía. Mi técnica ha empeorado, pero la danza libre es menos exigente, así que puedo esperar cualquier resultado.

—¿Servirá poder ver tu interpretación para valorarla? —menciona mientras me enseña la pantalla de su móvil con la grabación de mi

interpretación.

Me lanzo sobre el escalón y cojo asiento por debajo de él antes de arrebatarse el móvil.

—¿Cómo lo has conseguido? —le pregunto mientras devoro el video.

Enarca una ceja por toda respuesta y lo acepto. ¿Hay algo que él no pueda conseguir?

—Yo diría que está impecable. Me gusta más que el que circula por *Instagram*.

—¿Acaso lo has visto?

—¿Hay alguien que no lo haya hecho? Ese vídeo está por todas partes. Seguro que también lo tienen en cuenta. Tienes cierta notoriedad como la bailarina del traje.

—Gracias por esto, Ethan. —le devuelvo su teléfono impresionada por esta faceta de él que no esperaba—. Y gracias también por incluir esa visita al hospital en el viaje a las Vegas.

—No lo hago por ti, Eve.

—Lo sé, pero siento gratitud..., aunque me supusiera un gran esfuerzo hacer que leyeras esa carta —comento con un tono de humor.

Eso provoca media sonrisa en su boca y alza las cejas con picardía.

—Eve, hiciste que aumentara la temperatura de la piscina con tu calentura. Eso parecía una sauna.

—¿En serio? Porque me pareció que se te encogía y creía que era del frío.

Su risa resuena en mi pecho.

—¿A qué demonios estás acostumbrada?

—Vamos, Ethan, ¿es que nunca has visto un bailarín en mallas?

—No trates de engañarme. Todo el mundo sabe que se meten calcetines.

Ahora, soy la que me río sin contención.

—No te pongas celoso. No tienes nada que envidiar.

Pone cara de fingida y exagerada sorpresa, abriendo los ojos y pestañeando rápidamente.

—Creo que es la primera vez que te oigo decir un cumplido y es sobre mi amigo. No sé qué decir. Esto solo puede compararse al momento de recibir un Grammy. Estoy conmocionado.

—Hablo de proporciones, no de habilidad.

—Es inevitable cuando no me dejas hacerte una demostración de mis destrezas —dice borrando el tono de broma y bajando la voz una octava.

—Déjame ver el vídeo otra vez. Necesito asegurarme de algo —le pido recordando que no estoy segura de haber hecho perfecta «la temible» desde la sexta posición.

Se lleva las manos al pelo y tira de él con desesperación fingida.

—¡Ni siquiera me prestas atención! ¿Cuántas declaraciones has ignorado mientras tú solo te concentrabas en tu técnica? ¿Es que solo amas bailar?

Lo miro como si me hablara en otro idioma completamente indescifrable.

—¿Y tú?

—Yo no amo más la música que a las personas, Eve. Con el tiempo espero encontrar a alguien que me haga vibrar mucho más que una buena melodía; esa persona a la que adorar y que me saque de mis casillas a partes iguales; con la que poder compartir mis pensamientos sin restricciones y sin temor a que me tome por loco; una persona que me conozca casi tanto como yo mismo; con mis defectos y virtudes y aún así me quiera por lo que soy; que me cuente las nuevas arrugas con una sonrisa; con la que compartir bromas y mandar las preocupaciones a la mierda; esa con la que no sentiría que pierdo libertad, sino que sumo muchas otras cosas que merecen la pena. Algo como lo que se traduce en cada palabra de esa carta que quisiste que leyera. Y no me niegues que tú también has sentido que es posible porque de otra forma, no hubieras insistido en que yo lo hiciera.

Trago el nudo que se acaba de formar en mi garganta y lo percibo cayendo por mi esófago como un puño vacío que al abrirse solo está lleno de hambre y sed. Cae en mi estómago como una losa pesada y ardiente que me causa molestia y me retuerce con inquietud.

Sus dedos viajan hasta la piel sensible de mi oreja, acarician su curva hasta el lóbulo, se deslizan hasta la línea de mi mandíbula e inclina la coronilla de mi cabeza hacia él. Su cara y la mía quedan enfrentadas en el mundo del revés.

—Ahí tienes unas bonitas letras para una canción —consigo decir con tono ligero.

Una sonrisa, que no llega a sus ojos, aflora en sus labios.

—Lo mejor será que las escriba antes de que se me olviden.

—Lo que no habla muy bien sobre la profundidad de tus sentimientos.

Ahora sí que se ríe y gracias a mi posición tengo una vista espectacular de su dentadura inmaculadamente blanca y uniforme.

Ambos nos levantamos al mismo tiempo y escogemos caminos distintos. Como siempre.



La esperada llamada llega cuando estamos a punto de subir al avión que nos llevará a Las Vegas. Cuando me confirman que he sido seleccionada entre más de 18.000 aspirantes, grito con todas mis fuerzas, liberando toda la tensión, la angustia y la incertidumbre, sin tener en cuenta que puedo dejar sorda a la persona que aún tengo al teléfono.

Todos se vuelven hacia mí con desconcierto y aprovecho para lanzarme literalmente al cuello de Ethan y rodear su cintura con mis piernas. Es capaz de sostenerme pese a la sorpresa y le miro a los ojos febril y entusiasmada.

—¡¡Sí!! ¡Estoy dentro! ¡Me han cogido! ¡Lo he logrado! ¡No estoy acabada!

Una sonrisa se dibuja en sus labios y de alguna forma descubro que confirmar que se alegra tanto como yo, es mucho más significativo para mí de lo que debería.

Me estrecha más fuerte y me susurra al oído:

—Enhorabuena. Te lo has ganado.

En ese momento me doy cuenta de que, tal vez, he sido demasiado efusiva y me deslizo de su cuerpo. Para compensar, aún radiante y con ganas de celebración, me abrazo a Justin. Él me eleva en toda su estatura como si yo fuera una pluma.

—¡Eres muy grande! —exclama—. Estaba seguro de que lo conseguirías.

—Eso solo es el comienzo, Eve. Aún te queda mucho camino. Procura destacar y llamar la atención del director o solo serás una más —comenta el

representante, Bartholomew, rompiendo un poco mi burbuja.

—Déjala, hombre, eres un aguafiestas —le reprocha Ethan.

Le observo mientras camina por delante con su expresión impertérrita, sus pasos seguros, su barbilla alzada y mis ojos recorren su espalda ancha, su trasero perfecto y los muslos que incluso a través del pantalón se adivinan firmes. Y me caliento pensando si en realidad sería tan mala idea dejarme llevar, aunque solo fuera una vez. Algo ha cambiado entre nosotros en los últimos días. Algo que, aunque no se puede tocar, oler o saborear, está ahí empujando por hacerse sitio. Es pronto para ponerle nombre, pero me sorprende pensando en Ethan como algo más. Me hace sentir menos sola y para una persona como yo, no muy dada a conservar amigos, implica mucho.

Debe ser que la dicha me vuelve irresponsable, pero todas las razones que me mantienen alejada de él empiezan a desdibujarse. ¿Cuáles eran? Por un lado, están las objeciones de Henry. ¿Puede ser que tenga miedo a enamorarme de Ethan? ¡No! Eso no puede ser. El sexo no implica amor, esa es la versión romántica que siempre nos han vendido a las mujeres. Como si no fuéramos capaces de disfrutar de un buen polvo sin implicarnos sentimentalmente.

¿Entonces? Es mi jefe, nuestros padres son prácticamente familia y socios en una inmobiliaria, nunca nos hemos llevado especialmente bien, él tiene un humor cambiante y es complicado, no quiero que nada me distraiga de mis metas, no me gusta ser un simple títere.

Vuelve la cabeza y me mira como si hubiera percibido que estoy pensando en él y me sonrío de forma leve y de medio lado. Lo inesperado de ese gesto, incluso la complicidad que implica me toma por sorpresa y mi corazón da un latido de más.

Aparto los ojos y miro las escalerillas del avión que debemos subir. Me centro en cosas tangibles y empujo las emociones. Es mucho mejor enfocarlas únicamente en el baile.



El concierto se celebra en *el MGM Grand Garden Arena*. Una enorme instalación con capacidad para más de 16.000 asistentes. La arena se encuentra dentro del *MGM Grand Las Vegas*, un hotel-casino con una estructura impresionante y un enorme león dorado que nos recibe a sus puertas con un lustroso porte. Está localizado en *Las Vegas Strip*, una de las avenidas más famosas, filmadas y visitadas de los EEUU junto a *Hollywood Boulevard en Los Ángeles* y la *Quinta Avenida de Nueva York*. He visitado las tres en menos de dos meses. Un claro inciso de como ha cambiado mi vida desde que trabajo para Ethan.

Por si no lo tuviera claro, un Rolls Royce nos recibe en el aeropuerto para llevarnos a la entrada del hotel por una puerta exclusiva al *Skyloft* en el que se alojará Ethan. Una suite de más de 150 metros cuadrados y unas espectaculares vistas de 270 grados que abarcan la calle principal de Vegas y el aeropuerto.

Me quedo con la boca abierta mientras repaso la estancia, pero la cierro cuando advierto la mirada curiosa del mayordomo sobre mí. Esto es muy nuevo para mí y demasiado excesivo. Sé que Ethan no paga por esa habitación porque el hotel se la ofrece, pero estoy segura de que su precio por noche alcanza los 10.000 dólares y me parece un despilfarro descomunal. Mi pequeño coche vale eso y he derramado sudor y lágrimas por poder pagarlo.

Mi habitación comunica con la suya por una puerta interior. Más pequeña y sin tanto lujo, me sigue pareciendo terriblemente extravagante. Por si fuera poco, comunica con la suya por la enorme terraza y el jacuzzi exterior.

—Eve —me llama desde la puerta común antes de que termine de acomodarme—. Necesito que los técnicos de sonido estén en la arena durante el ensayo.

—Ya están allí montando el equipo —le respondo. Me gusta que mi anticipación le sorprenda y no pueda ocultarlo.

—De acuerdo. Entonces iré hacia allí. —Titubea en la puerta antes—. ¿Seguro que quieres ir a esa fiesta? No estaba realmente interesado desde el principio.

Asiento con la cabeza y un encogimiento de hombros.

—No me importa ir. Es una forma como cualquier otra de hacer contactos.  
Frunce el ceño.

—Sí, estoy seguro de que tendrás mucho contacto —añade y no estoy segura de a qué se refiere—. Han dejado una caja en mi habitación a nombre de los dos. ¿Quieres echarle un vistazo?

—¿A nombre de los dos? —repito extrañada.

—Sí, para la fiesta. Ábrela —explica apartándose para dejarme paso.

Señala con la cabeza la enorme caja de color rojo que descansa sobre una mesa de madera oscura.

Le miro con curiosidad. Se está esforzando por mantener una actitud impertérrita y eso me despierta un buen caudal de sospechas.

Me acerco a la caja y desato el untuoso lazo que la sujeta. Saco la tapa y meto el brazo para sacar lo primero que encuentro. Es un escueto tanga de encaje negro y pedrería que parece valer más que todo mi arsenal de lencería junto.

Lo sujeto entre mis dedos y se lo muestro en alto a Ethan.

—¿Esto es para ti?

Hace una mueca con la boca.

—Sinceramente, no creo que me siente bien. No es de mi estilo.

Entrecierro los ojos para echarle una mirada suspicaz que despierta un brillo travieso en los suyos.

Continúo con la inspección y saco un *bóxer* negro elástico y de tela transparente que debe dejar muy poco a la imaginación.

—¿Mejor esto?

Solo produce un sonido muy parecido a un lamento que me hace reír.

Impaciente vuelco la caja y desparramo por la mesa, una mascara negra masculina y otra de encaje. Un vestido escueto de seda roja que se desliza entre mis dedos como agua y unos pantalones chinos negros sin cremallera ni botones que presumo son para Ethan. Por si fuera poco, también han dispuesto la caja con dos gabardinas que presumo servirán para camuflar el escueto vestuario.

Saco la nota en papel encofrado en último lugar.

*¡Bienvenidos al exclusivo club, Sevens Sins!*

*La fiesta a la que vas a asistir es privada y exclusiva. Solo unos pocos son los elegidos a participar en esta celebración lujosa y libertina llena de desinhibiciones. La condición «sine qua non» es que se debe acudir en pareja y; además, usar el vestuario dispuesto. Una vez dentro se asignará a cada uno el rol correspondiente. Se os revelará el lugar y la hora mediante un mensaje.*

*¡Os esperamos!*

—¿Libertina y llena de desinhibiciones? —repito alzando las cejas, muy segura de que no es el tipo de festejo que esperaba.

—¿Es que Faith no te dijo en qué consistía?

—¡No! ¡Y tú tampoco!

Tiene el valor de reírse en mi cara.

—¿De qué trata? ¿Un intercambio de parejas o qué?

—Supongo que puedes llamarlo orgía.

—¿Orgía?

—Evidentemente, la participación es libre.

—¿Has estado en muchas? —pregunto con asombro.

—No, como tal, aunque sí a alguna que otra fiesta desenfrenada. ¿Y tú?

—Alguna que otra desenfrenada también —reconozco—. A algunos tipos les gusta organizarlas con las bailarinas de una compañía. Resulta más elegante, al parecer, decir que te lo has montado con una de ellas que con una prostituta.

—Entonces ¿tú...?

—No. Nunca he participado activamente —reconozco—. ¿Crees que esto te ayudará en algo?

—No lo sé, Eve. Cuando te pedí que contactaras con Faith estaba enfadado y frustrado.

Me muerdo los labios por dentro.

—Pues ve. Seguro que ahí encuentras lo que tanto anhelas.

—¿Ve?

—No estoy tan necesitada como tú.

Se acerca peligrosamente a mí con una mirada depredadora.

—¿Seguro que no? Te he oído, Eve, tu humedad ha empapado mis dedos, has movido las caderas con urgencia contra mi erección en esa piscina. La diferencia es que tú tienes alternativas, no me necesitas únicamente a mí.

No me falta sarcasmo en la voz cuando replico:

—Has dejado muy claro que la única alternativa que tengo es la de mi vibrador, pero está bien. Si necesitas una maldita orgía para recuperar tu vida sexual, iremos.

Me clava la mirada.

—Te he dicho que estaba frustrado cuando pensé en ello. Realmente, no creo que sea una buena idea.

—Has dicho que no es obligatorio participar. Echaremos un vistazo y podrás comprobar si lo que ves te anima o no.

—Tienes curiosidad ¿verdad?

—Un poco —confieso sin bochorno.

Se lleva las manos a la cintura en un gesto que conozco perfectamente y utiliza para reflexionar.

—Tendremos que esquivar a Justin. Está muy encima últimamente —Asiento con la cabeza, aunque la conducta del guardaespaldas me parece enormemente razonable dadas las circunstancias—. No quiero que participes activamente. No con otros al menos. Hablaba muy en serio cuando te pedí exclusividad absoluta. Me da igual que pegues saltitos delante de otros benefactores para conseguir notoriedad, pero mientras exista este «acuerdo» entre nosotros, follemos o no, no habrá terceras personas para ninguno de los dos. Solo echaremos un vistazo. Entrarás conmigo y saldremos juntos.

—¿Saltitos? —repito con una mueca y le saco el dedo medio en un gesto muy locuaz.

Atrapa el dedo entre los suyos y tira de él para tirar de mí hacia él.

—¿De acuerdo? —insiste.

—De acuerdo —susurro con condescendencia, pero creo que, por ahí, en alguna parte, había una nota de alivio.

Entiendo que él necesite ponerse a prueba, pero soy muy consciente, por mucho que quiera arrancarme esa idea y lanzarla lejos, que no me entusiasma

presenciar ninguna clase de acción entre Ethan y otra —u otras personas—. No es asunto mío realmente, pero la incomodidad de ese hecho me cosquillea en el pecho.

—Entonces —titubea, mientras su mirada se desvía a nuestras manos y a cómo nuestros dedos se enlazan uno a uno y nuestras palmas se unen como si fuera algo cotidiano y sencillo de hacer—, iremos esta noche después del concierto.

Asiento con la cabeza sin moverme del sitio. En parte, porque me retiene él y, en parte, porque las expectativas sobre lo ocurrirá esta noche, me hacen reaccionar con lentitud.

—Coge tu ropa —me apremia con una sonrisa.

Me doy cuenta de que últimamente sonrío con más facilidad y ese gesto está sustituyendo a sus constantes fruncimientos de ceño.

—Vamos. Me necesitan para las pruebas de sonido y ensayar el blocking<sup>[2]</sup>.



El promotor resulta ser un tocapelotas con mucha predisposición a cabrear a Ethan. Descubro mientras le observo, que, pese a su aparente desidia, es muy metódico en el escenario. Esa fijación porque todo esté perfecto rivaliza con la precisión de un láser.

Lanza una mirada asesina, como si alguien acabara de prender fuego a sus pantalones, a los técnicos de sonido cuando un ruido blanco entorpece las comprobaciones con el micrófono.

—No funciona. Hay que sustituirlo —concluye tras varios intentos que le disgustan.

—Imposible. Al micrófono no le ocurre nada y no lo cambiaremos mientras no esté roto —objeta con su arrogante predisposición el promotor.

Es como si tratara de no sentirse sobrepasado por la estrella de rock, lo que me hace entender lo pequeño que se siente frente a Ethan. «Puede que

todos lo hagan» pienso mientras miro las caras de devoción, deslumbramiento o fascinación de alrededor.

Ethan se mueve rápido y tira el micrófono al suelo con fuerza y enojo.

—Ahora sí está roto —concluye y se aleja hasta la mesa de catering para echar mano de una botella de agua que abre y vacía de un trago.

Mi mirada se cruza con la de Bartholomew. Está muy lejos de estar contrariado por la actitud de Ethan. Muy al contrario, y como yo, parece completamente satisfecho de la novedosa elección de bebida.

Durante el concierto, soy los ojos y las manos de Ethan. Me ocupo de cambiar su guitarra, de que se hidrate, de secar su sudor con una toalla, me indica qué debo decir a su equipo de sonido, que foco le molesta, coloco un taburete sobre el escenario que utilizará en las canciones más lentas, le retiro un mechón de pelo rebelde de su frente... He aprendido a leer en sus ojos cuando necesita que haga algo por él o está descontento por alguna otra razón. Es exigente hasta la extenuación consigo mismo, mucho más de lo que es con los demás.

Entiendo que es esa actitud, tan distante como llena de intensidad, la que consigue atraer al público. Soy muy consciente de que estoy hipnotizada —sino idiotizada— por su presencia en el escenario.

¿Cómo no me había dado cuenta hasta ahora de que es un ídolo de masas? Entre los espectadores hay personas que lloran emocionadas solo por tenerlo a unos metros, otras gritan hasta quedarse sin voz tratando de llamar su atención, corean sus canciones como si fueran el himno nacional y en el centro de todo eso está él, tranquilo a la vez que eléctrico mientras su voz toca miles de corazones y sus dedos desgarran almas.

De repente, me parece que es él el inalcanzable.

Me cuesta relacionar a ese Ethan con el chico que conozco o con el hombre para el que trabajo. Es deslumbrante y no era capaz de verlo. He tenido sobre mis ojos la venda más gruesa, tupida y apretada que existe.

Cuando termina una canción acústica mueve el taburete para girarlo hacia mí y su mirada se cruza con la mía. Estoy segura de que ve la emoción, sin comprender la fascinación y el aturdimiento.

¿Puede una canción alimentar el cuerpo más que el propio alimento?

¿Puede una voz traspasar la razón y la lógica, volviéndose una adicción que se necesita consumir una y otra vez? El deseo irrumpe como un torrente de energía que no soy capaz de canalizar. No parece un antojo pasajero o un pequeño capricho. La certeza de que me ha seducido y excitado completamente me golpea el estómago como un puñetazo traicionero e inesperado.

Sus ojos vuelven a mí. Tiene delante a miles de personas mirándole con devoción, pero él me busca a mí. No sé cómo me hace sentir eso. Desbordada quizás, así que cierro los ojos y dejo que su música sea mi único estímulo sensorial.

Al finalizar el concierto, toda la multitud que se reúne en el backstage parece querer algo de él: un contrato para un nuevo espectáculo, fotos, autógrafos, entrevistas, incluso un guitarrista de fama efímera le ruega borracho que le deje tocar con él.

Justin se encarga tras una señal de Ethan entretanto este avanza con determinación a su camerino, tratando de alejarse. Me arrastra con él con una mano en mi brazo sin tiempo para realmente asimilar lo que supone toda esa locura.

Hasta que no cierra la puerta, no soy capaz de respirar. Poco me importa que lo haya hecho prácticamente en las narices de su agente. De alguna forma, parece que las fieras están fuera de la jaula y solo dentro de ella estamos a salvo. ¿Es así cómo se siente él constantemente?

Se apoya en el marco de la puerta desmadejadamente y su mano se desliza desde mi brazo a mi hombro y tras mi nuca donde sus dedos juegan con mi pelo. Es extraño, pero siento puro placer solo por ese pequeño gesto.

Apoya la frente sobre mi hombro como si necesitara consuelo. Me concentro en la tibieza de su cuello junto a mi mejilla, en el olor de su pelo bajo mi nariz cuando ladeo la cabeza hacia la suya.

—Dame solo unos minutos. Necesito recordarme quién soy. No quiero perderme en lo que ellos creen que debo ser.

Le estrecho entre mis brazos y mi cuerpo se pega al suyo mientras le doy el tiempo que precisa y el afecto que busca.



El vestido rojo sangre se desliza sobre mi piel como una segunda capa fría y vaporosa que toma decisiones independientemente de mis intenciones.

El escote delantero y trasero son tan profundos que me llegan hasta la cintura y los escasos trozos de tela restantes se deslizan continuamente de mis hombros. Aunque la falda me llega por encima de las rodillas, sus aperturas laterales llegan hasta las caderas como si fuera el maldito vestido de esclava de la princesa Leia.

Complemento el vestuario con unas sandalias de tacón de vértigo y termino de ponerme la gabardina antes de abrir la puerta que comunica con la habitación de Ethan. Su figura casi se viene sobre mí como si hubiera estado apoyado sobre ella sin saber qué hacer.

También lleva su gabardina puesta y su móvil de última generación en la mano.

—Tengo la hora y el lugar y llegamos tarde.

No es de extrañar dado lo difícil que ha sido escabullirse del lugar del concierto sin ser interceptados. Incluso los músicos que Ethan lleva siempre consigo le reclamaban para una pequeña fiesta post concierto. Solo quedaban los roadies<sup>[3]</sup> que recogen el equipo cuando finalmente hemos salido del camerino.

Los ojos de Ethan persiguen mi atuendo, tratando de descubrir lo que esconde.

Levanta las cejas con los labios en una fina línea que delata su curiosidad.

—Vamos —le apremio—. Si esto te ayuda, me pagarás lo mismo que a tu terapeuta.

—Tanta insistencia en mi curación me hace sospechar que solo quieres librarte de mí.

Esbozo media sonrisa que oculta el sinsabor que estas palabras dejan en mi boca:

—Si esto funciona, serás tú el que deje de necesitarme.

Comienzo por andar dejándole atrás, pero me retiene por el brazo.

—No, si tú no quieres —me dice cuando me vuelvo de nuevo hacia él.

—Creía que no estabas conforme con mis términos —digo con más fuerza de la que siento mientras aguanto heroicamente un escrutinio profundo de sus ojos.

—Y así es.

—¿Quieres pactar nuevas condiciones ahora?

—¿Por qué no?

Cierro los ojos como una cobarde porque soy incapaz de mantener los suyos y finjo reflexionar sobre ello cuando en realidad soy incapaz de pensar en algo coherente.

—¿Qué más quieres, Ethan?

—Tocarte sin limitaciones.

Muerdo mis labios perdida en esa petición, segura que a este ritmo y con la tensión sexual acumulada entre nosotros, seré yo quien le suplique que lo haga.

—De acuerdo —respondo y en sus ojos relampaguea un brillo triunfal que dilata sus pupilas.

—¿Hay algo que quieras a cambio?

—Ya lo pensaré.

Nos recoge una limusina. Con la transferencia de dinero tan desorbitada que he realizado para poder acudir, no me extraña que se prodiguen con este tipo de servicios de lujo.

El viaje resulta largo y tenso. Ethan mira por la ventana sin abrir la boca y yo hago lo mismo mientras las numerosas luces y colores de la ciudad atrapan mi atención. A medida que la iluminación se vuelve más discreta, avanzamos más deprisa y llegamos a una zona residencial de grandes mansiones estratégicamente ocultas tras enormes verjas e inmensos jardines de altos setos.

Nos detenemos delante de una de ellas y las puertas de hierro se abren para dejarnos paso. El coche recorre un buen trecho de espesa vegetación antes de detenerse frente a una enorme casa con aspecto de castillo medieval.

Ethan saca su antifaz de satén de un bolsillo de su chaqueta y hace restallar

la goma antes de colocárselo. Me mira a través de ella con intensidad. Ninguna máscara puede velar su impaciencia, aunque ahora tenga más pinta de superhéroe justiciero.

Le imito y me coloco el mío, abrochándolo en la nuca mientras él sale del vehículo tras anunciar al conductor que él mismo se encarga de las puertas.

—No te separes de mí —me avisa después de abrir la mía y extenderme una mano para ayudarme a salir.

Bajo una pierna antes de sujetarme a él y la gabardina se abre captando su atención. Tensa la mandíbula y me mira sin decir palabra cuando me estiro frente a él.

—Aún estás a tiempo de negarte.

—¿Por qué pareces más asustado que yo? No creo que todos los actos sexuales que se salgan de lo normal sean indecorosamente inmorales. Ya es hora de reconocer que practicar solo la postura del misionero acaba resultando aburrido.

—Tomo nota —conviene con aire seductor, mucho más acentuado por su máscara y su expresión indescifrable a través de ella.

Subimos una escalinata de curvadas escaleras hasta la puerta abierta de la que surge una alfombra roja y una buena cantidad de luz. Allí nos encontramos con una cabina para depositar nuestras gabardinas. Un hombre medio desnudo y con muestras visibles de visitar asiduamente el gimnasio busca nuestros nombres falsos en una lista antes de tender su mano para que le tienda mi abrigo.

Lo deslizo por los hombros y le echo un vistazo a Ethan mientras hace lo propio. Está desnudo de cintura para arriba y sus pantalones desabrochados caen holgados sobre los huesos marcados de sus caderas. A través de la apertura se entrevé la prenda transparente que lleva debajo y mis ojos se sienten irremediabilmente atraídos hacia allí una y otra vez.

—Escoged un color cada uno y leed el papel con el rol que se os adjudica —explica el tipo con voz profunda y seria.

Me hace un gesto con la cabeza para que elija primero. Miro los dos recipientes de cristal. Uno de ellos con sobrecitos rojos y el otro con negros. Me decido por el rojo sin estar muy segura de nada y saco el papel que lo

contiene.

Aspiro con nerviosismo, pese a lo muy mundana que aparento ser y pese a haber visto y vivido mucho más que la mayoría, no puedo evitar que una inmensa carga de adrenalina recorra mis venas aumentando vertiginosamente el pulso bajo mi piel.

Ethan levanta su hoja hacia mí para que pueda leer la palabra «AMO» escrita en ella. Dibujo una sonrisa de derrota cuando le muestro la mía y le enseño su contenido: «ESCLAVO SEXUAL»

Su expresión cambia tras el antifaz y se vuelve depredadora o eso me parece a mí mientras el aire parece abandonarme.

Leo el párrafo posterior bajo su atenta mirada:

*«Al esclavo sexual no se le permite tomar la iniciativa y debe obedecer y ser complaciente con cualquier orden de su amo. Los intercambios entre esclavos están permitidos y también pueden compartirse siempre que sea decisión del amo.*

*La participación es obligatoria y debe ser equilibrada en la pareja. De cualquier otra forma, se desvirtuaría la filosofía liberal. Esto no es un burdel; es un juego perpetrado para el disfrute de todos sus participantes».*

Dejo mi tarjeta sobre el mostrador despacio y evito mirar a Ethan «mi amo». Me rio sin poder evitarlo. De todas las ideas alocadas que se me han podido ocurrir, esta era la última. No seré buena esclava. No soy una persona pasiva ni en la cama ni en ninguna otra situación, mucho menos sumisa y dócil.

—Tranquila —me susurra Ethan con suavidad junto a mi oído, deslizando un dedo por mi espalda descubierta que me produce un escalofrío—. No haremos nada demasiado violento o humillante ¿de acuerdo? Solo jugaremos un poco.

—¿A qué? —pregunto nerviosa mientras estiro el cuello para echar un vistazo a las bandejas expuestas que él está observando.

—No creo haber dicho que puedes hablar, esclava —me suelta con una sonrisa sardónica disfrutando mucho de su papel.

Voy a replicar cuando él coge un objeto fácil de reconocer, pese al envoltorio de plástico.

—¿Qué tal algo como esto? —Al menos, me lo pregunta.

Parece un vibrador con forma de bolas chinas recubiertas de suave látex.

—¿Me estás pidiendo que me ponga eso? —le pregunto más divertida.

Niega con la cabeza, resuelto.

—No te lo pido, te lo ordeno —responde demasiado intenso y desafiante para ser ignorado.

Algo en mi nuca comienza a hormiguar mientras acepto el desafío y sin quitarle la vista de encima lo cojo de sus manos. Comienzo por abrirlo, sacándolo de su envoltorio, pero los dedos de Ethan se cuelan por el plástico y cogen una de las piezas: el mando a distancia que controla su vibración.

—Esto me lo quedo yo —advierde mientras se lo mete en el bolsillo de su pantalón, revelando algo de lo que oculta, pero no puede disimular.

Bueno, no lo culpo. Estoy segura de que la expectativa también humedece mi ropa interior.

—Supongo que habrá algún lugar donde poder ponérmelo.

—Dentro encontrarás lubricante —me avisa el tipo del vestuario, haciéndome dar un respingo. Me había olvidado de él.

Es Ethan el que abre la única puerta que no da a la salida y el espectáculo que nos recibe, revela que la fiesta hace tiempo que ha empezado sin nosotros.

Lo primero con lo que nos cruzamos es con un hombre completamente desnudo sobre una tarima. Entre sus muslos una mujer le hace una felación lenta y profunda.

Es evidente que se reservan muy bien el derecho de admisión porque parezco rodeada de cuerpos esculturales, trabajados y atractivos.

Sobre un escenario un cuarteto se prodiga íntimas caricias mientras una mujer barre con su lengua la entrepierna de otra bajo la atenta mirada del que presumo que es su amo.

Mientras mis ojos persiguen los movimientos de mi alrededor me parece que Ethan y yo estamos ridículamente cubiertos aunque en realidad apenas nos resguarden nuestras sugerentes piezas de ropa.

Percibo el movimiento de Ethan mientras rebusca sobre una bandeja llena de juguetes, condones y botes de líquidos de todos los sabores y texturas.

—Póntelo, Eve —insiste implacable, desviando mi atención de la actividad hedonista que se despliega a nuestro alrededor a la vez que me

extiende uno de los lubricantes.

«Como si me hiciera falta».

—Iré a un cuarto de baño —respondo mirando en derredor en busca de uno.

—No voy a dejar que vayas sola a ningún lado. —Me sujeta del antebrazo para arrastrarme con él a un rincón oscuro y discreto, pero con vistas a todo el interior del local.

Supongo que todos los rincones tienen ese hándicap.

—Aquí —me indica cuando llegamos a una mesa en forma de u con un único asiento de terciopelo rojo al pie de su base—. Voy a buscar algo de beber —señala con una mirada hacia la barra.

Le observo alejarse, disfrutando de las ondulaciones de su espalda. Camina tan erguido y seguro de sí mismo que es inevitable que las miradas se vuelvan hacia él con codicia, pero por ahora es solo mío.

Me siento sobre el borde de la mesa con las piernas abiertas y paso del lubricante. Retiro con una mano el tanga hacia un lado y subo una rodilla para colocar en la boca de mi vagina el aparato. Lo introduzco lentamente con pequeños empuños que cada vez son más profundos y disfruto de la forma en que choca con mis paredes y parece llenarme.

No es la primera vez que utilizo este tipo de instrumentos para reforzar el suelo pélvico y fortalecer el músculo, pero solo durante unos minutos al día y sin vibrador y mucho menos porque un amo cachondo me obligue a ello.

Pensar en Ethan hace que las bolas ardan dentro de mi cuerpo y envíen miles de pequeños y estimulantes sacudidas a todas las terminaciones de mi cuerpo.

Me concentro en esa sensación aun a sabiendas que supone infligirme una tortura. Debería dejar la mente en blanco, pensar en ello solo supone una estimulación que ahora mismo no soy capaz de aliviar.

Cierro los ojos y apoyo las manos atrás para sujetar la parte superior de mi cuerpo mientras sigo concentrando mi atención en esa pieza de látex que Ethan me ha obligado a ponerme como si en realidad él mismo me lo hubiera introducido.

La vibración comienza de improviso y palpita en todo mi cuerpo como si

fuera una descarga eléctrica. Abro los ojos y me encuentro con Ethan frente a mis piernas flexionadas. Le observo dar un trago del líquido ambarino de su vaso que presumo será bourbon antes de dejarlo sobre un saliente.

—No has necesitado el lubricante —advierte con voz ronca.

Su mano se cuele entre mis rodillas y las separa con suavidad.

—Abre las piernas, Eve —me ordena con su voz de mando y yo como soy su esclava obedezco— ¿Notas la vibración? —pregunta curioso.

Asiento con la cabeza y echo la cabeza hacia atrás cuando sus dedos largos y elegantes se deslizan por encima de la tela escasa y mojada de mi tanga como si él también quisiera sentir el movimiento. Jadeo y la vibración desaparece junto a sus dedos.

—¿Sabes qué estoy pensando, Eve?

Niego con la cabeza.

—Pienso en todas esas veces que me has tenido a tu merced, jugando conmigo y dándome solo aquello que tú considerabas oportuno, todas esas veces que te has paseado delante de mis narices en unos diminutos shorts o plantándome tu ropa interior en la cara cada vez que bailabas sin darte cuenta del efecto que eso tenía en mí, en todas las ocasiones que te sentía arder y nos negabas lo que ambos queríamos y me obligabas a suplicar o negarme a mí mismo un alivio que solo tú eres capaz de proporcionarme. Me pregunto si tú también te mereces que te lleve al límite sin facilitarte el consuelo de un orgasmo. ¿Serías capaz de suplicármelo?

Junto las piernas y bajo los pies de la mesa para escudriñarle.

—No —respondo desafiante.

—Eres una esclava horrible, Eve. Se complaciente y di «sí, amo» —comenta con tono de burla, pero hay algo peligroso y determinante en su mirada que me tiene bailando en una cuerda floja—. Tendré que castigarte.

—¿Qué? No te atreverás.

—Lo decía en mi tarjeta. Tengo potestad para hacerlo cuando no eres obediente.

—No voy a dejar que me azotes ni ninguna mierda de esas, Ethan. Te lo advierto —le digo con determinación.

—Nunca te pondría la mano encima, Eve. Solo debes decir que pare

cuando te sientas incomoda ¿de acuerdo? Es un juego.

Su tono calmado me tranquiliza solo un poco porque mi corazón sigue latiendo desbocado.

Asiento con la cabeza.

—Date la vuelta.

Le miro a los ojos. La lascivia que se adivina en ellos me deshace. Sin duda está disfrutando de su papel, pero yo también. No puedo negarlo. Y confío en él más que en nadie. Ahora lo comprendo. No sé cuando o por qué se lo ha ganado, pero es así. Y no solo eso, su voz, sus manos, sus expresiones, sus movimientos, incluso su respiración me excita tanto que necesito que haga lo que malditamente tiene pensado.

Me giro despacio apoyando mi pecho sobre la mesa. La vibración vuelve despertando esa sensación entre mis piernas que en realidad no se había extinguido y seguía latente en espera de que sus dedos volvieran a dibujar esa estela emocional con su contacto.

Presiono la entrepierna contra la mesa, tratando de amortiguar la palpitación que pulsa en mi clítoris, pero presionarlo solo consigue aumentar las sensaciones del vibrador. Vuelvo a gemir y el movimiento se detiene como si esa fuera la señal de que me acerco el borde que Ethan no quiere que alcance.

Siento cómo sus manos suben lentamente el escaso trozo de tela que cubre mis posaderas dejándolas al descubierto. Se toma su tiempo antes de que vuelva a sentir su contacto sobre mis nalgas. Las acaricia despacio y sus dedos se cuelan entre ellas, alcanzando el hilo del tanga, estirándolo y siguiendo su recorrido a través de mi piel.

Su delicadeza y lentitud me ahogan. Necesito más, mucho más. Muevo las caderas buscando que su mano alcance el lugar que palpita y suplica por sus caricias, pero no consigo mis propósitos. Sus dedos retiran el tanga de mi entrepierna, dejando mi sexo descubierto y expuesto para él.

—Eve —susurra lenta y agonizantemente sin duda consciente de mi excitación a través de mi humedad.

Sus dedos juegan con la cuerda del vibrador que sobresale de mi vagina y los moja para hacer un recorrido lento y agónico por los labios hinchados y

alrededor del clítoris, evitando tocarlo. Se desliza por los pliegues hacia arriba y rozan mi culo de nuevo, alejándose del objetivo que nunca ha alcanzado.

—Ethan —suplico, pero él está demasiado concentrado en la fascinación que le produce acariciarme llevándome al límite sin la oportunidad de alcanzar el éxtasis.

Ladeo la cabeza y apoyo la mejilla sobre el tablero para poder observarle. Me encuentro con que no estamos solos y un tipo desnudo nos contempla mientras una mujer a su espalda alarga sus brazos alrededor de su cintura para estimularle mientras le acaricia su pene rotundamente erecto.

Resulta extraño, demasiado íntimo estar postrada con el sexo expuesto delante de extraños que comparten el tortuoso placer que me proporciona Ethan.

—Ethan —repito con suplica—Por favor.

—¿Por favor qué? ¿Qué quieres exactamente, Eve? —No respondo—. Solo tienes que decírmelo.

Activa el vibrador y tira de la cuerda para sacármelo de forma lenta y agónica. Mi cuerpo se tensa y gimo cuando vuelve a introducirlo con fuerza. Tira de él de nuevo hacia fuera y lo impulsa hasta dentro. Me folla con él y creo que voy a perderme a mí misma en cuanto entre en esa espiral a la que me está arrastrando como en una caída en picado que no puede detenerse.

Ambos oímos el gemido del tipo que nos mira cuando se corre.

—¡Mierda! —masculla Ethan—. No quiero espectadores. No soy tan liberal como pensaba. Date la vuelta, Eve.

Hago lo que me pide demasiado caliente para pensar con claridad. Me baja el vestido y me entra el pánico, creyendo que ahí acaba todo.

—Busquemos una habitación privada.

Me coge con firmeza de la mano y tira de mí hacia unas escaleras. No encontramos cuerpos desnudos en ellas. Los gemidos llenan mis oídos mientras una mujer es penetrada con fuerza por detrás a la vez que recibe en su boca la polla de un tercero. Pasamos de largo por varios habitáculos ocupados y al final encontramos uno vacío al que prácticamente corremos antes de cerrar la puerta con pestillo tras nosotros.

No pierdo el tiempo y me lanzo a él con las piernas alrededor de su cintura y las manos alrededor de su cara para acercar su boca a la mía.

Me sujeta por las posaderas, pero no me deja llegar a sus labios.

—Eve, no puedes tomar la iniciativa. Eres la peor esclava sexual de la historia —comenta con sorna antes de tirarme de espaldas sobre una cama redonda con sábanas negras de seda.

Me veo a través del espejo del techo. Acalorada, brillante, despatarrada y prácticamente desnuda.

Uno de los tirantes del vestido se ha deslizado de su sitio, revelando uno de mis pechos.

—Aún no te he tocado lo suficiente. Llevas meses negándome tu cuerpo y pienso cobrarme esa deuda, pero por hoy ya nos hemos torturado los dos suficiente.

Lo veo acecharme a través del espejo. Su espalda cubre mi cuerpo y mis manos vuelan hasta sus omoplatos, colando los dedos por las formas que se ondulan bajo sus movimientos. Deslizo mis manos por su pelo cuando su boca al fin baja hasta la mía calmando la sed que parece dominarme y solo su lengua es capaz de aplacar. Nuestros dientes chocan por la fuerza con la que se unen nuestros labios, pero ninguno nos quejamos solo gemimos como quién ha encontrado oxígeno tras un largo tiempo sin aire.

Nos devoramos. Sus dientes muerden mis labios, su lengua secuestra la mía y la mueve a su antojo mientras atrapa mi pezón descubierto entre su dedo índice y el pulgar. Lo aprieta lo justo para sensibilizarlo. Gritaría por más si tuviera voz. Mucho más. Siento el peso y la firmeza de su protuberancia entre mis piernas presionando con toques cada vez más feroces. Me retuerzo bajo su cuerpo y levanto las caderas en busca de más.

Su boca deja la mía y me mira hambriento mientras desliza su erección a lo largo de mi desconsolada entrepierna.

—Tendrás que recordarme donde están los límites porque ahora mismo no estoy nada seguro.

—Sin límites —declaro rotundamente.

Me levanto obligándole a sentarse sobre sus talones mientras echo mano de una bandeja rebosante de condones para coger uno al azar. Mis dedos aviesos

se cuelan por su pantalón y sacan el premio gordo.

Me alza por el trasero y coloco las manos sobre sus hombros para sujetarme antes de rodearle con mis piernas y dejarme caer sobre su erección. Entra en mí de forma implacable, ninguno de los dos estamos para delicadezas. Mi gemido casi parece un sollozo cuando me cubre entera de forma dolorosa, pero placentera al mismo tiempo.

—¡Al fin! ¡Joder! —exclama él entre dientes mientras parece contenerse para no moverse.

Nos miramos embelesados, sudorosos y terriblemente excitados. Le doy tiempo para que asimile la sensación. Es jodidamente placentero sentirlo dentro. Muevo las caderas involuntariamente cuando sus manos suben por mi espalda y bajan de nuevo con suavidad.

—No podré ser delicado —me avisa con esfuerzo.

—No quiero que seas delicado. Fóllame duro, Ethan.

Mi espalda cae con brusquedad sobre el colchón y en apenas unos segundos mi pierna acaba sobre el hombro de Ethan mientras él me embiste sin prudencia, impulsándose con una rodilla flexionada sobre la seda para poder entrar con más rudeza.

La punta de su miembro choca contra el final con fuerza y me retuerzo de placer frente a él sin dejar de mirarle.

Extiende una mano hacia mí y me retira el antifaz antes de tirarlo hacia un lado. Yo hago lo propio con él. También quiero ver su cara y su expresión mientras se corre dentro de mí. Los jadeos se convierten en gemidos, los gemidos en sollozos y los gritos de satisfacción resuenan en la habitación como si no fueran míos y pertenecieran a alguna loca salida y calenturienta que no sabe refrenarse. Jamás un orgasmo me había hecho vibrar de esa manera.

Su miembro se tensa aún más en mi vagina y se contrae con fuerza antes de oír el gruñido de Ethan junto a mi oreja.

Fijo la vista en el cristal del techo. Ni siquiera nos hemos quitado la ropa. Debemos ser los únicos en esta maldita casa que no están completamente desnudos. Aún así, tengo que reconocer que lo del espejo encima de la cama tiene una utilidad muy sugerente.

Aún tengo grabada la imagen de las caderas de Ethan empujando contra mi

cuerpo e incluso con los pantalones puestos, su actitud vehemente y la potencia implícita vuelve a despertar emociones entre mis piernas.

—No pienses —dice tajante escondiendo su cara en mi cuello y restregando sus labios por mi piel.

—Te tomas tu papel de amo demasiado en serio.

—Te lo digo como... ¿amigo? Solo es sexo, Eve. No implica nada más. Dentro de unos meses, tú te convertirás en esa bailarina que tanto deseas y pondrás tierra de por medio entre nosotros. No saldremos heridos porque ninguno exigiremos más.

—Bueno, tal vez algún contacto o referencia que otra, en este mundillo.

Le noto sonreír porque sus dientes se arrastran por mi hombro.

—Ni eso necesitarás de mí dentro de poco.

Asiento con la cabeza. Es bueno que me lo recuerde. No debo descentrarme ni perder la perspectiva de lo que realmente quiero.

—En realidad, no pensaba en eso —comento de forma neutra—. Estoy fascinada con el espejo de arriba. No tenía ni idea de lo útil que es.

Ladea la cabeza y aprovecho la cercanía para observar sus labios. Hay algo en ellos que me tientan demasiado desde que sonrío más.

Alza las cejas sorprendido cuando descubre nuestro reflejo sobre nosotros.

—Así que estabas concentrada en mi culo mientras yo me preocupaba por tu reacción.

—Es una buena forma de resumirlo —digo mientras me carcajeo sin poder evitarlo.

Inmediatamente se gira y me arrastra con él para cambiar de posición y colocarme sobre él. Le observo mirar hacia arriba.

—Sí que resulta interesante —conviene—y ahora que los límites entre nosotros han quedado disueltos... —Comienza a levantar la tela que cubre mis posaderas para descubrirlas— creo que ordenaré que pongan uno en mi habitación —sus manos comienzan a amasar mis nalgas sin quitar ojo a la imagen de arriba— y en la tuya —sus dedos se cuelan por la hendidura y bajan hasta mi sexo deslizándolos entre los labios— puede que llene los techos de espejos.

Mi pecho se agita por las carcajadas. Me incorporo y me siento sobre su

renovada erección. En algún momento se ha desecho del condón sin que me percatara, así que me deslizo sobre él piel con piel. Sus ojos bajan a los míos.

—Desnúdate —ordena.

—Tú primero —convengo, retirándome un poco para tirar de sus pantalones y la ropa interior.

Mis ojos vuelven a dispararse al techo mientras él apoya la espalda contra el tapiz erótico de la pared. Es como ver una película porno en pantalla grande protagonizada por mí.

Me subo de nuevo sobre él y él flexiona las rodillas reteniéndome contra él mientras deslizo el vestido por mi cabeza.

—Es como ver... —comienza mientras observa nuestra desnudez en nuestro reflejo.

—Lo sé —le interrumpo lanzándome a sus labios sin poder contenerme más.

Vuelvo a restregarme contra él con un jadeo y sus manos vuelan a mis caderas para apretarme con más fuerza contra él.

—Eve, ¿tomas anticonceptivos?

—No, no los tomo.

—¡Mierda! ¿Cómo se te ocurre?

—Hace un tiempo que no tengo relaciones sexuales y suelen ser solo esporádicas. Uso condón para protegerme.

—¿Hace un tiempo? ¿Cuánto? —pregunta interesado mientras detiene mi movimiento con sus manos en mis caderas.

—¿Qué? —pregunto desesperada porque renueve el movimiento. Intento hacer memoria. Recordar quién fue le último, pero estoy concentrada en otros pormenores.

—Vale. Olvídalo. No quiero que estés pensando en otro mientras estás conmigo —advierde volviendo a aumentar la fricción entre nuestros cuerpos.

Su pene frota mi clítoris y entremezcla nuestros fluidos mientras pinta a lo largo de mi sexo.

Alza mis caderas y coloca la punta del miembro en la entrada de mi vagina sin presionar, pero en algún momento su cadera o la mía hace fuerza y se cuela despacio hacia dentro, llenándome entera. Es increíble la forma en que soy

capaz de sentirlo dentro.

Nos quedamos quietos, expectantes, conscientes de la locura que supone. En realidad, sé sobre su salud más que él mismo y sé que no tengo que preocuparme por contagiarme de ninguna enfermedad de transmisión sexual, pero no entra en mis planes arriesgarme a un embarazo.

—La sacaré enseguida —promete mientras sus dedos haciéndome oscilar sobre él prometen lo contrario.

—Solo un poco —convengo cabalgándole con suavidad, pero profundamente.

—Vale —responde con un gruñido mientras mantenemos este ritmo pausado y atormentado.

La fricción de mi sexo contra su pelvis resulta demasiado excitante y a medida que siento como comienza a forzarse un nuevo y formidable orgasmo aumento el movimiento sobre él.

—Voy a correrme, Eve. Tengo que sacarla.

—Mierda, mierda. Estoy apunto.

—Sí y yo.

—Piensa en pitufos.

—¿Pitufos? —repite incrédulo conteniendo el aliento.

—Pitufos, arañas o queso podrido, pero no te corras dentro. —La estimulación del clítoris junto con sus acometidas amenazan con volverme loca. Grito adolorida y salvaje, y el cosquilleo explota en una sensación tan intensa que recorre todo mi cuerpo aumentando la presión de la sangre y erizándome hasta el vello de la nuca como si me cargara de electricidad estática. Justo en ese momento las manos de Ethan levantan mi trasero para salir de mi cuerpo y eyacular fuera.

Miro fascinada el trayecto del líquido seminal desde la punta de su miembro hasta su vientre.

—¿Ha salido todo? —pregunto horrorizada por la imprudencia que acabo de cometer.

Asiente con la cabeza antes de dejarla caer hacia atrás.

El sexo con Ethan me hace perder la capacidad de razonar y eso es lo más peligroso a lo que me he enfrentado jamás.

—Tienes que empezar a tomar anticonceptivos —dice a través de mi pelo.

—Lo haré —respondo tras una pausa y siento la sonrisa complacida que se forma en sus labios.

Sé lo que eso significa. Es mi renuncia a seguir resistiéndome. La promesa de nuevos encuentros sexuales de esta naturaleza. Acabo de rendirme.

«¿En qué demonios estoy pensando?»

*Ella era el maldito antídoto y ahora que se abre un mundo de posibilidades para mí, solo la deseo a ella. Pero ¿cuándo no ha sido así?*

*La suma de expectativas suele llevar a la decepción. Los sueños que se cumplen se rompen en pequeñas y afiladas realidades. Lo sé muy bien. Lo he vivido en incontables ocasiones. Nunca la autenticidad había barrido cualquier ilusión macerada en ideales abstractos y desafortunados.*

*Su curiosidad y mi interés al fin soldados y fundidos como si hubiésemos sido creados para eso.*

*«¿Tienes miedo? Yo también, pero no dejaré que nos hostigue». (Bis)*

*Chorus:*

*Mientras ella se arma, me desarma y me lleva al límite.*

# CAPÍTULO 10

## Besos robados

Ninguna soledad es tan profunda y dolorosa que no nos permita vivir o alcanzar la felicidad. Con esta afirmación no insinúo que vaya a acabar con una barba hasta los pies, una túnica marrón y andrajosa y consiga un cayado para lanzarme al monte. No hace falta ser un ermitaño para entender la soledad como una alternativa. No hay nada de malo en no querer conectar emocionalmente con otra persona. Somos animales sociales, sí, necesitamos sentirnos queridos, valorados e incluso experimentar la certeza de que pertenecemos a un grupo, pero ni siquiera en la letra pequeña se adjunta que necesitemos una relación de pareja romántica para completarnos y sentirnos realizados.

El sexo es solo sexo. Si no hay sentimientos de por medio ¿qué importancia tiene la exclusividad? Lo mire como lo mire la fidelidad implica emociones, trazas de territorialidad, compromiso y ataduras, y todo eso es incongruente con una relación liberal.

Estoy dispuesta a aceptar el trato puesto que no tengo ningún interés en mantener relaciones sexuales con otro hombre, de alguna forma él copa toda mi atención en ese aspecto. Mucho menos tengo aspiraciones románticas ni intenciones de conseguir pareja, pero siempre será mi elección, y para Ethan será exactamente lo mismo.

¿Soy la única que le encuentra sentido?

Ese tipo de imposición solo nos hará más daño cuando nos separemos y sí, joder, no quiero implicarme tanto que luego duela demasiado. Para él puede que resulte más fácil, pero yo no tengo ganas de arriesgarme.

«¿Que es mejor haber amado y perdido  
que nunca haber amado en absoluto<sup>[4]</sup>?»

Yo lo he hecho. Amé el ballet clásico y perderlo supuso un desgarró emocional y un compendio de amargura y desconsuelo muy difícil de superar.

Es cierto que no me arrepiento. Es por eso por lo que continúo luchando por mi verdadera pasión, por lo que realmente amo y me hace sentir libre, segura y respetada: el baile.

El vuelo de Las Vegas a Los Ángeles es de una hora que se alarga porque damos un rodeo y nos desviamos al aeropuerto de Phoenix donde nos permiten aterrizar previo pago de las tasas correspondientes.

Como me prometió, nos acercamos al Centro para Pacientes con Cáncer de la clínica Mayo. Antes de presentarnos sin avisar en una de sus habitaciones, llamo a Gregory, el marido de Maddy, la paciente con un tumor cerebral. Me tiembla el labio cuando bajo el teléfono de la oreja y miro a Ethan.

—Ha entrado en fase terminal. Ni siquiera está consciente.

No puedo ver su expresión porque se ha colocado unas gafas de sol y una visera verde militar para camuflarse. Su rostro es demasiado conocido y no quería que nada interfiriera en su visita.

—Aún así iremos —declara y encabeza el camino por los pasillos seguido de cerca por un Justin cabizbajo.

El cuerpo esquelético y pálido que nos encontramos engullido por la cobertura de la cama no hace justicia a la foto de Maddy que tengo en mi poder. Apenas es una niña. Acaba de cumplir los dieciocho y Gregory acompaña con su carta la foto de su boda, dos meses antes.

Una decisión agónica y desesperada de quien sabía que su matrimonio no duraría mucho. Un tumor inoperable no acepta promesas de futuro.

En su carta, Gregory reconoce que Ethan no le cae excepcionalmente bien porque compite con él por el cariño de Maddy. La describe como su mayor y más entregada fan.

Cuenta pequeñas historias en las que él quita las fotos de Ethan de la habitación de ella para poner las suyas, pero vuelven a aparecer. También le borra las canciones de su iPod y las sustituye por baladas emocionales y dulces que nunca alcanzarán su corazón de igual forma que las de Ethan. Y pese a todo, le agradece que Maddy descansa de su dolor cuando se coloca los auriculares con su música porque consiguen mucho más de lo que él puede hacer por ella.

Eso le puso en guardia. No quería perder frente a su rival por muy guapo

que fuera y se propuso cumplir uno a uno los deseos de su mujer, empezando por llenar su habitación de rosas moradas, llevarla a esquiar aunque solo fuera a través de una consola de juegos, comprarle el vestido de novia más ridículo y ostentoso de la historia, conseguirle una peluca azul, el libro dedicado de su autora favorita y, finalmente, conocer a Ethan. Ese deseo y no llorar cuando se vaya será lo único que no podrá cumplir y me doy cuenta de que esa contingencia afecta a Ethan de una manera que ni él mismo esperaba. Los dos nos sentimos presas de la decepción, la ira y la tristeza cuando observamos la figura inerte de Maddy.

La imagen de la mano de Ethan consoladora sobre el hombro de un Gregory, alicaído y apesadumbrado, sobre una silla junto a la cama de la persona que más ama provoca que una lágrima se deslice por mi mejilla y tenga que sorber por la nariz.

Él es el primero en salir y yo me quedo contemplando ese inerte mundo de imposibilidades con un nudo en el estómago. He llegado a creer que Gregory y Maddy me pertenecían después de leer su historia, y ahora debo dejarlos ir con el final más triste y desolador posible.

Fuera de la habitación, intercambio palabras vacías y carentes de consuelo con sus padres en nombre de Ethan. A él lo encuentro desplomado sobre una silla en una sala de espera con los codos en las rodillas y las manos cubriendo su cara.

—Me siento como el culo —reconoce sin cambiar la postura.

—Lo imagino.

Ladea la cabeza para echarme un vistazo sin expresión.

—¿Aquí no es donde tú dices que no es culpa mía, bruja de medio corazón?

—Oye, yo misma me estoy debatiendo si no podría haber leído antes esa carta o haberte forzado para adelantar el viaje —admito desmoralizada.

—No podías saberlo.

—Ni tú.

Extiende un brazo y me coge de súbito la mano para tirarme sobre su regazo. Me sienta de lado sobre su muslo con las piernas entre las suyas y rodea mi cintura con el mismo brazo. Subo mis manos a sus hombros, a su

cuello y tal vez a sus mejillas mientras mis labios se deslizan por su sien y acepto este delicado y necesario abrazo para los dos.

Noto cómo sus dedos se extienden por mi espalda abarcándola prácticamente entera y me presiona contra él más fuerte y más cerrado.

Me prodigo en caricias. No me niego el placer que supone deslizar mis dedos por su cabello, tras las orejas, por su mandíbula o la nuez irreverente de su cuello. Es increíble.

—¿Hasta qué punto te reprochas ahora mismo el que todo haya parecido inútil? —le pregunto de improviso.

—Eres única reconfortando y animando, Eve —responde incrédulo.

—¡Ven! —le insto levantándome y tirando de él.

Unimos nuestras manos como si fuera lo más lógico y habitual del mundo. Le guio por los pasillos y las escaleras del hospital.

Justin, que hasta ese momento se había mantenido discretamente alejado, nos sigue sin mediar palabra.

En todos los departamentos de pediatría hay una sala común donde los niños pueden encontrar juegos y entretenimiento durante los largos y extenuantes ingresos. Pregunto por ella en el mostrador y las enfermeras, que reconocen a Ethan, exclaman encantadas y agitadas. Algunas de ellas nos acompañan hasta el salón. La animadora abre muchos los ojos cuando nos ve entrar, bueno, cuando lo ve a él.

—Chicos, ¿sabéis que tenemos con nosotros a una gran estrella de la música? ¿Conocéis a Ethan McKenna?

—¡Yo sí! ¡Yo sí! —dicen algunos.

—Mi hermano tiene un poster con su foto en la habitación —dice el más mayor de ellos—. Yo también quiero aprender a tocar la guitarra algún día.

—Pues yo prefiero la batería —dice una niña.

—¿Y tú cómo te llamas? —le pregunta Ethan, flexionando las rodillas para ponerse a su altura.

De repente le entra un ataque de timidez y se oculta tras las faldas de la que debe ser su madre porque le anima a responder con un leve tirón de hombros.

—Eve, vamos, dile cómo te llamas.

—¡Oh! ¿Te llamas Eve? Es un nombre muy interesante —comenta

echándome un vistazo. Conozco a una bailarina que se llama así. ¿Sabes que es capaz de tocarse la nariz con la punta del pie?

—Eso es muy fácil. Yo también puedo. Mira —le responde más convencida e inmediatamente se sienta en el suelo con las piernas en mariposa y se sujeta el pie para acercárselo a la nariz.

Aplaudo con entusiasmo con los niños y ella sonríe satisfecha y un poco colorada por tanta atención.

—¿Es tu novia? —pregunta otro de los chicos y eso despierta risas entre los adultos aglomerados.

—Ese es un tema del que aún me duele hablar. Es un secreto, pero me rechazó cruelmente y me rompió el corazón.

—¿Está loca o qué? —interviene una enfermera con remango y me rio entre dientes. «¡Menudo cuento les está soltando! Como ahora les diga que soy yo se me van a echar encima».

—Las chicas son muy pesadas —afirma el más mayor.

—Ya me contarás dentro de unos años si continúas pensando igual.

—¿Eres muy rico?

—¿Con cuantos años aprendiste a tocar la guitarra?

—¿Has hecho películas?

—¿Tienes un Ferrari?

Sonrío sin poder evitarlo mientras Ethan va contestando todas las preguntas con paciencia infinita y una enternecedora sensibilidad que tiene a todas las mujeres de la sala, suspirando arreboladas.

—Me gusta el color de tu pelo —me susurra una niña, tirando de mi mano.

Tiene unos extraordinarios ojos azules, pero ni un solo pelo en todo el cuerpo.

—El color de mi pelo no es natural, pero el color de tus ojos sí y ese sí que es impresionante.

—¿No es tuyo? ¿Llevas una peluca? —pregunta asombrada.

—No, está teñido —respondo y veo que mi respuesta pinta una expresión de desilusión en su cara—. Pero cuando tenía tu edad, tenía una peluca de color rosa con un largo flequillo y una melena hasta los hombros que adoraba.

Me mira con recelo.

—¿Rosa?

—Es totalmente cierto que se la ponía para todo. Verás a Eve nunca le ha importado lo que los demás pensarán sobre ella. Siempre hace lo que quiere —interviene Ethan.

—¿Eve? —pregunta uno de ellos en clara representación de los demás—. ¿Ella es la chica que te rompió el corazón?

—Eh, no. Fue otra —contesto rápidamente esquivando miradas.

—Esta Eve es como una hermana para mí. Crecimos juntos.

—Tampoco te pases —siseo.

—¡No quieres decírnoslo para que no te chafemos la exclusiva! —exclama un niño con cara de ratón que hasta ahora había estado callado.

Su intervención es acogida con diversión.

—¿Queréis que nos cante algo? ¿Podrías? Creo que hay una guitarra por ahí —comienza a organizar la animadora, buscando con la mirada el instrumento.

A estas alturas la habitación está llena y un montón de curiosos figonean desde la puerta. Alguien alcanza una guitarra acústica a Ethan y este la coge examinándola con ojo experto. Se sienta sobre una silla y mientras los demás esperamos con expectación, comprueba las cuerdas y ajusta algunas de ellas con las clavijas.

Las notas se deslizan por sus dedos densas y seguras. El movimiento de sus manos, las pulseras de cuero de sus muñecas, los músculos en tensión de su antebrazo, todo resulta hipnótico y cautivador, pero nada prepara a su improvisado público para su sugerente voz. Canta una canción muy suave y de delicada melodía que nos transporta a lugares más cálidos, llenos de tentaciones que nos seducen nada más llegar y nos cuesta abandonar.

Sé tan seguro como que el agua moja y el viento seca que nunca en mi vida he visto nada más atractivo e impresionante que él arrancando notas a una guitarra y acompañándola con su voz.

Cuando termina, le suplican que les dedique otra y él dibuja media sonrisa y vuelve a rasgar las cuerdas de la guitarra bajo mi atenta mirada... De repente me doy cuenta de algo y todo el aire sale de mis pulmones. Me quedo petrificada.

«¡Mieerdaaaaaaaaa! ¿En qué lío me he metido?».



Llegamos a su mansión de Malibú con una mezcla caótica y desbordante de emociones. Nos quedamos hasta el último suspiro de Maddy y acompañamos a su familia todo lo que pudimos. Su desconsuelo aún está clavado bajo nuestra piel.

La visita a los niños fue como un bálsamo. Su admiración por Ethan y su entusiasmo le encumbraron a la categoría de dios de la música. Todo un impulso hacia lo alto para alguien que se dejaba caer.

Desde el Studio Réconds me han anunciado que los ensayos y la grabación del vídeo musical serán en Nueva York. Supongo que ha llegado el momento en que el despegue de mi carrera es incompatible con este trabajo que me exige prácticamente una disponibilidad de 24 horas al día, siete días a la semana.

Aún tengo que decírselo a Ethan.

Ahora está más concentrado en componer canciones y encontrar un productor musical adecuado. Desde la discográfica le presionan constantemente. La cultura artística es despiadada. Si no se escribe rápidamente el siguiente éxito, el reconocimiento conseguido se desvanece y el público desaparece en bandada. Todo es tan voluble y efímero que la pertenencia en la cúspide se convierte en una carrera contrarreloj con miles de obstáculos que pueden hacerte caer: una mala crítica, un comentario desafortunado, un periodo de aislamiento...

—¿A dónde vas? —me pregunta cuando me cruzo con él en la entrada. Baja las escaleras ligero y con un bostezo en la boca.

—He quedado con una amiga de la academia. Hay algo que debo resolver. Te lo dije ayer y anteayer y la semana pasada también. ¿Cómo puede ser que nunca recuerdes lo que te digo?

—Recuerdo lo importante.

Hincha los carrillos y resopla como si no le quedara paciencia para mis cosas.

—¡Me voy! A la tarde tienes una reunión con tu equipo creativo a las seis, aunque supongo que te lo tendré que recordar a las seis menos un minuto también.

—No entiendo exactamente para qué lo necesito.

—Decidiréis la imagen y el enfoque que darás en tu próximo trabajo. El Ethan triste y atormentado, el músico tierno, sexy y romántico o un patán que no sabe ni cuál es la labor de la gente que trabaja para él.

—¿Y desde cuándo te pago a ti para que me insultes?

—Desde el principio. Está en el contrato.

—Debería haberlo revisado.

—Lo más probable es que me enviaras a mí a hacerlo con lo que estaríamos igual. Me voy, Ethan. No quiero llegar tarde.

—¡Espera! Puedes llevarte el Lotus si quieres.

—¿En serio?

Asiente con la cabeza con una expresión provocativa. Con una mano en el brazo me estampa contra su pecho. Abre su boca y me come literalmente los labios con premeditada lentitud antes de alejarse.

— Ahora estamos en paz.

«¡Maldito, Ethan! Si me deja con las piernas temblando, me vibrarán hasta las pestañas».

No le comento que esa amiga va a facilitarme la vida con las referencias de un alquiler de un apartamento en Nueva York. Pese a que he conseguido sumar una buena cantidad de ahorros y el nada despreciable cheque que me ha pagado Alden por el trabajo de Instagram, tendré que compartir gastos con otra persona. La prima de Susan.

Susan es una tremenda bailarina de piel oscura y descalabrado pelo rizado a lo afro que no resta dulzura a una cara tan bonita como irresistible.

Ella ni se planteó presentarse a la prueba. Tiene un novio en Los ángeles que no se ve capaz de dejar ni por un periodo corto de tiempo. Como toda la producción del video se realizará en Nueva York no quiere ni hablar de ello.

Es evidente que ese derroche de talento y sacrificio me supera. No puedo entenderla, pero ella a mí tampoco.

—Ni borracha dejaba yo tu trabajo para arriesgarme con algo que es temporal y no te asegura ocupaciones posteriores. Vives en una mansión junto a un tío que está buenísimo y te lleva de viaje y fiestas. Nena, estás loca.

Lo sé muy bien, pero el atrevimiento siempre tiene un fondo optimista y aunque implique perder comodidad, no se avanza ni se construye sin una buena motivación. La mía es muy clara y arraigada. Siempre ha sido así.

Cuando llego a Malibú con las referencias de Susan, me encuentro a Ethan sentado en las escaleras con una expresión en su rostro que no avicina nada bueno.

—¿Cuándo pensabas decirme que te vas? —me pregunta de forma oscura sin darme oportunidad siquiera a sorprenderme por su presencia.

Suspiro profundamente.

—En algún momento. Aún quedan unos meses, pero tú sabías que esto ocurriría.

—¡Mi culo que lo sabía! Creía que los ensayos serían aquí y solo tendrías que viajar para la grabación.

—Puede que eso se sostenga para las grandes estrellas, pero para el resto de los mortales las cosas no son tan fáciles.

—¿Y cuál es tu idea? ¿Dejar el trabajo?

—No hay otro camino.

Asiente con la cabeza y los labios apretados.

—Acaban de informarme que han adelantado la producción. Comenzarán en quince días

—¿Quince días? No sé cómo podré organizarlo todo.

—¿Es lo único que te interesa?

—No, claro que no. Haré lo posible para llevar tu agenda hasta que encuentres a alguien.

—Es imposible que funcione de esa forma y no puedo prescindir de ti ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendrás que ingeniártelas con los ensayos aquí porque no puedes irte

aún. Firmaste un contrato, Eve. Debes avisar de tu renuncia con dos meses de antelación.

—No puedes hacerme esto, Ethan. No serán indulgentes. No tendrán inconvenientes en hacerme a un lado si no puedo estar allí. Me sustituirán por otra bailarina.

—No siempre conseguimos todo lo que queremos.

—¿De qué demonios hablas?! ¡Yo le conseguí! He trabajado muy duro, incluso tuve que...

—¿Qué!? ¿Dilo? ¿Le hiciste un trabajillo al jefe?

—Sabes lo que esto significa para mí —siseo con rabia—. Y también sabías que esto era temporal.

—¿Con esto te refieres a qué exactamente?

—¿Y qué más da a qué me refiera? Nunca nos prometimos nada. Ninguno. Solo quieres retenerme porque soy la única con la que se te levanta y no quieres perder el sustento para tu polla.

—Por supuesto. Me has pillado. Está claro que es lo único que quiero de ti. Muy bien, Eve. Corre, vuela alto, que nada te detenga.

—¿Qué demonios, Ethan? ¿¡No es lo que hiciste tú!?! Te marchaste sin mirar atrás.

—No sabía que había algo que mirar.

—¡No! ¡Claro que no! Te jactas de mi egoísmo y mi ostracismo, pero no recuerdo una sola llamada tuya, preguntándome por mi lesión, mi operación o todo el sufrimiento que vino después. Tú estabas en la cima y yo caía en picado y ni una sola vez te preocupaste por mí, pese a que tanto nos une según tú.

—¿¡Acaso me lo hubieras agradecido!?! ¡Yo te importaba una mierda!

—¡Claro que lo hubiera valorado! ¡Necesitaba un amigo! Todo el mundo me abandonó, me dieron por inválida. Nadie era capaz de entender lo que sentía. Caí en un pozo tan oscuro que ni siquiera tenía fuerzas para levantarme de la cama. Tú lo sabías. No hay forma de que no fuera así, pero tampoco te importó, Ethan.

—¡¡No lo sabía!!

—¡¡Tú nunca sabes nada que no te convenga!! Como en el instituto.

Reconoces saber que algunos querían meterme mano, pero no que había apuestas sobre ello. Me cuesta creerlo y mucho, sobre todo cuando te dieron por ganador. ¿O vas a negarlo?

—Yo no comencé esos rumores. Me vieron salir de tu casa muchas veces.

—Tampoco los negaste.

—No les di importancia. Dejé que se desinflaran solos.

—¡Qué oportuno! Dicen que, para garantizar el odio, solo hay que conseguir a la persona más codiciada del momento y ese eras y eres tú. Así que mientras a ti te daban palmaditas en la espalda, a mí me caía mierda por todos lados.

—¡No puedo creerlo! ¿De qué cojones estamos hablando? Todo eso forma parte del pasado. ¡No tiene nada que ver con la situación actual!

—Solo trato de demostrar que tú nunca me has tenido en alta estima.

—¡¡Joder!! —maldice Ethan tapándose la cara y siseando palabras para él mismo cargadas de ira—. ¡¡Estaba loco por ti, Eve!! Esa maldita canción no fue escrita para Marion, tú eras la chica inalcanzable. Mis ojos te seguían como un lobo hambriento y tú pasabas por mi lado sin verme. Dejé que corrieran los rumores y puede que los alimentara para que te dejaran en paz. ¡¡Dios!! Y puede que también estuviera dolido por tu indiferencia y me vanagloriara un poco. No lo sé. ¡¡Era un puto adolescente descerebrado que se sentía abandonado por sus padres y traicionado por ti!! ¡¡No sabía cómo llamar tu atención!!

Le miro incrédula.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Querías llamar mi atención tirándote a todo el instituto? ¿Riéndote de los desprecios que me lanzaba tu séquito?

—¡¡Yo jamás hice eso!!

—¡¡Pues es lo que yo veía!!

—¡¡Pues deberías ponerte gafas, Eve, porque es evidente que no comprendes una puta mierda!!

—¡¡Pues explícamelo bien para que sea capaz de hacerlo porque te juro que no te entiendo en absoluto!!

No recuerdo cuándo nos hemos acercado tanto el uno al otro que casi nos resoplamos en la cara.

Sus labios chocan con los míos de forma contundente, vertiginosos y ávidos; sin embargo, increíbles. Puedo sentir como encauza de forma brusca su ira e indignación en deseo. Sus labios buscan con intensidad y rabia una respuesta en los míos. Puedo sentir su desesperación y la mía cuando abro mi boca y acaricio mi lengua con la suya. Mi propio apetito por él, avivado por la adrenalina que burbujea en mis venas tras la discusión, se despereza y toma el control de mis labios. Parecemos un par de salvajes sin control que buscan desesperadamente algo que solo pueden encontrar en el otro.

—¿Entiendes esto, Eve? ¡Me vuelves loco, joder! Hasta mi polla te prefiere solo a ti. ¿Quieres ir a Nueva York? Pues iremos —declara con los últimos coletazos de su enojo brillando en sus ojos y un tono de voz aún cargado de furia mientras sujeta mi cara con ambas manos—. Dicen que Michael Truman es el tipo de productor al que se recurre para demostrar que no te has vendido a la industria comercial y su estudio de grabación está allí. Nos mudaremos a mi apartamento y ni siquiera tendrás que buscar un alquiler.

—Ethan... —jadeo con desesperación.

—¿Qué?

—Llévame a la cama y termina lo que has empezado.



Trato de deshacerme del abandono y la flojedad que reinan en mi cuerpo desnudo, estirándome sobre las sabanas de la cama de mi aún jefe tras la sesión brutal y feroz de sexo.

Su semen humedece mis piernas cuando aflora de mi interior, denso e impúdico.

Sé que no está a mi lado mucho antes de abrir los ojos. Me he quedado dormida sobre su cuerpo y no recuerdo nada más allá de eso. Estoy sorprendida. No soy capaz de determinar cuándo fue la última vez que eché una siesta en pleno día. Nunca he dejado que el agotamiento me frenara.

Recupero mis bragas completamente inservibles después de que él las rompiera y me coloco el vestido de algodón de nuevo antes de salir de la habitación.

—Si pretendías que fuera un secreto, no deberías haberlo vociferado —oigo la voz de Justin desde algún lugar en la planta baja.

—No he dicho que quisiera ocultarlo. Solo he comentado que en esta casa no se puede tener secretos —le responde Ethan.

—Eres tan reservado. El que hayas conseguido a la chica que inspiró tu primer éxito es un bombazo. La prensa se pegaría por esa exclusiva.

—No involucres a la prensa. Además, si crees que la he conseguido es que conoces poco a Eve. Ella siempre está con un pie fuera preparada para correr lejos.

—Al menos te la has follado. Eso no puedes negarlo y quiere decir que todo funciona de nuevo.

Me siento en la encimera de la cocina en silencio tras ellos mientras alcanzo un palito de zanahoria de una bandeja de comida.

Justin frente a mí me mira con sorpresa y cierra los ojos como si quisiera desaparecer.

—No os interrumpáis, por favor. Como si yo no estuviera —digo con indiferencia, provocando un crujido sonoro de la verdura al morderla.

—Perdón por el vocabulario. No pretendía que sonora tan soez —se disculpa el grandullón.

—Sí lo pretendías.

—Vale, puede que sí —reconoce consciente de que se mete de lleno en terreno espinoso—, pero no lo hubiera dicho de esa manera de saber que tú me estabas escuchando.

Ethan se vuelve en ese momento hacia mí y puedo comprobar que está disfrutando del bochorno de su amigo.

—¿Y qué hubieras dicho?

—Sí, Justin, ¿qué hubieras dicho? —interviene mientras apoya la espalda en mi pecho y le rodeo la cintura con mis piernas —¿Tirar, joder?

—¿Fornicar, chingar, coger? —añado

—No hubiera dicho nada —responde exasperado—. ¡Enhorabuena!

—refunfuña con ironía—. Sois tal para cuál. Estáis los dos locos y muy salidos.

Ethan me echa un vistazo hacia arriba de soslayo cuando el guardaespaldas decide dejarnos solos.

—Esa felicitación te ha puesto los pelos de punta ¿verdad?

«¿Tan bien me conoce?» pienso.

—¿Crees que estoy salida? —pregunto en cambio deslizando mis manos por su pecho desnudo y accesible mientras noto en mis dedos la oscilación que provocan sus carcajadas.

—No tengo quejas al respecto —está comentando cuando Justin aparece con cara neutra y un nuevo paquete de grandes proporciones demasiado similar al anterior.

Enmudecemos mientras lo coloca sobre la mesa. Nos llega un olor a herrumbe y tierra húmeda desde el cartón, pero nada líquido o denso cae por sus costuras.

—Llamaré a la policía y al detective antes de abrirla. No la toquéis —nos advierte Justin.

Ethan se abre camino entre mis piernas y mis brazos. Antes de que podamos detenerle pega un tirón a la cinta de embalaje que cierra la caja y echa un vistazo a su interior.

—¡Joder! Son huesos desenterrados.

*A veces aún me siento como un niño, otras veces no soy más que un bicho raro que a duras penas puede contener todo lo que lleva dentro. La mayor parte de las veces me doy cuenta de que soy un desagradecido y no me entiendo.*

*Hay miles de formas de vivir y no sé si he escogido la opción correcta. ¿Debería haberme quedado? ¿Podría haber elegido de diferente manera?*

*Tengo la sensación de hacerlo todo a medias y no acabar nada. No tengo su resistencia. No hace falta ser muy observador para darse cuenta. Sim embargo, creo que fui egoísta. Me porté como un estúpido, celoso y avaricioso que se creyó en posesión de algo único y que por primera vez nadie podría arrebatarme hasta que llegó él y me lo arrebató en las narices.*

*Él que no tuvo suficiente con arrebatarme el cariño de mi padre, demasiado apesadumbrado cuando me notaba para seguir haciéndolo, también tuvo que robarme a la chica.*

*Esta vez voy a darlo todo. (bis)*

*Ojalá pudiera explicarme cómo hacerlo y mi propósito no fuera enemigo del suyo. Sé todo lo que no soy. No soy paciente, no soy accesible, no soy abnegado ni constante ni siquiera he sido lo suficiente perspicaz para entender que era lo que más quería.*

*Chorus:*

*Cambiar solo es cuestión de esfuerzo.*

*Solo hay que tener claro si ese esfuerzo merece la pena. (bis)*

# CAPÍTULO 11

## Tristeza y euforia

He inventado un nuevo término. Debería ser acuñado por algún diccionario que pudiera explicar de manera inteligible su acepción lingüística y, de esa forma, aclararme de qué va todo esto: «tristeza eufórica». ¿Lo has sentido alguna vez? Esa felicidad insensata que sabes que no funciona del todo o que será momentánea y la disfrutas con nostalgia. La consumes como una droga dura que inhalas hasta el cerebro consciente de la breve e imprudente satisfacción que te produce. Una frivolidad dolorosa que envuelve tu vida de emociones placenteras que emergen de todo aquello en lo que no crees.

Tengo la sensación de jugar en campo rival y celebrar mis tantos en propia puerta sin entender que suman en mi contra.

Por si fuera poco, está esto...

—¿Tiene algún enemigo declarado, señor McKenna? —le pregunta el detective contratado por Henry.

A él esa pregunta le debe parecer tan trivial como a mí porque distingo el leve gesto de exasperación que cubre su semblante.

—Probablemente —responde de forma escueta.

El forense ha determinado que los huesos pertenecen a un animal de tamaño medio con varios años encima, en la mortaja. Lo más probable es que se trate de una mascota doméstica ya que alguien se había molestado en darle sepultura debidamente hasta que esta mala bestia se ha dedicado a utilizarlo para proferir amenazas.

Para que no hubiese ninguna duda sobre su propósito, el esqueleto iba acompañado de una nota con letras recortadas de revistas de la que se podía leer «Tú también podrías haber muerto».

Evidentemente, en este caso tampoco se puede culpar al mensajero o la compañía de logística contratada para la entrega. Todos los datos aportados por el remitente han resultado falsos y los sellos postales tienen distintos

origines. Quien lo esté haciendo se ha guardado muy bien de ser descubierto y tampoco aporta ningún móvil.

—Debe ser más específico. ¿Hay alguna probabilidad de que exista algún fan que le atosigue de manera desmedida? ¿Una mujer despechada? ¿Un competidor amenazado por su éxito? ¿Algún empleado ultrajado?

—Sí, sí, seguramente arrastro un buen número de todos ellos, pero hacerle una lista con sus nombres y apellidos va a ser bastante difícil por no decir molesto. Sobre todo, porque no presto mucha atención a esos detalles.

El detective le mira sin alterar su expresión, pero algo me dice que está haciendo gala de toda la paciencia que dispone. Tiene cierta predisposición a colocarse de perfil que me confunde. Es como un halcón que estrecha su mirada a los lados, procurándose una perspectiva completa de todos los presentes.

—Vale, seré más concreto. ¿Ha tenido algún altercado, enfrentamiento o desavenencia últimamente?

—Clark Howard —respondo precipitadamente.

—¿El actor? ¿Qué ocurrió exactamente?

—Creyó que mi asistente estaba en el menú.

Le hago una mueca de fastidio y levanto los ojos al cielo con la misma impaciencia que debe estar burbujeando en la sangre del investigador.

—Señor McKenna..., sea más preciso.

—No fue un enfrentamiento en sí. Se comportó como un imbécil y no le gustó que se lo hiciéramos notar.

—Bien. Tendré que leer entre líneas. Supongo que tuvo un comportamiento incorrecto con su empleada y usted la defendió.

—Créame. Ella se defiende muy bien solita.

—Su relación, —continúa, señalándonos a uno y otro— ¿es solo laboral?

Ethan levanta las cejas y muerde su labio superior con el inferior, expectante, mientras me lanza una mirada muy elocuente.

—A veces —respondo a regañadientes.

Es el turno de Harrison para mirarme interrogativamente.

—¿A veces es solo laboral? —tantea con cuidado.

—Sí, la mayor parte, pero en alguna ocasión... no.

—Si soy afortunado —remarca Ethan. Le doy un puntapié en la espinilla y el detective suspira con fuerza.

—Entiendo que mantienen relaciones sexuales... a veces. ¿Es habitual para usted intimar con sus empleados?

—Ella no es una simple empleada.

—Nos conocemos desde niños —añado yo.

—¿Qué me dice de aquellos rumores que hablaban sobre una posible paternidad con una asistenta?

—Uhm... la malvada Samantha. Lo cierto es que ni siquiera recuerdo haberme acostado con ella. Estaba pasando una época muy oscura y eran pocas las veces que estaba seriamente consciente. En cualquier caso, con el tiempo se descubrió que ni estaba ni había estado nunca embarazada previo pago, por supuesto.

—En esa época oscura ¿hubo drogas?

—A veces.

Harrison asiente sin emitir prejuicios.

—¿Tuvo problemas con algún traficante?

—Mi consumo no era tan excesivo. Nunca tuve que mediar con ellos.

Apaga la grabadora y se guarda su bloc de notas antes de dirigirse de nuevo a Ethan.

—Le aconsejo, por su seguridad, que tome como residencia provisional un lugar alejado de su actividad habitual. Es conveniente que se aleje de esta casa.

—Tenía pensado trasladarme a Nueva York.

—He hablado con su jefe de seguridad y estamos de acuerdo en que el lugar más apropiado es su pueblo natal. La residencia de sus padres, por ejemplo. Tengo entendido que se han mudado hace poco y la dirección no consta en ninguna parte.

Le veo fruncir el ceño mucho antes de que su cara se vuelva granito.

—Mi padre —responde con desidia.

—¿Cómo?

—Ella no es mi madre.



Aprovecho la oportunidad de ver a mis propios padres, acompañándolo a New Haven antes de mi partida a Nueva York.

No recuerdo la última vez que vi a Ethan allí. La relación con su progenitor no es excesivamente estrecha desde que perdieron a su madre, y su matrimonio con una mujer, que le toleraba más bien poco y no dudaba en echarle a un lado para que su propio hijo lo ocupara todo, influyó más aún en que Ethan se encerrara y sintiera que ya no tenía espacio dentro de su propia familia.

Claro que ya no es aquel chico rebelde e incomprendido, y la predisposición de ellos con respecto a Ethan ha cambiado mucho. También la nueva y soberbia casa ha salido de la generosidad de él, aunque no creo que llegue a poder sentirse cómodo.

Aquellos días, tan duros, nos reuníamos justo entre nuestras viviendas colindantes casi sin hablar, mirarnos o tocarnos. Creo que era la única que adivinaba lo que ocurría y le ofrecía un apoyo emocional pobre, pero era una niña y lo único que comprendía era que conmigo él se sentía menos solo. Con el tiempo esos espacios se fueron ampliando hasta desaparecer. Crecimos y cambiamos. Yo me volqué en el baile y él, en la música. De repente, éramos simplemente conocidos que se cruzaban en la vida del otro de vez en cuando con poco o nada que decirse y nada en común, pero esa es mi parte de la historia y puede que sea diferente a la suya. Recuerdo muy bien lo que mencionó del pasado aunque haya tratado de evitar el tema. Supongo que ahora también tenemos otras prioridades más urgentes y todo resulta demasiado impreciso. No sabemos cuánto tiempo tendrá que permanecer en New Haven. Mientras tanto, ha dispuesto que yo pueda utilizar su apartamento en Nueva York hasta que él pueda reunirse allí conmigo.

Espero que el caso de las amenazas se resuelva pronto porque temer por su seguridad me trastorna demasiado. Tengo incluso pesadillas en las que recibe un disparo en la puerta de su casa o aparece en un charco de sangre. La

congoja y la llorera que sacude mi cuerpo cuando despierto solo se calma con sus brazos, sus labios y el calor de su piel sobre la mía recordándome que está muy vivo.



Es una sorpresa ver a Will después de tanto tiempo. El hermanastro de Ethan es un tipo difícil de definir. Es abierto, agradable y muy atento. Siempre he considerado que él no era el culpable de la sobreprotección de su madre, y que Ethan debería haberle dado una oportunidad. No obstante, de alguna forma, no son pocas las ocasiones en las que ha dejado traslucir cierto grado de recelo hacia su hermanastro. Muy probablemente sentimientos muy humanos alimentados por la rivalidad que se implantó entre ellos.

Nunca fui excesivamente amigable con él porque cada sonrisa que devolvía a Will tras un comentario jocoso o cada familiaridad me sabía un poco a traición, pero mientras Ethan desaparecía de mi vida, Will aparecía por todos lados, y era mucho más amable y accesible, así que alcanzamos cierto grado de confianza. Me llevó a un baile en la secundaria, antes de que decidiera que no me interesaban, e incluso me besó en la puerta de mi casa. Fue un error. Yo no albergaba pensamientos románticos hacia él y tuve que detenerle, pero lejos de sentirse herido, continuó siendo divertido y simpático conmigo.

—¡Eve! —exclama admirado—. Cada día estás más guapa.

—Will —masculla Ethan entre dientes mientras cruza la puerta que nos ha abierto su hermanastro y echa un vistazo al interior de la casa.

—¿Te trata bien este capullo? —continúa él ignorándolo deliberadamente.

—La verdad es que ha resultado ser un trabajo bastante satisfactorio —respondo con voz neutra, mirando los muebles nuevos y relucientes de la sala de estar.

Ethan me mira con una ceja arqueada y una sonrisa que dice más que mil palabras. Will nos mira a uno y a otro. Estoy segura de que ha entendido la

doble intencionalidad de mis palabras, pero empiezo a darme cuenta de que no me importa. Tampoco es como si hubiéramos decidido mantener en secreto nuestros encuentros sexuales.

—¿Estás solo?

—No sabíamos a qué hora llegarías exactamente y como se supone que debemos ser discretos, mamá y papá han continuado con sus vidas como lo harían normalmente. Están en el trabajo.

—¿Y tú? ¿No tenías un excelente puesto en la inmobiliaria de papá?

—Al saber que vendría Eve, me he tomado un día de descanso. Además, alguien tenía que estar aquí para abrirte la puerta ¿no?

Ethan no responde y si está decepcionado lo disimula muy bien. A mí, sin embargo, me molesta que su padre no esté allí para recibir a su hijo prodigo. Sé que le suele llamar por teléfono, muchas de esas llamadas las he recogido yo, pero hace meses que no se ven.

—Genial, entonces. Este es Justin, de mi equipo de seguridad. Estará por aquí los próximos días. Esperemos que no sean muchos.

—Y ¿tú, Eve? ¿Irás a casa de tus padres? Ya no queda tan cerca. Puedo llevarte en coche si quieres. Mi apartamento no queda lejos.

—Sí, iré más tarde, pero...

—Yo la llevaré, Will.

—El caso es que puedo ir sola.

—Había pensado que podíamos cenar después y ponernos al día.

—Tal vez otro día, Will. Estoy verdaderamente cansada del viaje y llevo mucho tiempo sin ver a mi familia.

—Claro. Lo entiendo. Llámame cuando estés libre.

No sé cómo podré hacerlo puesto que en unos días me marcho a Nueva York y aún tengo que cancelar varios compromisos de Ethan y filtrar información falsa a la prensa sobre su paradero.

Miro a Will con curiosidad, pero él mira a su hermanastro y Ethan le devuelve la mirada. La de uno es desafiante y la del otro fría y provocadora.

—Tocado y hundido —murmura Ethan para sí, aunque es difícil no oírle.

No imaginaba que las desavenencias entre ellos se habían agravado hasta el extremo de ni siquiera preocuparse en mantener las apariencias ni un poco.

Ahora dudo de que su interés por mí sea genuino y sospecho que solo lo hace por tocarle a Ethan un poco las narices. No permitiré que me convierten en el foco de sus discrepancias.

«¿Cuándo comenzó todo esto? Seguro que mucho antes de lo que imagino o ni siquiera intuyo».



Es absurdo sentirme mal. No es como si hubiera abandonado a Ethan en una jauría de animales salvajes. Está con su familia. Al menos, su padre lo es y él ya es mayorcito. No es aquel niño incomprendido.

—Está bien. Cuéntamelo todo. ¿Cómo es trabajar para una celebridad?

—Mamá, es solo Ethan.

—¿Solo? Niña, ¿es que no sigues la actualidad? El vecinito de al lado se ha convertido en un ídolo de masas.

—Pues está bastante perdido. No sé si aguantará la presión. Por si fuera poco, ahora ocurre esto de las amenazas.

—¿No se sospecha de nadie? —pregunta mi padre mientras se lleva un perrito caliente a la boca.

—Puede ser cualquiera. Cuánto más conocido eres, más enemigos hay posibles.

—No me gustaría estar en su pellejo. Es un buen chico. Ya ha pasado demasiado.

—¿Estarás segura en su apartamento? —pregunta preocupada mi madre.

—Claro. No es a mí a quién persiguen.

—¿Y si se les ocurriera hacerle daño a través de ti?

—Eso no pasará.

Es mi madre la que se levanta de su asiento y va en busca de algo.

—Siempre lo has tenido en la palma de tu mano. No es difícil darse cuenta de que eres especial para él.

Cuando colocan delante de mis ojos una revista con un reportaje de fotos

sobre Ethan y yo, no doy crédito a lo que veo.

—¿Cuándo ha salido esto?

—Es de ayer.

Las fotos fueron tomadas mientras caminábamos por la orilla de la playa. Estamos descalzos y relajados. Apenas nos rozamos, pero hay algo en las miradas, en la risa compartida y en los leves toques de las manos que hace suponer una intimidad que no se conseguiría ni con los robados de un beso apasionado.

«Ethan McKenna y una popular bailarina en las redes sociales juntos».

—Al menos, podían haber investigado mi nombre —me lamento.

—Aunque esta no es la notoriedad que buscas. Algo así puede restar credibilidad a tu carrera y lograr que parezca que consigues tus trabajos de bailarina porque te acuestas con él —señala mi padre...

«¡Ups!»

—No me importa. No voy a vivir de acuerdo con lo que se supone que debo hacer o ser. La gente que quiera juzgarme lo hará de todas formas independientemente de mis acciones. No puedo dejar que me afecten las opiniones de los demás. Si lo hiciera, hace tiempo que me hubiera rendido y tú lo sabes bien.

Exhala lentamente sin dejar de mirar a la mesa.

—No sé a quién te pareces —comienza con seriedad—, pero en cualquier caso estoy muy orgulloso de ti. No te apoyamos lo suficiente cuando decidiste no renunciar y no hay día que no nos arrepintamos.

—Es agua pasada. Eres un buen padre.

—Tal vez mejor que marido.

Mi madre se ríe sin poder ocultar su regocijo.

No hacía mucho que ella me comentaba completamente emocionada que había empezado a estudiar decoración y que pretendía poner en práctica todo lo aprendido en la inmobiliaria para vender mejor las propiedades. Está feliz de haber encontrado su espacio dentro del espacio de él. No sé si alegrarme o sentir compasión. En cualquier caso, es un gran avance para ella y no todas las personas buscamos ni necesitamos lo mismo. Todo sería más fácil si nos molestáramos en preguntar y escuchar sin imponer nuestros deseos...

«¡Mierdaaaaaaaaa! ¿Soy en realidad una déspota o soy asertiva? ¿Dónde está el equilibrio entre los deseos del otro y el propio?».



Cruzo una mirada llena de entendimiento con Ethan. Esto se siente demasiado surrealista. Él y yo sentados de nuevo frente a frente entre nuestras familias mientras se dora la carne en la barbacoa. En el pasado él comería rápidamente su parte y huiría al garaje desde el que oiríamos las cuerdas de su guitarra. Nunca me sentía plenamente cómoda en estas reuniones. Acudía porque eran prácticamente obligatorias, pero, pese a las sonrisas y las bromas, el ambiente siempre estaba demasiado cargado. Demasiada tensión entre Ethan y su nueva familia. El que su padre o los míos nunca llegaran a sentirlo era una incógnita indescifrable para mí o tal vez solo trataban de ignorarlo. He descubierto con la edad adulta que, a veces, evitar ciertos asuntos es más cómodo que tratar de lidiar con ellos constantemente. No es mi estilo y no me gusta, pero reconozco que puede llegar a ser funcional.

Mis ojos vuelven a cruzarse con los de él. ¿Cuántas veces ocurrió esto en el pasado? ¿Siempre hubo tanto fuego cuando me miraba, tanta emoción claramente significativa? Todo en sus gestos, en como roza su mano descuidadamente con la mía, en cómo su sonrisa se ladea para mí o sus ojos me abrazan, destila puro y crudo sexo.

Llevamos varios días sin estar solos, con la vista en todos aquellos que estaremos separados, y esa necesidad de tocarnos y hundirnos el uno en el otro comienza a oprimir como un cristal fino, pero pesado, que se romperá en añicos con la más leve presión.

Le miro fascinada. Sus largos dedos rodeando el vaso, el movimiento de su garganta cuando bebe, sus largas pestañas cuando baja los ojos, los labios densos y definidos en movimientos leves y sensuales y la línea de su mandíbula desafiante y dura. Buscar tiempo solos se ha convertido en una

necesidad urgente.

— No debe de ser agradable tener que pasar también tu tiempo libre con el jefe —está comentando Will a su lado—. Estoy seguro de que lo tienes muy visto ya.

«Como si fuera posible cansarme de mirarle...».

—Sabes poco sobre el trabajo de asistente personal ¿no? Eve no tiene tiempo libre. Debe estar siempre disponible para mí y satisfacer todas mis necesidades.

«Yo también he captado el cariz sexual de esa frase. Al menos la parte de ahí debajo, en mi cuerpo, sí lo ha hecho».

—Eso no es un trabajo, es esclavitud —remarca él.

—Creo que hemos llegado a entendernos muy bien. ¿No es así, Eve?

—En realidad, está exagerando. No es tan exigente —le defiende con un vistazo sobre Will.

—Sí que lo soy. Siento exigencias constantes que solo tú puedes resolver.

—¿Siento? ¿No será tengo? —le pregunto con voz suave disolviéndome por dentro como una píldora efervescente.

Una sonrisa traviesa desdibuja su boca y trata de ocultarla extendiendo sus dedos por sus labios. El gesto se me antoja deliberadamente sensual.

—Deberías ir haciéndote a la idea de que Eve pronto va a dejar de trabajar para ti. Su carrera siempre ha sido la más importante para ella y no es compatible con... tus exigencias.

Acaba de arrojarnos un jarro de agua fría que nos salpica a ambos despiadadamente.

—¿Has visto ese artículo de la prensa amarilla? Incluso tu popularidad ya empieza a perjudicarla.

—Debería ser yo quién juzgue eso.

—¿Qué artículo?

—Circula por todo New Haven.

—Solo son unas fotos que nos relacionan. No es nada importante.

—Espera, ¿qué no es importante? He recibido dos paquetes con huesos y sangre. No es un buen momento para que te relacionen conmigo.

—Estaré bien.

—Puedo pasarme por tu apartamento en Nueva York. Tengo que ir a supervisar la nueva filial.

—Ni de coña, Will —responde inmediatamente.

—¿No quieres que me asegure de que está bien? Eso es bastante despreocupado por tu parte.

—Quiero que dejes de tratar de avanzar con ella —le suelta directamente, girando parcialmente su cuerpo para enfrentarlo a él.

—Eso ha estado fuera de lugar incluso para ti. Solo estoy siendo amable. Supongo que para ti es incomprensible querer serlo sin intenciones detrás.

—Sería comprensible si no llevaras toda la vida intentando meterte en sus bragas.

Trago un gran sorbo de agua y miro en la dirección en que nuestros progenitores pelean con la barbacoa.

Nunca llegué a entender si el interés en mí de Will era genuino o una simple forma de agravar la natural rencilla que existe entre los hermanastros. En cualquier caso, no pienso dejar que me conviertan en el foco de sus constantes diferencias.

—Ethan. —Trato de llamar su atención en vano.

—El exceso de alcohol ha debido perjudicar tu memoria, porque ese eras tú. Solo que ella no te dejaba ni acercarte.

— Eso no es cierto.

—¿No? Al menos yo te besé.

—Confórmate con eso porque será lo único que obtengas de ella.

—Ahora pareces muy seguro, pero hace unos segundos no querías ni que me acercara a ella en Nueva York porque creías que de verdad podía llegar a meterme en sus bragas ¿verdad?

Ethan da un puñetazo contra la mesa que nos sobresalta a todos y, con la mano aún en un puño en el cuello de la camisa de Will, lo levanta a la vez que lo hace él mismo con fiereza, haciendo tambalearse la mesa y derramando algunos vasos sobre ella.

La madre de Will lanza un grito sofocado y demasiado exagerado mientras los demás los miran con sorpresa.

—No me apetece que lo intentes. Me pone enfermo. ¿Cuántas veces debe

rechazarte para que te des por vencido? —masculla entre dientes de forma que sus palabras solo nos alcanzan a nosotros tres.

—¿Por qué? —le responde este y le sujeta igualmente por el pecho de su camiseta—. A ti te ha funcionado ¿no? Tal vez si le doy tanta pena como tú acabe cediendo. ¿No es esa tu mejor baza? ¿La del niño abandonado que se aferra a la único que cree que le hace sentirse menos solo?

—¡¡Basta!! ¡Los dos! —grito sin que me importe un poco quién me oiga.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —gruñe el padre de Ethan mientras él y mi padre intentan separarles.

—No has cambiado ni un poco, Ethan —le reprocha la madre de Will—. Te dije que esto no era buena idea. No es más que un salvaje, como siempre. No es de extrañar que su madre...

—¡¡Karen!! No se te ocurra acabar esa frase. ¡Ethan! ¿A dónde vas, hijo?

Él ni siquiera se gira mientras desaparece por la puerta corredera de cristal que separa la casa del jardín. Miro a uno y a otros, pero nadie se mueve. ¿Cuántas veces ha sido así antes de ahora? Tantas que ni siquiera soy capaz de recordarlas.

—Que te den, Will.

Me aparto de la mesa y me voy tras sus pasos.



Sabía dónde acabaría mucho antes de localizarlo. El garaje de su antigua casa siempre ha sido su único lugar para escapar y refugiarse. Razón, tal vez, por la que ha decidido no vender la casa. Quizás solo sea por los recuerdos que guarda.

Abro la puerta ligeramente y me encuentro con una *semipenumbra*. Él está apoyado contra una tarima y rasga una vieja guitarra a la que le falta una cuerda. Apenas levanta la mirada, aunque me oye entrar.

Me acerco y coloco ambas manos a los lados de su cara. Aunque no me

aparta, deja de tocar.

—¿Qué quieres, Eve? —me pregunta con hastío.

—Solo quiero tenerte entre mis brazos y mirarte como si ahora mismo solo tú y yo existiéramos en todo el mundo.

Echa la guitarra a un lado y entierra la cabeza en mi hombro con un lamento árido y ronco que retumba en mi pecho. Sus brazos rodean mi cintura y me aprieta contra él como si tuviera miedo de que escapara. Le noto suspirar profundamente mientras mis dedos se deslizan por su nuca y se enredan en su pelo.

—¿Y podría ser siempre así?

—Lo intentaremos.

Levanta la cabeza abruptamente para mirarme con incredulidad.

—¿Se acabó lo de construir murallas entre nosotros? ¿No tratarás de poner tierra de por medio?

—He dicho que lo intentaré.

—Con eso me vale. —Tira de mí hacia él hasta que mis pies dejan de tocar el suelo y todas las zonas interesantes quedan afectadamente unidas una a una—. ¡Joder! Estoy loco por ti.

Enrosco mis piernas alrededor de su cintura y dejo que me extienda sobre la tarima. Mientras su mano se desliza bajo mi vestido y sus labios cosquillean en los míos, susurra:

—¿Sabes cuántas veces he fantaseado con tenerte aquí mismo y de esta forma?

—¿Y qué es lo que hacías tú en esa fantasía?

Una sonrisa lobuna que me atraviesa entera aparece en sus labios hasta que sus manos se deshacen de mis bragas y su boca desaparece entre mis piernas.



Nos separamos borrachos de amor.

«Bastante cursi ¿no? ¿Y qué más da si es lo que siento?».

Lo cierto es que, en un par de días, yo viajaré a Nueva York y...

«Dios santo, Ethan».

Me acerco corriendo hasta la puerta de su automóvil y le pido que salga por señas. Debe presentir que me he puesto nerviosa porque su semblante refleja gravedad cuando pone un pie en la carretera.

—No apagues las luces del coche y ven a mirar esto —le digo, cogiendo su mano y tirando de él.

Los focos prendidos iluminan la zona trasera del jardín donde un día celebramos un pequeño y familiar enterramiento para su perro Cocker. Un mil razas feo y de mal carácter que nos tenía ganado el corazón. La madre de Ethan plantó en el lugar un rosal del que brotaban espectaculares flores blancas.

Ahora, esa planta está hecha trizas sobre el suelo, al lado del montón de tierra removida y del agujero que han dejado desocupado descuidadamente.

Ambos miramos perplejos ese vacío mientras los engranajes de nuestra mente comienzan a encajar.

—¿Crees que sacaron los huesos de aquí? —pregunto, apretando su mano.

—Bueno, es bastante evidente ¿no?

*No mentía cuando dije que no aún no tenía suficiente de ella. Puede que nunca llegue a tenerlo. Solo sé que me convierto en un lunático sucio y lascivo cuando estoy a su alrededor. ¡Al diablo con cualquier remordimiento! Todavía no la he saboreado y lo haré tan profundamente que olvidará que algún día hubo algún otro antes que yo y juro que me importa poco que la oigan gritar a través de las puertas.*

*La tumbo sobre la mesa y con una mano separo sus rodillas. La oigo respirar pesadamente y más rápido de lo habitual. Como si supiera que voy a hacer y estuviera impaciente.*

*Su piel es seda en mis dedos. Los deslizo por sus muslos, maravillado de su firmeza y la fuerza que transmiten y los suelo en su sexo.*

*Contiene la respiración. Ser capaz de afectarla e inquietarla de ese modo es un triunfo demasiado irresistible. Lo siento en la humedad que empapa*

*mis dedos, en el movimiento de sus caderas en busca de más, en los gemidos con mi nombre que me hacen enloquecer.*

*Se lo confieso cuando se lo susurro usando estas mismas palabras con mi aliento sobre su pubis. Mi barbilla se pasea por sus labios hinchados y sensibles y baja hasta la zona del periné para que mi lengua alcance la zona del clítoris. Lo lamo despacio y lo aspiro con mi boca durante unos segundos.*

*Levanta su trasero enfebrecida y la retengo con fuerza contra mi boca sujetando sus nalgas con mis manos.*

*Deslizo la punta de mi lengua por todo su sexo antes de introducirlo en su vagina. Estoy lleno de su sabor y su olor. Es como un maldito afrodisiaco. Su excitación me provoca, me estimula y me calienta hasta que todo mi cuerpo tiembla de deseo.*

*Juego con su clítoris y sus caderas se revelan contra mi agarre. Está tan cerca y yo.*

*Me incorporo y dejo que sus piernas rodeen mi cintura mientras estrello su espalda contra una pared antes de penetrarla con fuerza. Uno, dos, tres. Entro y salgo de ella con la música de sus jadeos en mi oído.*

*Quiero que me diga que esto nunca acabará, que lo que tenemos es especial y que lo comprende. Quiero que recuerde que ella es mía y yo soy suyo desde el día en que nos conocimos.*

*Y quiero que lo reconozca aquí, en el mismo lugar donde todo empezó y mis fantasías se llenaban de ella de esta misma forma: abierta y mojada para recibirme; quiero...*

*La quiero a ella. Siempre.*

# CAPÍTULO 12

## Celos

Uno de los ejercicios más complicados para el ser humano es reconocer los errores. Duele equivocarnos y con orgullo elegimos la ceguera y la justificación venenosa para eludir nuestras equivocaciones.

No obstante, fingir que somos perfectos ante los demás, nos resta humanidad, honestidad y humildad. El aferrarse a nuestra manera de hacer las cosas, nos aleja de maneras más apropiadas y sanas de llevarlas a cabo, impidiéndonos madurar y crecer como personas y nos muestra como seres débiles e inseguros.

Ser capaz de reconocer los errores nos hace más sabios, verdaderos y valientes. Nos da la oportunidad de aprender y mejorar.

Quien arriesga, comete errores y nuestro juez siempre será la conciencia por mucho que los neguemos. Mi fortaleza reside en reconocer cuándo me equivoco, en qué momento mi actitud obstinada daña a los demás y a mí más que a nadie. Negarme lo que siento, es ponerme límites y cerrarme puertas tras las que encadeno e ignoro la verdad.

La verdad, ahora mismo, nos ha dado de lleno un puñetazo entre las costillas una vez confirmado que los huesos que recibió Ethan en su casa de Malibú coinciden con los restos encontrados en el hoyo escarbado en New Haven. Eso definitivamente descarta a un posible fan y centra al potencial acosador en alguien cercano a él. Una persona con conocimientos muy íntimos sobre su vida, pero ¿quién? Y ¿por qué?

Aún más preocupante.

Ethan se aferra a esa idea para constatar la inutilidad de ocultarse en casa de su padre. Se viene a Nueva York conmigo. Por mucho que valore mi independencia y mi espacio personal, no voy a negar que me he acostumbrado demasiado a tenerlo a mi lado. Estos días separados han sido incómodos, como si le faltaran un par de bombillas a una lámpara y me viera obligada a

valerme a media luz.

Y él también está deseando empezar a trabajar con el productor Michael Truman. Tiene tantas ideas y composiciones nuevas que es muy posible que pronto surja un nuevo *LP*. Eso conllevará un buen montón de promoción por todo el mundo, giras musicales y espectáculos sin descanso que lo mantendrán muy ocupado.

Observo a Karen y Will mientras, Roger, el padre de Ethan se despide de su hijo. Ella y su sonrisa tirante insuficiente para ocultar su desafecto. Él, con un claro síndrome de Procusto<sup>[5]</sup>, y sus ojos sobre mí más de lo estipuladamente correcto, como si fuera el trofeo que debe conseguir para superar a su hermanastro, desquiciado por su éxito. ¿Es lógico que surjan sospechas sobre ellos?

«He aquí una familia disfuncional para acabar trastornado del todo».



—¡¡No quiero un ángel esquelético de *Victoria's Secret*!! ¡¡Quiero más curvas en ese cuerpo!! Más sensualidad, más movimiento de carne. ¡¡Quiero una diosa del sexo, no un palo!! —está gritándome el director con fuerte acento ruso y nada de clemencia.

Levka Zhukov ha resultado un hueso muy duro de roer con predisposición a la antipatía más agría y profunda hacia mí.

Mi falta de culo y mi tiesa postura suponen un verdadero problema para él, por lo que no duda en censurarme una y otra vez.

—Esto no es una función del colegio. Quiero que os folléis a vuestro compañero mientras bailáis. ¿Habéis visto el vídeo musical *Love and Understanding* de Cher de 1991 alguna vez? ¿Creéis que alguien tiene dudas de su sensualidad cuando lo ve? La cámara os perseguirá mientras os restregáis contra las partes pudendas de vuestra pareja de baile, se os verá medio culo y las tetas serán más suyas que vuestras. Si quisiera bailarinas pudorosas las

hubiera buscado en un convento de clausura. ¡¡Este vídeo va sobre sexo y no quiero que haya ninguna duda!!

—¡¡Tú!! —vocifera señalándome. Me encojo sin darme cuenta ante su dedo acusador—. Mañana cogerás una silla y bailarás con ella hasta que consiga creer que te las estás follando. Si no lo consigues, estás fuera.

Es inevitable, aunque trate de ocultarme, que Ethan me encuentre con los últimos resortes de una enorme llantera cuando llega de grabar una canción.

En un principio se queda desconcertado.

Estoy hecha un ovillo en una esquina de la cocina, tras la isla, con las rodillas junto al pecho. Él se queda de pie y baja la mirada hasta mí sin entender muy bien qué está ocurriendo.

—¿Eve?

—¡¡Quiere que me folle una silla!!

—¿¡Cómo!?! —pregunta descolocado.

—Cree que no soy suficientemente carnal, que me falta erotismo al bailar. Si no consigo darle lo que quiere mañana, me despedirá.

—Por partes, Eve. Todavía sigo conmocionado con tu primera respuesta —dice mientras toma asiento en el suelo junto a mí. Una risa perezosa aflora en mi pecho sin que pueda evitarlo. Rodea mis hombros con su brazo y me recuesto contra él con enorme placer—. Eres la chica más caliente del planeta. Es imposible que no sea capaz de verlo. Probablemente te estés exigiendo demasiado y estás un poco tensa y nerviosa.

—No creo que sea solo eso. A lo mejor ya he tocado techo y es el momento de reconocerlo —dejo salir y luego me arrepiento inmediatamente. Esta no soy yo.

—Es broma ¿no? —Asiento con la cabeza, dejando que mis labios barran su cuello—. Por un momento creía que se acabaría el mundo.

Me vuelvo a reír.

—Eve, vives todo como si fuera tu última oportunidad, pero no es más que eso. Si esto no sale, habrá más. Eres un maldito huracán implacable.

—¿Se supone que eso es bueno?

—Lo es y este lugar, esta esquina o escondite o lo que sea no es lugar para ti. Tú no eres de las que se ocultan.

Se levanta con un movimiento ágil y tira de mí hacia él.

—Vamos a cenar fuera y rellenar esas carnes. Luego yo haré de silla de forma totalmente desinteresada para que practiques todo lo que necesites.

Estallo en carcajadas mientras me cuelgo de su cuello y le beso.



Es asombroso que en Nueva York las celebridades pueden sentirse libres de caminar por las calles sin ser molestados por hordas de fans, aunque Ethan está muy lejos de no llamar la atención y Justin nos sigue a pocos metros.

Es una ciudad completamente distinta. Menos interesada en la ostentación del dinero como Los Ángeles, si conseguimos ignorar la fea cortina de edificios Trump, claro ejemplo de corrupción urbana y la ambición.

Cenamos en un restaurante polaco que abría toda la noche; paseamos por el SoHo invadido por cadenas de tiendas y restaurantes hípster focalizados para los neoyorkinos más *cool* y me sorprende llevándome al MOMA<sup>[6]</sup> donde hay una exposición retrospectiva de diversas imágenes, películas, fotografías, esculturas, música y material de la compañía *Judson Dance Theater*. Un heterogéneo grupo de bailarines que colaboraban con coreógrafos, artistas visuales, compositores y cineastas para preparar y representar obras vanguardistas en la iglesia *Judson Memorial de Greenwich Village* sobre 1960. No era más que una iniciativa experimental, pero obras como «El manifiesto del no» de Ivonne Rainer y su rechazo a toda técnica, glamour y movimientos arquetípicos cambiaron los fundamentos de la danza coreografiada. Los métodos de composición inusuales y espontáneos hicieron de la Judson una de las compañías de baile más brillantes de una generación.

Me empapo de todo el material, paseo mis ojos por la forma extraordinaria de resaltar la bella y hermosa cotidianeidad de los cuerpos en movimiento sin rigidez ni severa disciplina. Es todo un alarde de inspiración y estímulo.

Me vuelvo hacia Ethan, en paciente silencio tras de mí, mientras yo me

detengo y estudio cada pulgada de la muestra con escrúpulo.

—Eres increíble ¿lo sabías?

—Siempre he deseado oír eso —responde con guasa.

—Estoy segura de que te lo dicen constantemente.

—Pero cuando lo dices tú cobra más valor.

—¿Cómo he podido estar tan ciega?

Se encoge de hombros con soltura.

—No estás muy elocuente.

—Estoy nervioso. No hago más que pensar de qué forma podría desarrollar mejor mi papel como silla.

Me río mientras me acerco a él.

—Terminemos con tu tortura cuanto antes.

—Gracias a Dios.

Le voy a abrazar cuando me encuentro con la mirada de una mujer a unos metros de nosotros. No me hubiera llamado la atención si no fuera porque en la salida del restaurante también la he visto con los ojos en nosotros con la misma expresión.

No es extraño que las mujeres miren a Ethan. Sin embargo, la mirada de esta mujer no está llena de admiración o adoración, tampoco resulta intimidante o hostil. Casi podría definirla como afectuosa e incluso esperanzadora. Hasta ahí no tendría por qué extrañarme, pero cuando me doy cuenta de que está llorando, me fijo en sus manos temblorosas, y los restos de sangre y mugre en ellas detienen mi corazón.

Cuando trato de que Ethan se vuelva hacia ella, ya no está.



—Entonces su aspecto era la de una indigente —reitera Ethan. Asiento con la cabeza—. En ese caso no debería extrañarnos su comportamiento errático o su aspecto sucio y descuidado. Muchos de ellos están en la calle porque tienen

graves problemas mentales. Su conducta no tiene por qué ser sospechosa.

Justin asiente con la cabeza de acuerdo con su jefe. Él ni siquiera la recuerda. Como si ella se hubiera asegurado de estar solo en mi punto de mira. Inspiro fuertemente sin insistir demasiado sobre ello. Sé que tienen razón, pero estoy segura de que esa mujer captó mi atención por algo en concreto. No sé si tuvo que ver con su apariencia o su actitud, pero una extraña sensación me cosquillea en la nuca.



El elenco de bailarines del video musical de Darling está compuesto por seis hombres y seis mujeres. El escenario de la coreografía será precisamente un escenario del que ella cantará su canción y nosotros bajo él fingiremos ensayar la verdadera coreografía.

La puesta en escena es muy ochentera con chicos en tejanos y sin camisetas o mangas arrancadas. Nosotras en ropa ajustada negra mínima y medias rotas o calentadores que parecen sacados de la serie Fama.

John, mi compañero, es un espectacular y musculoso bailarín de mirada inteligente ligeramente intimidante. Elaine, una de las bailarinas con un evidente problema de verborrea, asegura que es el mejor y más dotado de todos. No quise aclarar en qué punto.

Levka nos prohíbe alcanzar ese grado de intimidad necesario para sentirnos completamente cómodos y confiados con nuestros compañeros. Quiere que exista tensión sexual entre nosotros y nos provoquemos con la mirada y con los movimientos.

Mientras me restriego contra su pecho y caigo al suelo con las piernas abiertas con la cara a la altura de su entrepierna, confirmo que no será difícil recrear la tensión.

Giro y brinco en el aire con la pierna en alto antes de lanzarme hasta su cintura con las piernas recogidas en un duro salto que requiere mucha

coordinación. Dejo que apoye mi espalda contra el suelo mientras su cara se mueve de arriba abajo por mi cuerpo a escasas pulgadas.

Cuando él se dobla hacía atrás como un ángel bello y torturado, yo me siento sobre su regazo y tiro de su pelo para atraerlo hacia mi pecho.

La coreografía es espectacular. Llena de matices que la llenan de vivo deseo y cálida lascivia. Nunca había interpretado una danza tan explícita y encendida y, a la vez, tan elegante. No cae en la burda es simple y llanamente sensual.

Darling se presentó cuando los chicos practicaban su parte grupal sin nosotras y casi podíamos oírle gemir.

Entiendo que han escogido a los mejores entre los de aspecto más masculino e incluso rudo. Sus giros y los saltos por el aire se convierten en todo un espectáculo cuando lo hacen de forma sincronizada.

No sé por qué el director me ha permitido practicar la coreografía antes de mi exhibición individual. Casi estoy convencida de que se le ha olvidado, lo que supone un alivio, cuando nos obliga a todos a recluirnos contra la pared y pone una silla en el centro con un golpe seco.

—Adelante —me desafía.

Me acerco con paso seguro. Nunca nadie me acusará de no haber dado lo mejor de mí.

Me siento sobre la silla con las piernas estiradas a los lados antes de que empiece la música y me sorprende cuando me encuentro con Ethan junto al coreógrafo. No me había avisado de su visita ni sé cuánto tiempo lleva, pero su presencia me estimula y me incita. Comienza la canción de Darling y la silla se convierte en su cuerpo. Sus ojos me abrasan mientras me vuelco sobre el respaldo y curvo mis piernas sobre el asiento. Me giro y ya no hay un duro e inerte trozo de madera. Somos él y yo.

—Guarda alguna de esas tomas para el montaje final —está diciendo Levka al cámara que ha grabado parte de mi actuación cuando termino sudorosa y con la respiración agitada en el suelo.

—Muy bien, mariposita. Ahora fóllate de igual forma a tu compañero de baile.

«¿De verdad tenía que decirlo de esa forma? ¿Y delante de Ethan?».

Me giro para buscarlo con la mirada, pero solo veo su espalda alejándose.

—¡Oye! ¿Ese no era Ethan McKenna? Está tremendo. Es tan intenso... ¿Qué crees que hacía aquí? —pregunta Elaine.

—Sea lo que sea, no parecía muy contento. Estaba más bien molesto cuando se ha ido —responde otra compañera.

—Vosotras no leéis mucha prensa ¿verdad? Apuesto a qué sé la razón de su disgusto —interviene Norah guiñándome un ojo—. A veces es difícil para las parejas soportar tanto magreo con terceras personas.

—¿De qué hablas?

Somos interrumpidas por Levka y la conversación se detiene. Al menos no vuelve a surgir delante de mí.

El éxito es agri dulce la mayoría de las veces. Ahora me doy cuenta.



—Te has ido sin despedirte.

—He creído que era lo mejor. No quería estorbar.

Dejo la bolsa de recambio en el suelo sin molestarme en vaciarla y me tiro en el sofá a su lado. Soy capaz de darme cuenta de que la atmosfera que le envuelve está un poco oscura.

—¿Y qué hacías allí?

—Quería mostrarte mi apoyo y también tenía curiosidad. No te voy a engañar —me responde echándome un vistazo, pero manteniendo su actitud distante.

—¿Hacía mucho que estabas ahí antes del dichoso baile?

—Pues básicamente desde que has empezado a ponérsela dura al tío que parece no tener gastos en camisetas.

Incluso, aunque esperaba algo así, su declaración tan cruda me pilla con la guardia baja.

—No se la pongo dura, Ethan.

—¿Eso quiere decir que ese es el tamaño normal de su paquete cuando la tiene flácida? Porque no me hace sentir mucho mejor.

Contengo una sonrisa y me deslizo en su cintura para sentarme a horcajadas sobre él.

—Eso quiere decir que ninguno sentimos absolutamente nada sexual cuando bailamos. Es todo muy profesional.

—También sentías que entraba dentro de lo laboral hacerme pajas, Eve.

—Ethan...

—Lo sé. ¡Maldita sea! ¡Joder! No debería haber ido. No soporto que tengas que ponerle las tetas en la cara y le muevas el culo alrededor de esa cosa monstruosa que tiene dentro de los pantalones. Estoy muy celoso, Eve. No, no sé cómo manejar esto —titubea—. ¡Odio que te toque así! ¡Y que ese capullo insista en llamarlo follar! ¡¿Qué cojones, Eve?!

Se resiste a tocarme. Como si el hacerlo traicionara lo que siente en ese momento. Le cojo la cara entre mis manos y le obligo a mirarme, pese a que hasta ahora ha evitado hacerlo.

—¿Quieres que lo deje? ¿Qué renuncie?

—Nunca podría pedirte eso. Sé lo que significa para ti.

—No quiero que se convierta en un problema entre nosotros. Lo dejaré si te incomoda.

—Un momento, ¿hablas en serio? ¿De verdad elegirías apaciguar mis estúpidos celos por delante de tu carrera?

—Hay otras formas de conseguir impulsar mi profesión como bailarina. Ni siquiera estoy segura ya de buscar el éxito. Creo que simplemente me conformaría solo con bailar y hacerlo de la forma que yo quiera. Estoy cansada de los tipos como Zhukov. Desde que me llevaste al MOMA no dejo de pensar en esa forma libre de bailar. En crear coreografías que se salgan de toda regla.

»Sé que lo que la gente clasifica de asombroso y portentoso en el arte suele durar unos diez minutos antes de que la cultura lo considere obsoleto y ponga la vista en algo nuevo. Somos como niños mimados con demasiados juguetes. Nos cansamos enseguida de lo usado; sin embargo, quiero intentar algo distinto, trasgresor y libre. Una compañía de baile totalmente opuesta a las

actuales. Algo creado por amor al arte y no a la ambición.

Me mira con atención sin que su cara trasluzca ninguna emoción.

—Di algo.

—Estás loca.

—Gracias, Ethan.

—¿Te das cuenta de todo lo que has tenido que luchar y hacer para conseguir estar ahí?

—Sí, tuve que hacerte una mamada si no recuerdo mal —respondo y al momento noto un tirón entre mis piernas a través de su pantalón—. ¿Reacciona a la palabra mamada? —pregunto encantada con una sonrisa.

—Eve, llevas ya un rato sobre ella. Hace tiempo que ha reaccionado. ¿Acaso te has acostumbrado demasiado ya al tipo del Lago Ness y no valoras mis erecciones?

Me río a carcajadas antes de darle un beso en los labios con ternura infinita.

—Las aprecio inmensamente —le respondo recobrando la seriedad y moviendo mis caderas para cabalgarle suavemente.

Ambos contenemos la respiración afectados por la sensación que crece entre nosotros.

—Además, te entiendo. Yo tampoco soportaría que tuvieras que restregarte contra otra mujer.

Una media sonrisa complacida se dibuja en sus labios.

—La Eve posesiva me pone mucho —comenta colocando sus manos sobre mis nalgas y ayudándome a moverme con más firmeza sobre él.

—Estás muy trastornado, Ethan.

—Y eso que aún no te he contado nada sobre mi creciente odio profundo por esa endemoniada silla —me embebo del Ethan más divertido y travieso mientras acaricio sus labios con los míos sin dejar de moverme sobre él—. Termina el vídeo, Eve. Llega a lo más alto y luego elige hacer lo que quieras, pero vuelve siempre a mí.

Se levanta y se lanza conmigo auestas por las escaleras sin esfuerzo alguno. Me deja sobre la cama boca abajo mientras tira de la ropa para dejarme desnuda. Pone una pierna entre las mías mientras me masajea la

espalda y las caricias se alargan hasta los brazos, el trasero y entre mis muslos. Su cuerpo cubre el mío y levanta mis caderas para penetrarme con un ritmo muy suave y pausado, por detrás, que me vuelve loca. Cierro las piernas como si pudiera atraparle entre ellas mientras nuestras manos se reúnen sobre la cama por encima de mi cabeza.

La cadencia apacible de su penetración y el nivel de sensibilidad que proporciona estar totalmente envuelta en su piel desnuda hace que el clímax llegue con sorpresa. Como si no esperara alcanzarlo tan rápido.

Nos mantenemos así durante un buen rato. Mi espalda contra su pecho, su pelvis contra mi culo y nuestras piernas entrelazadas hasta que se vuelca de lado y me lleva con él.

A veces, es suficiente con esa comodidad y esa sensación placentera de estar abrazados sin hacer absolutamente nada más para descubrir que el miedo deja de tener sentido con la persona adecuada.

—Te amo —surge desde lo más hondo de mi corazón y se cuela entre mis labios.

Su nariz acaricia mi cuello y la piel tras mi oreja mientras me estrecha más fuerte contra él.

—Ya era hora.

Le doy un codazo y lanza un gemido lastimero.

—Eres muy poco romántico.

—Eve, cada verso de anhelo, cada lamento y lágrima descrita con desamor, cada palabra que describe al amor de mi vida en cada una de mis canciones es para ti. Siempre has sido tú. ¿No lo entiendes?

—Supongo que tendré que escucharlas todas para conocer tus sentimientos.

—¿Eso quiere decir que no lo has hecho todavía, mujer de medio corazón?

—Eso quiere decir que ahora lo haré con mucha más atención.

—Tal vez deba explicarte el contexto de algunas frases un poco airadas y dolidas. No me lo tengas en cuenta.

Sonrío, aunque él no pueda verme.

—No lo haré —respondo y noto su beso sobre mi hombro.



Cuando el detective Harrison se reúne con Ethan, él insiste en incluirme en el encuentro. Al parecer está sobre una pista muy importante, pero el tema puede resultar delicado.

Harrison, pelirrojo y lleno de pecas, vuelve a observarnos colocándose de perfil y abarcando con su mirada de pájaro nuestras reacciones.

—He tomado la iniciativa de investigar a las personas que le rodean y hay una pieza en su vida familiar que no encaja —comienza con mucho tacto—. Su madre huyó hace quince años. Abandonó a su marido y su hijo, ¿no es cierto? O eso es al menos lo que dicen las fuentes oficiales.

—Encontramos cientos de escritos y cuadernos llenos de mensajes que hablaban sobre su infelicidad. Decía que odia todo aquello, que no podía más, que no lo soportaba, que quería huir —explica Ethan con aspereza.

Me resulta extraño oírle hablar de ella. Desde que se marchó nunca ha vuelto a nombrarla. Era evidente que su pérdida le dolía y su abandono influyó en el niño solitario y rebelde en el que se convirtió, pero nunca hizo nada por conocer su paradero. Para él dejó de existir en el mismo momento en que se descubrió que se había fugado, eludiendo su responsabilidad como madre.

—¿Antes de ese día su comportamiento comenzó a resultar errático o desequilibrado?

—¿A qué se refiere? Probablemente estuviera desquiciada si tantas serias dificultades tenía para soportar la convivencia con su marido e hijo.

—Verá, seis meses después del día en que desapareció su madre; cuando el caso ya había sido archivado como abandono del hogar, se encontró a una mujer a unos 50 kilómetros de New Haven perdida y totalmente desorientada. Los informes explican que esta mujer presentaba un trastorno mental, pero es que además en su deambular había sufrido una caída y presentaba una contusión en la cabeza que se relacionaba con una pérdida de memoria. Se le internó en un centro de salud mental aquí en Nueva York y ha ido vagando de

hospital psiquiátrico en hospital por todo el estado. Hace cosa de un año escapó y no se sabe nada de ella desde entonces. Al parecer se mueve mucho y se camufla bastante bien.

Mi corazón comienza a palpar ensordeciendo mis oídos mientras el ceño de Ethan se profundiza con recelo.

—¿Está insinuando que esa mujer podría ser mi madre?

—Dígame usted —advierde mientras le alcance una serie de fotografías.

La verdad me abofetea inclemente y feroz mientras Ethan retrocede buscando apoyo hasta dar con las piernas en un asiento y caer desplomado sobre él.

Observa consternado las fotos de esa mujer que sin lugar a dudas podría ser su madre.

—¿Dice que presentaba un trastorno mental?

—Esquizofrenia y paranoia aguda. ¿La reconoce? —Solo asiente con la cabeza—. Eso podría explicar sus cuadernos y las notas. Puede que presentara un comportamiento neurótico leve del que no eran conscientes antes de su desaparición —responde sin emoción en su voz—. Esta es una de las últimas instantáneas tomadas de ella. ¿Cree que ha podido verla?

—¿¡Cree que no hubiera reconocido a mi madre si la hubiera visto!?! —le pregunta respirando una rabia que le supera.

—Solo tenía doce años entonces y su apariencia puede haberse deteriorado bastante si malvive en la calle.

Se frota la frente con una mano apesadumbrado y afectado. Probablemente tratando de digerir toda esa nueva información.

Me acerco a él y me siento sobre el brazo del sillón. Él recuesta la cabeza sobre mí como si por sí mismo no fuera capaz de sostenerla. La mano con la fotografía se desploma en su regazo y entonces lo veo, tan claro como el aire que respiro. Es la misma mujer que nos miraba el otro día.

—Yo sí la he visto.



Vagamos por Midtown, por la quinta y sexta avenida, por West y la calle 53 sin rastro de ella. La desesperación con la Ethan se echa a la calle para buscarla, pese a que Harrison está seguro de que es la causante de las amenazas, desencadena en mi alma un dolor tan profundo por él que es angustioso como golpea mi corazón. No puedo ni quiero imaginar cómo debe ser descubrir que todo lo que creías saber sobre tu madre e incluso sobre ti mismo no es cierto.

En unos segundos, Ethan ha dejado de ser el niño abandonado por la única persona que debía amarle incondicionalmente. Solo espero que no se sienta culpable o crea que le ha fallado de alguna forma porque era demasiado joven para entender nada. Aún ahora me cuesta a mí entenderlo.

—La policía se encargará de esto, Ethan —comenta Justin con ánimo apaciguador.

—¡De puta madre! Ya puedo estar tranquilo porque seguro que lo harán tan eficientemente como hasta ahora.

—Al menos, podrías confiar en el detective. Él la encontrará.

Se lleva las manos a la cabeza y se tira del pelo con impotencia. Me acerco a él y trato de peinarle el alborotado cabello, aunque poco importa. Solo quiero reconfortarle.

Me estrecha contra él con fuerza y apoya su frente en la mía mientras sujeta mis manos a su espalda.

—Estoy más perdido ahora que aquel niño. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo podría manejar esto? ¿Y si está tan loca que realmente me odia?

—Ahora puedes ofrecerle toda la ayuda que necesita, Ethan. Yo no creo que te odie. No puedo basar mi teoría en una simple mirada, pero había ternura en sus ojos cuando los tenía sobre ti.

—¿Y si todavía no ha recobrado la memoria y no sabe quién soy?

—Es improbable si las notas proceden de ella, pero en ese caso también la

protegeremos.

—Eres lo único que mantiene cuerdo, Eve. No podría superar nada de esto sin ti.

—Pues hazme caso entonces y volvamos a casa. Algo me dije que será ella la que te encuentre y no al revés.



Dejamos aviso en todos los albergues, hospitales y centros sobre nuestra búsqueda, pero como bien vaticiné no fueron ellos, sino ella la que me encontró a mí.

Estoy volviendo de mi ensayo con esa sensación de tener pegado a la nuca una inquietud extraña, una premonición insana de que está ocurriendo algo fuera de lo normal.

Me vuelvo estudiando las caras de las personas que avanzan en mi misma dirección y nada llama mi atención hasta giro una esquina. Está en un rincón oscuro agazapada como si fuera un gatito salvaje y asustado que no sabe de quién puede fiarse.

Me fijo en su blando y sucio vestido, al menos tres tallas más grande de lo que le corresponde a una delgadez tan extrema. Se cubre con una chaqueta de punto que disimula de alguna forma su aspecto desaliñado.

Esa mujer fue en su día como una segunda madre para mí y verla en ese estado hace hasta mi alma llore.

—¿Holly? —pregunto con delicadeza. No quiero espantarla y tampoco sé cómo puede reaccionar.

Pasan segundos en los que no deja de mirarme con un sinfín de emociones. Recibo empujones sin miramientos de los transeúntes a los que mi quietud estorba, pero tengo miedo de moverme y que ella se desvanezca.

—¿Cuidas de él? —me pregunta con voz raspada y doliente, como si no estuviera acostumbrada a hablar.

—Lo intento, pero él no es precisamente manejable.

—¡Tienes que hacerlo! Todo es tan peligroso... Asesinatos, accidentes, atentados, suicidios... ¡Traté de avisarle! De decirle que tenga cuidado, que él también puede morir. A Cocker le atropelló un coche, a Kevin le apuñalaron mientras le robaban, a Megan le dispararon por besar a una mujer y a Diana la violaron entre muchos hombres y se voló la cabeza. Tengo tanto miedo de que le ocurra algo también a él. Esa preocupación no me deja respirar. Estoy tan cansada... ¿Cuidas de él? Yo no soy lo suficientemente fuerte, pero tú sí. Siempre has sido tan obstinada y madura, y él te adora tanto. Cuidas de él ¿verdad?

Las lágrimas se deslizan por mis mejillas y la pena lo ocupa todo; la razón, la verdad, la inteligencia, la calma y el cariño. Todo parece desbordado por esa tristeza tan profunda que se atora en mis pulmones.

—Sí, Holly. Cuido de él y también podemos cuidar de ti.

—¡¡NO!! ¡¡No quiero que me vea así!! Ni siquiera tengo un vestido bonito y él brilla tanto ahora... Le avergonzaría.

—Eso es imposible. Te está buscando desesperadamente, Holly. Eres su madre y quiere que estés a su lado.

—Pero ¿y si le ocurriera algo? No lo soportaría. Tengo tanto miedo... No quiero que sufra.

—Si es así, ¿no es mejor que estés a su lado? ¿No se sentirá más confortado junto a su madre? Vamos, Holly. Ven conmigo. Él te necesita. No hay día que no lo haya hecho desde que te fuiste. Por favor. Ven conmigo. Todo saldrá bien. Ambas cuidaremos de él. No estarás sola.

—¿Estás segura?

Afirmo con la cabeza. Estiro el brazo lentamente, tratando de no hacer un movimiento brusco y le tiendo la mano con suavidad.

Ella la mira dubitativamente. Sus ojos viajan en un vaivén impredecible de mi cara a mi mano. Ahora que estoy más cerca, el olor invade mis fosas nasales y puedo contar en sus marcadas líneas de expresión los duros años por los que ha pasado. Sin embargo, su expresión es la de una niña pequeña y asustada.

Extiende sus dedos cuidadosamente hasta alcanzar los míos. Su suspiro de

anhelo, como si hubiera pasado demasiado tiempo desde que no siente otro contacto humano, me parte el corazón.

—Ahora llamaré a Ethan. Él vendrá a buscarnos y todo saldrá bien. Ya estás en casa, Holly.

*Ella fue la inspiración de esa canción que me llevo al éxito. Era inalcanzable, fría y estirada para el resto, pero yo veía mucho más allá de eso. A la chica apasionada, obstinada y luchadora que me hacía sentir menos solo.*

*La vi bailar en incontables veces. Tan delicada y fuerte que me aturdía.*

*La tenía al lado, pero era tan difícil llegar a ella que lo único que podía hacer era observar mientras negaba a los demás e incluso a mí mismo que me interesara, sin llegar realmente a engañar a nadie. Puede que incluso ella lo supiera.*

*Y fueron muchas las veces que me cansé de solo contemplar y la molestaba para captar su atención o tal vez arrancarle media sonrisa muy de vez en cuando con alguna tontería que solo ella y yo entendíamos.*

*Chorus:*

*«¿Alguna vez dejé de quererte?». No lo creo.*

*«¿Alguna vez dejaré de hacerlo?». Imposible.*

# EPÍLOGO

La estrella más oscura no es la que menos brilla, si no la más fuerte. Aquella que pese a refulgir menos que las demás absorbe muchos más colores que cualquier otra y los retiene para sí con fortaleza. Ethan es así, absorbe y guarda una cantidad enorme de emociones, mucho más que la mayoría. A veces, le desbordan y le dominan, otras lo encadenan, pero toda esa malsana de emociones le hacen especial, carismático y fascinante.

Es importante que haya decidido enfrentarse a todo y lo haga a su manera sin dejarse presionar ni utilizar. Ha renegociado un acuerdo discográfico rehusándose a cobrar un anticipo que lo mantuviera estrechamente vinculado a una filosofía musical que no iba con él.

—No se puede deformar la esencia de alguien que expresa de manera tan honesta y viva lo que es y lo que siente —dicen algunos críticos de él tras escuchar la post producción de su álbum.

—Música desgarradora y completamente catártica. Letras llenas de rabia y energía que lograrían que el propio Freud se meara en los pantalones —publican las revistas especializadas.

Lo cierto es que, según los expertos, no hay nadie que toque como él los acordes de cinco notas y esas increíbles secuencias que armonizan lo caótico con lo melodioso ahora que ha vuelto a recobrar su libertad.

Holly recibe la medicación y los cuidados adecuados para su enfermedad. Ya no tiene nada que ver con aquella indigente paranoica e inestable que encontré aquel día. Ha vuelto a la casa de New Haven.

Es indescriptible la reacción del padre de Ethan al descubrir la verdad sobre su mujer. Nunca he visto a Roger sentirse tan culpable. Pasar de víctima a verdugo es un amargo trago. Tan amargo que Karen no lo soportó y lo dejó. Nunca consintió sentirse desplazada por el hijo, mucho menos por la exmujer. Will aún trabaja con él y formará parte de la familia a su manera celosa y codiciosa.

Y yo logré un éxito muy considerable con mi actuación en el video musical de Darling. Obtuvo un premio en el *Berlín Music Video Awards* y es un video destacado en la MTV. Sin embargo, ahora que me llueven las ofertas de

trabajo, he decidido que eso no es lo que quiero.

Por cierto, nunca conseguí que Ethan terminara de verlo, prefiere que hagamos uno propio.

Hace frío en Nueva York en diciembre. Me arrebujó en el abrigo.

Hoy han terminado las pruebas para la elección de los bailarines que formaran parte de mi nueva y vanguardista compañía de baile. Somos conscientes, tanto yo, como los coreógrafos y el resto del profesorado, que este proyecto surge por nuestro amor al arte y no porque tengamos aspiraciones monetarias. Empezamos de cero y los comienzos serán difíciles, pero la ilusión por hacer algo totalmente puro y auténtico nos mueve más que cualquier otra ambición.

Un coche se detiene junto a mí. Un Lotus rápido y potente que conozco muy bien. Su conductor se baja de él y se acerca a grandes zancadas hasta mí.

—¿Estás preparada? —me pregunta Ethan con cara de preocupación. Lo cierto es que me tiemblan las piernas—. Eve —refunfuña impaciente.

—¿Acaso alguna vez se puede estar preparado para perder la libertad? —bromeo sin conseguir que él perciba el tono de humor.

—No tenemos por qué hacerlo hoy. Puedo esperar.

Cojo su cara entre mis manos y me pongo de puntillas para poder alcanzar su boca con mis labios.

—Ya has esperado bastante. Mi libertad reside en decidir que quiero estar contigo y en determinar cómo quiero hacerlo.

Una sonrisa genuina se dibuja en sus labios.

—¿Tienes los anillos?

Afirma con la cabeza antes de tirar de mí hacia él y abrazarme con fuerza. Caliento mis manos bajo su abrigo y caliento mi corazón junto al suyo.

—Nos matarán por hacer esto en secreto.

—Yo cuidaré de ti.

—Cuidaremos el uno del otro, futura señora McKenna.

Suspiro con fuerza y tiro de él.

—Hagámoslo ya, señor McKenna.

*A mi madre y a todas las madres del mundo cuyo dolor más profundo es*

*el sufrimiento de sus hijos, sus lágrimas están hechas de la tristeza que ellos sienten y los suspiros, de sus dificultades.*

*A mi madre que veló por mí a su manera maltrecha y delirante porque no conocía otra forma de protegerme. Tu ausencia hizo que me perdiera dentro de un laberinto de salidas engañosas y oscuras, pero ahora que estás aquí, y ella está junto a mí, un mundo de colores y luz estalla tras mis ojos.*

*No volveré a perderme. Ahora, yo velaré por ti.*

**FIN**

# AGRADECIMIENTOS

Dar las gracias a mi familia. Cabría pensar que estarían cansados de mis noches de trabajo hasta altas horas y de mis, a veces, días de aislamiento vital para terminar un capítulo, pero no. Son comprensivos y me apoyan.

Así pues, a mi marido y a mis hijos. Os quiero muchísimo.

Y a ti, lector, por darle una oportunidad a mi libro, por llegar hasta el final y por tu opinión sobre él en las redes sociales o en las plataformas digitales.

# BIBLIOGRAFÍA

- [No podrías aguantar la vida de estas estrellas de rock — HABLATUMÚSICA](#)
- [¿Aguantarías la vida de una estrella de rock? - Noticias de entretenimiento](#)
- [Álbum de estudio - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
- [Billboard - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
- [MTV - Wikipedia, la enciclopedia libre](#)
- [Al infierno con Lou Reed | Sexo, drogas y Rock & Blog | Blogs | elmundo.es](#)
- [¿Cómo tocaba la guitarra Kurt Cobain? | Culto](#)
- [Kurt Cobain: el feminista | Culto](#)
- [Ballet a partir de los 30: 15 motivos para iniciarte](#)
- [La carrera de una bailarina | BIBLIODANZA0 | Alberto Estébanez](#)
- [Lesiones relacionadas con el ballet | El Nuevo Herald](#)
- [Lesiones frecuentes en la danza | BIBLIODANZA0 | Alberto Estébanez](#)
- [Lesiones en bailarines de ballet](#)
- [CORRER Y FITNESS | ¿Sueñas con ser bailarín de musicales? Estas son algunas de las claves para conseguirlo](#)
- [→ Cómo ser una bailarina modelo en un video musical | Geniolandia](#)
- [CASTING : castings, casting modelos, casting cine, book foto](#)
- [Música, drogas y depresión: ¿Por qué se suicidan los músicos de rock? | Reporte Indigo](#)
- [Famosos y suicidios: por qué se quitan la vida las celebrities cuando parece que lo tienen todo](#)
- [22 famosos que se suicidaron tras sufrir depresión severa](#)
- [La envidia y el síndrome de Solomon | EL PAÍS Semanal](#)
- [El síndrome del impostor: el problema de la gente exitosa - Bekia Salud](#)
- [Frecuencias graves, ¿por qué suenan omnidireccionales? - Future Music - SONICplug | Tecnología musical y sonido](#)

- [Ejercicios de calentamiento de ballet | Body Ballet](#)
- Heavier tan Heaven de Charles R. Cross
- La chica del grupo de Kim Gordon

•



---

[1] El club de los 27 (en inglés, The 27 Club, Forever 27 Club o Club 27) es una expresión utilizada para referirse a un grupo de músicos populares que fallecieron a la edad de 27 años. Por lo general se trata de casos relacionados con el abuso de alcohol y drogas.

La lista original incluye al músico de blues Robert Johnson (considerado el primer miembro del grupo), Brian Jones, Jimi Hendrix, Janis Joplin y Jim Morrison. A esta lista se le agregó el caso de Kurt Cobain y Amy Winehouse, quienes fortalecieron la leyenda urbana de que las muertes de músicos a esta edad son inusualmente comunes.

[2] Ubicación de los músicos sobre el escenario.

[3] Roadie\_ Los roadies, pipas o plomos son los técnicos y personal de apoyo que viajan con un grupo musical durante todas sus representaciones o giras, y que se encargan de todos los aspectos de sus conciertos.

[4] Cita de Alfred Lord Tennyson.

[5] El síndrome de Procusto define a aquellos que, al verse superados por el talento de otros, deciden menospreciarlos. Incluso deshacerse de ellos. El miedo los lleva a vivir en una continua mediocridad, donde no avanzan ni dejan que otros lo hagan. ... Este fenómeno se conoce como síndrome de Procusto

[6] El Museum of Modern Art, más conocido por su acrónimo MoMA, es un museo de arte situado en el Midtown de Manhattan (Nueva York).